

Tray Mocha

Revista Semanal



"JESUS DEL GRAN PODER"

(Célebre imagen que se venera en Sevilla).

Nº. 883

Marplatenses



Stas. María Elena Villa y Haydée Vasena



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio B. Oyhanarte, acompañado de los señores Enrique García Velloso y Manuel María Oliver.



Señor Manuel González Bueno y su esposa



Sra. Asunción Hevia de Kremborg



Señora Sara Moreno Bunge de Pando y señoritas de Beltrán Kies y de Moreno Carabassa



Señora Adela L. S. de Oliver



Sra. Lidia M. de Schneider



El doctor Cárdenas y su nietecita.



Doctor José Bilbao, su esposa y su hijito José María.



Sr. Roque Cepeda Verón



El doctor Estrada pronunciando su discurso en la inauguración del busto del doctor Pedro O. Luro.



Busto del doctor Pedro Luro, erigido en la playa marplatense



El chalet que obtuvo el primer premio de arquitectura correspondiente al año 1929.
Fots. Bonnin e Iris.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, marzo 26 de 1929

No. 883



"MARIA MAGDALENA"

POR MIGUEL LAMBERTIN



"EGO SUM LUX MUNDI"

"Bienaventurados aquéllos que sin haber visto han creído"

Por Jesusa Alfau Galván

Las estrellas brillaban en el cielo azul profundo y en sombras, como lejanos diamantes perdidos en el arcano al cual los ojos de la humana criatura no podían penetrar; brillaban titilantes con tan remoto resplandor, que el corazón del hombre iba a ellas interrogante y sobrecogido queriendo arrancarle su secreto, mas ellas permanecían mudas, temblando como lágrimas silenciosas del inmenso universo.

Las doncellas habían salido a la terraza a respirar en la noche cálida y perfumada con lejanos aromas del Oeste que traían las brisas del lado del Líbano. Se sentaron en un grupo, envueltas en sus velos, y sus ojos estaban cargados de sueño y sus pechos suspirantes. Una de ellas habló en voz queda:

—Mirad a nuestro señor, no duerme ni descansa, vela continuamente, queriendo descifrar misterios y librarse del terrible dolor que lo amenaza.

Otra habló también quedamente:

—Su dolor aumenta el nuestro, ¿visteis jamás hombre más noble, más generoso, más valiente que él? No somos sus siervas, somos como sus hijas. Recuerdo lo que mi madre oyó relatar a mi abuela y ésta a su madre quien a su vez lo oyó a la suya. La estirpe de la casa de Hiradz es noble y legendaria. Es de origen fenicio. El fundador de ella fue Hiram aquel que marchó con sus audaces naves, al lejano Ophir, y volvió trayendo al rey Salomón riquezas desconocidas, piedras preciosas, pavos reales de plumas como mantos regios, enojados. Hiram, el mismo que con cedros del Líbano levantó el templo de Salomón.

Las doncellas permanecieron un momento silenciosas, pensando en las brillantes leyendas que rodeaban al rey Salomón. En la noche, bajo la remota luz de las estrellas los blancos mármoles del palacio de Hiradz clareaban tenuemente. En un extremo de la terraza desde donde se dominaban los extensos campos de aquella parte del Asia Menor más fértil al Norte de la Palestina, permanecía inmóvil Hiradz. Sus vestiduras eran ricas y un pequeño turbante ceñía a sus sienes los cabellos negros sobre la tez de hombre oriental que tenía tonalidades de bronce y de ámbar. Hiradz era aun joven, pero una vida de viajes y aventuras en la guerra y el comercio, le dieron expe-

riencia y dominio de su ser.

La doncella continuó en voz baja:

—Esta es la casa que fundó hace siglos Hiram, donde su descendencia ha acumulado riquezas inmensas. Sus naves han surcado triunfadoras los mares lejanos, y sus púrpuras han ido a cubrir los hombros de los emperadores y de los héroes.

El "paludamentum" que envolvía a Cesar en las apoteosis, había sido tejido en los telares de la casa de Hiram, la púrpura de las naves de Cleopatra fue teñida con las conchillas de sus campos. Todos murieron ricos y felices y ya viejos. Hoy por primera vez el dolor se alberga en el palacio de ellos y hiere el corazón de Hiradz el último y más noble de la estirpe.

En la tenue claridad de la noche, las doncellas vieron a Hiradz levantar los brazos hacia las estrellas.

La que había hablado continuó:

—Hiradz era radiante y feliz. Ayudaba con su dinero y con sus hombres a los emperadores de Roma y a los Tetrarcas de Galilea. Era munificente y generoso. ¿Recordáis?

Hiradz iba y venía a lo largo de la terraza, pensativo. En lo alto las estrellas seguían temblando mudas e ignotas. La brisa del lado del Líbano llena de perfumes llegaba hasta él. Las doncellas se agruparon más cerca unas de las otras y ciñeron más sus velos a sus cuerpos.

—En la primavera, volvió Hi-

radz de uno de sus viajes y trajo a su joven esposa. Sus ojos eran como las estrellas, sus mejillas como las rosas de Jericó, sus trenzas negras como las de la Sulamita del rey Salomón. Su belleza deslumbraba y era recreo de los ojos y del corazón. Hiradz la amaba más que a las niñas de sus ojos, más que al sol; la adoraba, más humilde que ante el ara de Moloch o de Astarté. ¿Recordáis?

Las doncellas suspiraron.

—Entonces Hiradz dió libertad a sus concubinas, desdeñó el derecho de su religión y las mandó a todas libres y ricas. Y entre ellas las había bellas, Arsinoe, la griega; Raquel, la hebrea; Milroe, la hispana. Todas marchaban llorando. Pero él solo amaba a ella, que era la más bella, la más dulce, una hija de los dioses. Hiradz fue feliz, muy feliz, más que Salomón con el amor de la Sulamita, más que Antonio con el de Cleopatra, más que París con el de Helena.

Las doncellas murmuraron a coro; en voz baja y tenue como la brisa:

—Y nosotras éramos felices teniendo por señora. ¿Qué ha hecho ella, qué hemos hecho nosotras, qué hizo nuestro señor para merecer tal desventura?

Hiradz envuelto en su manto de seda india bordado en colores brillantes y con la frente en las manos, sollozaba bajo las estrellas que no respondían a sus interrogaciones mas que con su titilar de lágrimas.

La primera volvió a hablar:

—Yo creo que trajeron el mal,

los maléficos conjuros, aquellos viejos mercaderes de Persia y de la India. Tenían ojos de zahories, sabían de extraños sortilegios. Eran viejos malditos, que la vieron bella, joven y feliz y a nuestro señor dichoso y por envidia la embrujaron.

Las doncellas se estremecieron bajo los velos.

—Sí, sí, la embrujaron, —repetieron a coro, en un gemido.

—Desde aquel día empezó a palidecer, las rosas de sus mejillas parecían las rosas de un oasis después que han pasado las brisas cálidas del simoun; sus ojos brillaban con fuego, sus labios se iban poniendo blancos, y se iba entristeciendo, no reía y cada día su vida iba desprendiéndose de ella poco a poco. Y ahora se muere, nos deja en sombras, y en dolor.

—El era feliz, y ahora, él tan valiente como un antiguo héroe, llora. Nada que esté en manos de los hombres, ha dejado de hacerse. Han venido los sabios caldeos, los médicos griegos, los fakires indios, los rabinos hebreos, las viejas egipcias. Hiradz ha mandado a todas partes del mundo a buscar remedios, ha ofrecido sus riquezas a quien salve la vida de ella. Pero nada puede curarla.

Las doncellas se pusieron en pie y entraron en la estancia en que yacía su ama. A la puerta dos esclavos etíopes parecían, a la luz de las antorchas sujetas en las abrazaderas de hierro, dos estatuas de bronce. Uno levantó la cortina de brocado y ellas entraron en silencio, y se sentaron en torno del lecho. Las doncellas que velaban, se levantaron y a su vez salieron a la terraza.

Hiradz entraba en aquel momento; se acercó al lecho y se inclinó a besar dulcemente los párpados cerrados de la amada.

Luego volviéndose a las doncellas dijo con voz tenue:

—Que preparen mi litera. Quiero ir al antiguo templo de Moloch, pues los dioses de mi viejo pueblo me han castigado por abandonar mi religión; he aprendido de la filosofía griega y romana a reirme de su poder y he dejado olvidada el ara de Moloch donde desde hace años no se hacen más sacrificios.

Las doncellas, que habían aprendido las creencias que el imperio de Augusto había esparcido por el mundo, se estremecieron: Volver a los viejos y horrendos ri-



... apoyando la frente sobre la sandalias recamadas de oro de su señor...



En ella aparecieron dos judíos. Sus ropas estaban desgarradas...

tos fenicios que parecían olvidados ya bajo el dominio de las ideas romanas, de la política de los procónsules y de los pretores que leían a Platón. Ellas palidecían al recuerdo de la terrible estatua de Moloch, en cuyas entrañas, que eran un horno encendido, devoraba el monstruo dios a los niños y a las jóvenes. Fenicia y Cartago, habían caído bajo la gran civilizadora, y las tétricas aras se habían apagado. ¿Quién evocaba ahora, los olvidados terrores de las doncellas de otros siglos en los cuales la gloria púnica sobrecogía al mundo? Su propio señor; enloquecido por el dolor de perder a la amada, cuando el universo entero parecía sordo a sus lamentaciones, se volvía al dios de sus antepasados. Y este señor era dueño de sus vidas, podía si así lo creía conveniente para aplacar la ira de Moloch, sacrificarlas a todas en sus entrañas de fuego.

Las doncellas se agruparon sobrecogidas. El bondadoso, el munificente señor, se erguía fiero, con los ojos encendidos y las manos en alto; había olvidado su generosidad, su clemencia, su seriedad aprendida en los textos de estoicos griegos:

—Ningún dios de los hombres de ahora, ninguna filosofía de estos tiempos me ha consolado. Volvamos a nuestro dios; que vibren de nuevo las entrañas de bronce de Moloch con el fuego de los sacrificios.

Entonces Hiradz salió a la terraza y descendió las escalinatas de mármol dirigiéndose a la litera, que conducían sus esclavos núbios. Silenciosamente se puso en

marcha la comitiva del poderoso mercader, a través de la noche, hacia el templo de Moloch, mientras las doncellas en torno del lecho de la joven moribunda, sollozaban y gemían como tórtolas apresadas por las garras de un pavoroso terror.

La comitiva se detuvo ante la casa del gran sacerdote al lado del templo que erguía en la sombra sus ciclópeas columnas de granito y mármol rojo, y sus paredes de bronce.

Hiradz fué recibido por el gran sacerdote, sentado en un alto sillón de púrpura, con su mitra dorada que sobre la lengua barba negra y rizada tenía brillantes destellos.

—¿Qué te trae, Hiradz, hijo de la casa de Hiram, tú que tienes en tu estirpe los nombres de Aníbal y de Asdrúbal, al templo de tus mayores? ¿Qué te trae de nuevo, después de tu apostasía, después de haber leído la filosofía griega y de haber ofrendado en el templo de Júpiter Capitolino, con Augusto?

Hiradz exclamó con voz doliente:

—¡Ah! un dolor terrible me hiere, y todas las creencias de mi estirpe, sus supersticiones, sus terrores, se han levantado en mi corazón. Se muere mi amada, nada puede salvarla y vengo a hacer un sacrificio a Moloch.

El sacerdote se irguió:

—¿Sabes lo que quieres hacer? Hace años que cayó Fenicia, hace años que cayó Cartago. Estamos bajo el poder de Roma, la legisladora del mundo. Los pretores han apagado nuestras aras. Yo conservo el culto y soy uno de

los últimos sacerdotes de Moloch, pero no puedo ofrecer sacrificios al dios. Sus entrañas de bronce están frías desde hace mucho tiempo, su fuego apagado.

Hiradz sonrió irónicamente, con sonrisa aprendida en las aulas de Atenas:

—Nuestros sacrificios ofenden a los delicados romanos, y en el circo Máximo, mueren sin embargo, miles de gladiadores, y en los funerales de César se mataron diez mil. Yo he venido a pedirte que de nuevo enciendas el fuego de Moloch y te traeré al alba las víctimas que le ofrezco.

—No puedo faltar a las órdenes de los romanos. Me costaría la vida.

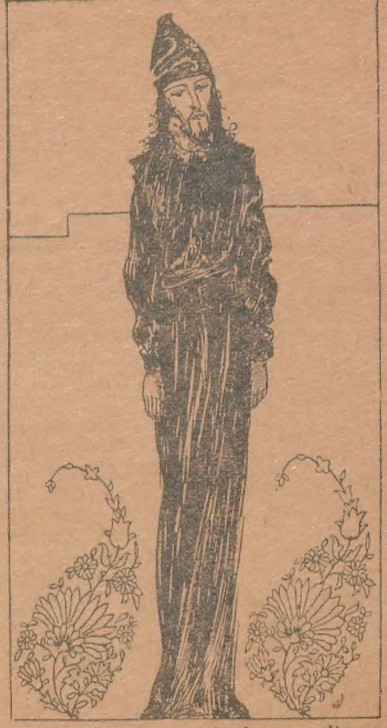
—No temas; los romanos no pueden oponerse a mi voluntad. Soy el banquero de cientos de senadores, de procónsules, de pretores. Tiberio mismo me necesita para que rellene sus arcas con mi oro. Manda que enciendan el horno de Moloch. Yo te daré tanto oro, en pago de tu servicio, como jamás has soñado poseer.

Los ojos del sacerdote brillaron como las chispas de lo rubies de su mitra, y levantó su mano llamando sus siervos.

Hiradz corrió a la puerta e hizo un signo a uno de sus esclavos núbios.

—Ve a mi casa con mis órdenes. Di a Amahal, que me mande sus dos niños. Es mi esclavo. Di a Ezra que me mande a su hija. Trae las diez doncellas más jóvenes de tu señora.

El esclavo se arrojó a los pies de Hiradz, comprendiendo todo el horror de sus palabras.



Un hombre alto y delgado, envuelto en vestiduras negras, avanzaba...

—¿Señor! ¿Señor! Tú el generoso, todo piedad y dulzura no puedes querer lo que me ordenas, murmuró el esclavo apoyando la frente en las sandalias de oro de su señor, mientras a la luz de las antorchas brillaba su torso como ébano bruñido.

Pero Hiradz estaba enloquecido por su dolor, y la fiera sangre fenicia y púnica ardía en él.

—¿Son generosos los hados conmigo? ¿Tienen los dioses piedad, de mi corazón? Moloch, me devolverá a mi amada, si yo le ofrezco las víctimas de que está ávido hace años.

—Espérame, escúchame, solo un momento. Tú has llamado a los sabios caldeos, a los rabinos judíos, a los egipcios, a los indios, has llamado la misericordia de todos los dioses, pero no has recurrido al único que lo puede todo, al que cura a los enfermos, da vista a los ciegos, resucita a los muertos. No has recurrido a un Dios que no pide holocaustos de niños y doncellas, que no pide sacrificios, que es misericordioso lo mismo para el señor que para el esclavo.

Hiradz se inclinó hacia su siervo:

—¿De quién hablas?

—Hablo de Jesús de Nazareth, el Mesías, esperado por los israelitas.

—¿Dónde lo has visto? ¿Quién te habló de él?

El esclavo se irguió. Y al hablar de Jesús de Nazareth miró a su señor como si fuera su igual.

—Veníamos atravesando el desierto hacia Jerusalén la última vez que conducíamos tus caravanas de allá, del Sur. En un oasis descansábamos un mañana. Dormi-



... la ayudó a incorporarse sobre el suelo. Los ojos de la joven miraron asombrados al desconocido...

tábamos al lado de los camellos, cuando una voz que hablaba en el silencio de aquellas horas cálidas llegó a nosotros y nos despertó. No era la voz un trueno, ni hablaba para nosotros, y, sin embargo todos nos sentimos estremecidos y atraídos por ella.

Hiradz y los siervos, y el sacerdote desde su alto asiento, escuchaban al esclavo. Había un silencio profundo y las antorchas crepitaban reflejando su resplandor en las bruñidas puertas de bronce y en los mármoles resplandecientes.

—El que hablaba era un hombre como de treinta y dos a treinta y tres años, iba desnudo recubierto solamente por pieles. El sol del desierto había oscurecido su tez y sus ojos brillaban como carbunclos, como iluminados por una luz interior misteriosa. Era Juan, el precursor del Mesías, que iba anunciándolo por todas partes. Todavía no había llegado la hora de que se presentara, pero ya Jesús recorría las orillas del Tiberiades predicando su doctrina. Nosotros creímos que Juan hablaba la palabra del Dios verdadero, y como seguimos su ruta con nuestra caravana, al llegar al Jordán, nos bautizó. Desde aquel día dejamos de lamentar nuestra servidumbre y nuestros trabajos. Sus palabras de paz, su doctrina consoladora, confortante, nos ayudó desde entonces a sobrellevar nuestras penalidades.

Hiradz habló con voz trémula, con ansiedad:

—¿Dónde está Jesús de Nazareth?, que venga si es cierto que cura a los enfermos. Le daré mi palacio, le daré todas mis riquezas, si salva a mi esposa...

—No, señor; tú no puedes pagar a Jesús de Nazareth. Él no es un médico griego ni un mago caldeo. Él sólo quiere a los limpios de corazón, a los que creen en Él.

—Traedlo, id y buscadlo, donde quiera que esté, si hablas verdad.

—No podemos ir a llamarlo, está en Jerusalén ahora. Él fué hacia allá, como anunciaron los profetas.

—Entonces, ¿por qué hablas de Él, si su poder no puede llegar aquí y en tanto muere mi dulce amada? ¡Ah! tú abusas de mi generosidad. Id, id y traed a mis siervos, que quiero hacer una hecatombe a Moloch.

—Espera, señor; yo no puedo convencerte, pero hay hombres que te demostrarán que Moloch no existe, como no existen los dioses griegos ni los romanos. Estos hombres han visto los prodigios de Jesús y vendrán a decirte que puedes hacer para salvar a nuestra señora.

—¿Dónde están?

—Yo vi que nos seguían y al paso, mientras cargaba tu litera me dijeron que habían visto a Jesús, el rabí. Son dos hebreos que van llevando por el mundo la Buena Nueva del Maestro.

—Tráelos a mi presencia.

Hiradz miró con ansiedad hacia la puerta. En ella aparecieron dos judíos. Sus ropas estaban desgarradas por las jornadas rudas bajo el sol y entre el polvo de los caminos. Sus barbas revueltas, enmarañadas, sus manos trémulas, sus ojos eran en su rostro como brasas, parecían ojos de locos o de iluminados.

—Decidme qué habéis visto hacer a ese Jesús de Nazareth. ¿Es cierto que resucita a los muertos, que da vista a los ciegos, que cura a los enfermos?

Los hebreos, empezaron a hablar atropelladamente, temblando los labios, agitando las manos en el aire.

—Hemos visto levantarse con vida a la hija de Jairo, que yacía muerta; hemos visto a Lázaro salir con sus ligaduras de la tumba, después de cuatro días. Y al hijo de la viuda de Efraim, levantarse y andar, y hemos visto curados a los leprosos, y con vista a los ciegos, y hemos visto el agua convertirse en vino, y multiplicarse los panes y los peces. Y a Él lo hemos visto andar sobre las olas. Y hemos oído su voz, que calma los corazones y los hace puros.

—Entonces yo voy a buscarlo, —dijo con exaltación Hiradz—

El debe ser el hijo de Dios. Yo siento en mi corazón que vuestras palabras dicen la verdad, y siento renacer la esperanza. Yo voy a buscarlo.

—Acaso llegues tarde, —dijeron los hebreos.

—¿Por qué?

Ambos bajaron los ojos avergonzados, y sus labios temblaron sin proferir palabra.

—¡Hablad! —gritó Hiradz.

—¡Ah! Señor, nosotros hemos venido hasta aquí huyendo y lo hemos dejado abandonado en manos de los soldados del pretorio.

—¿Por qué han apresado a un hombre que habla de paz y de

amor, como decís que es luz y verdad?

—Los doctores de la ley lo perseguían, los romanos lo han llamado revolucionario y los pontífices y los sacerdotes, hereje. Y uno de sus discípulos, le hizo traición. Habíamos seguido a sus discípulos que fueron con Él a orar a un huerto de olivos, en la noche, y de pronto, los soldados de Roma guiados por el discípulo traidor, llegaron y lo apresaron, y nosotros al verlo ir, humilde, tuvimos miedo de los romanos y de los sacerdotes y hemos huido. No sabemos si se habrá salvado. Pero era el hijo de Dios; ¡quien sabe si a estas horas ha arruinado a Jerusalem y se ha proclamado rey!

Hiradz se fregó, y llevó la mano a su cimitarra:

—Sois unos cobardes, unos miserables, lo dejasteis solo, no tratasteis de defenderlo. Os mandaré a ahorcar, por viles. Y que reúnan todos mis hombres. Voy a marchar a buscar al Rabí Jesús, pediré al pretor de Roma en Jerusalem, por su vida.

Los dos hebreos se estremecían bajo la cólera repentina de Hiradz.

Pero en aquel momento otro esclavo entró jadeante. El sudor cubría su cuerpo, y su voz se apagaba por la fatiga:

—Señor: señor, ven pronto, nuestra señora...

Hiradz palideció, y gritó con espanto:

—¿Es que ha muerto?

No respondió el esclavo, pero todos oyeron sus sollozos.

Hiradz se inclinó hacia adelante como si una javalina le hubiese herido en el corazón. Quedó abatido, humillado por su dolor, no tuvo un gesto de cólera, ni de rebeldía.

Y los esclavos lo rodearon y lo sostuvieron hasta llegar a la litera. En ella se dejó caer sobre los almohadones de seda y oro y dijo mientras las lágrimas resbalaban de sus ojos:

—¡Oh! Jesús de Nazareth, por un momento he creído en Tí, y he vislumbrado Tu luz, no me dejes en tinieblas.

De nuevo descendió Hiradz ante las escalinatas de su palacio. Los esclavos en silencio alumbraban con sus flameantes antorchas. En el aire callado de la noche llegaron hasta ellos las lamentaciones de las mujeres, que lloraban y cantaban sus salmodias de duelo. Hiradz entró en la estancia donde tendida sobre un tapiz púrpura yacia su esposa muerta. En torno de ella las mujeres con los cabellos destrenzados y los brazos desnudos, plañían lamentablemente. Hiradz permaneció silencioso contemplando la blanca figura envuelta en sus ropajes recamados de plata y con una flor de loto que una esclava egipcia había colocado piadosamente sobre su pecho. El rostro era como mármol y la sombra de las pestañas negras era tan triste sobre las mejillas, que, contemplándola, Hiradz lanzó un gemido.

De pronto las esclavas cesaron en sus lamentaciones, y miraron sobrecoídas hacia la puerta. Un hombre alto y delgado, envuelto en vestiduras negras avanzaba en silencio, seguido de los dos hebreos. El desconocido se llegó a Hiradz y suavemente posó su mano blanca y diáfana en su hombro. Hiradz se volvió estremecido:

—¿Quién eres?

Domingo de Ramos EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ

Ya sabía Jesús de Nazaret hasta qué límite llegaba la maldad de los hombres. La comprendió y la disculpó —¡oh, dichoso aquel que todo lo sabe comprender para todo saberlo disculpar!— en su continuo comercio con las gentes, a través de las tierras por las que sus andanzas le fueron llevando, iluso de curiosidad por conocer, en lo íntimo, el medio espiritual en que los seres se afanan por el pan y por el amor. Muy cerca vio, tan cerca que siempre pudo descubrir el grosero mecanismo de las almas, la inclinación funesta del instinto perverso. Jesús de Nazaret vivió entre todas las miserias de sobre la tierra, entre la más pestilente suciedad moral, porque a esos, a los que nunca estuvieron limpios de alma, quería convencer y, tras convencerlos, redimirlos. Jesús de Nazaret sabía exactamente que convencer y redimir era su misión en este tránsito humano, y para cumplirla, a compás del tiempo, consumía su vida. Durante su transcurso vio ampliamente, porque su inteligencia de hombre no era de limitado horizonte, el multiforme espectáculo del mundo, y buceó en las pasiones, y ahondó en los instintos, y contempló, desde la altura en que lo colocaba su superioridad espiritual, a las turbas conmovidas hasta el delirio, sin movimiento ni idea ante el asombro del milagro, y padeció también de la versatilidad de las muchedumbres, y oyó de sus denuestos y se adoloró por sus imprecações cuando, agitados, herían los aires con sus destemplados y agrios gritos.

Jesús de Nazaret, ser divino, vivió la vida humana, y como hombre compartió amarguras y sufrió dolores; se sintió amado; ¡amó! Amó la vida, y la vida misma, como a cualquier hombre, le depaó una mujer, y hasta le hizo encontrar su Judas.

Ya sabía Jesús de Nazaret, al entrar en el Huerto de Getsemani, que en aquel punto estaba todo ido y acabado. Lo trecho, de tumbó en tumbó, sin el dolor de la carne, porque ya tuvo el dolor del espíritu, paró ante Caifás, que era la maldad, y desde allí fué llevado ante Pilatos, que era la cobardía.

LUCIANO DE TAXONERA

El desconocido no respondió, pero los hebreos hablaron por él: —Señor, él estaba con el Maestro, lo hemos reconocido. Le hemos interrogado, y nos ha dicho que Jesús de Nazareth, fué crucificado y enterrado, pero a los tres días, su tumba fué encontrada con los sellos de los romanos, rotos: que el Rabi había resucitado como anunció.

Hiradz se acercó al hombre de las vestiduras negras, que contemplaba a la muerta y parecía murmurar con sus labios trémulos una oración.

—¿Es cierto lo que dicen estos hombres?

El desconocido se volvió y lo miró con sus ojos dulces y profundos, hasta el fondo del corazón que se estremeció.

—Todo es cierto, como ellos lo han dicho.

—¿Y tú quién eres?

—Yo llevo la palabra de Dios a los hombres, mas dime, ¿por qué llamaste desde el fondo de tu corazón a Jesús?

Hiradz estaba pálido y su voz temblaba:

—Yo esperaba en El, que me salvara a mi amada, pero ya ves; ya ella ha muerto. Sin embargo, El también resucitaba a los muertos...

—¿Luego tú crees en El? ¿Tu crees que El también ha resucitado?

—Sí; una voz en mi corazón me dice que El era el Hijo de Dios. ¡Oh! Id todos vosotros a buscarlo. El vendrá y resucitará a mi esposa.

De nuevo el desconocido lo miró fijamente y pareció leer en el fondo de su corazón.

—Hiradz, tú eres de los elegidos, porque sin verlo, sin oírlo, sin pruebas, tú has creído en El.

Entonces, despacio, se acercó a la muerta, y un instante se recogió en sí mismo. Los circunstantes dirigían los ojos de él a la joven yacente. Después extendió sus manos sobre ella, sus manos blancas y puras y dijo con voz que todos oyeron resonar en sus pechos:

—¡Mujer! en nombre de mi Padre despierta y levántate.

Los pétalos de la flor de loto se estremecieron sobre el pecho de la joven y las pestañas temblorosas se levantaron sobre las mejillas y los labios se entreabrieron.

Un súbito espanto y terror agitó a los circunstantes, pero Hiradz, que tenía una gran fe, como la había pedido el Maestro, se inclinó hacia ella y la ayudó a incorporarse sobre el suelo. Los ojos de la joven miraron asombrados al desconocido y habló:

—¿Señor, me llamabas?

—Pero éste no contestó; en silencio, entre el asombro y la maravilla de los presentes, salió de la estancia, y nadie se atrevió a seguirle a Hiradz en su dicha, es trechando entre sus brazos a su esposa, también se olvidó de él.

Sólo al cabo de unos momentos recobró su dominio y entonces lo buscó con los ojos y no viéndole, se levantó del suelo y salió a la terraza. Pero en la terraza solitaria, no se veía a nadie. Todo estaba en silencio. Las luces de la aurora teñían de rosa los mármoles del palacio.

—¡Corred! ¡Corred! — clamó Hiradz, — buscadlo, que le muestre mi gratitud. ¡Oh! creo en Jesús, creo que es el Hijo de Dios.

Pero nadie pudo decir cómo había desaparecido el desconocido. Hiradz interrogó a los hebreos.

—Nosotros creíamos que lo habíamos visto con Jesús.

Hiradz extendió hacia ellos su mano:

—Vosotros huístais del Rabi,

vosotros lo abandonasteis cobardemente, y no pudisteis reconocerlo, porque El no quiso mostrarse a vosotros. Sus vestiduras os engañaron, porque vuestros corazones eran incapaces de advertir su presencia. Yo no lo había visto, yo no podía reconocerlo, y sin embargo os digo que era El, el que yo he amado y en el que he creído ciegamente, sin pruebas, al que llamé desde el fondo de mi corazón. Id, id, a hablar de El por todas partes, no os quiero ver en mi presencia.

Y los hebreos, humildemente, se alejaron, bajaron las escalinatas y se perdieron por el campo, en las brumas del amanecer.

Un nuevo día se levantaba sobre el mundo, traía una nueva luz para Hiradz y los suyos, un sol de verdad y de vida.

mujeres, escasamente se podrá encontrar una que sepa leer. Y desde hace 5.000 años las tareas a que dedica su actividad no han cambiado, y si los viejos faraones salieran de sus esplendores funerarios, acaso les parecería encontrar entre estas gentes a algunos de sus súbditos.

Las nativas de Egipto no tienen diversiones públicas. Su casi exclusiva diversión es la exhibición de joyas. Estas joyas representan un modo de aplicar la riqueza. En el Cairo existen más joyerías que en cualquier otra ciudad de igual importancia del mundo.

Para esta exhibición existen razones importantes, aparte de la vanidad de quien las exhibe. La ley mahometana prohíbe dar moneda a interés. El campesino no se fía de los Bancos. Por tanto, el di-

me influencia de los prejuicios de casta son irrompibles.

Las cuevas D'els Hams

Las Baleares poseen paisajes admirables que, como tantos otros que los españoles tenemos no sin conocidos como debieran de ese mundo turista que recalca hacia otras naciones en busca de lugares donde la grandeza de la Naturaleza se manifiesta esplendente. Si los paisajes españoles se divulgasen por todas partes, si acusásemos la inmensa cantidad de parajes únicos que poseemos, la corriente turística se encauzaría hacia España buscando algo que no fuera el tópico de un falso pintoquerismo.

En Manacor existen las Cuevas D'els Hams que muestran por todas partes bóvedas extensas recamadas de bellísimas y sorprendentes estalactitas.

El aspecto más fantástico presentan estas grutas, donde la Naturaleza forjó bellísimas espirales, grupos que semejan duendes fantásticos encapuchados que asisten a una imaginaria procesión.

LLANTAS DE LECHUGA

Los automóviles quizá puedan, dentro de poco, tener llantas hechas de hule extraído de la planta diente de león, y aun de lechuga.

Los experimentos de los sabios americanos, que trabajan con tesón para libertar a su país del yugo del monopolio del hule inglés, hacen que tal cosa sea posible dentro de poco, en opinión de William A. Taylor, jefe de la Oficina de Industria de Plantas de los Estados Unidos.

En su informe anual, Taylor reveló que se había encontrado hule en una planta herbácea de la isla James, cerca de Charleston, Carolina del Sur, planta que se asemeja al diente de león común, que también contiene hule, lo mismo que otras plantas lechosas silvestres, y aun del grupo de la lechuga.

En Florida se están haciendo experimentos con varias plantas. Entre las especies que ese están observando, el árbol Hevea, del Brasil, y el árbol Castilla, de la América Central, son las que mejor se adaptan al clima. La especie Hevea ha resistido un mínimo de temperatura de 28 grados Fahrenheit.

En California se están haciendo experimentos con las plantas de guayule, que es rica en hule y crece silvestre en México.

EL DARTO

Con este nombre se conoce un pájaro de tres decímetros de largo, de plumaje negro azulado y pecho rojizo sin plumas. Tiene un copete o penacho que se prolonga hasta la extremidad del pico y cuyo contorno semeja la trompeta del teptir. Vive en las selvas oscuras.

SOLILOQUIO DE UN ALMA A DIOS

Dulcísima vida mía
En quien la inmortal está,
Por quien vivo y por quien ya
Morir mil veces querría.

Cuando en esa cruz os miro,
Puesto que tantas se os ven,
No teméis llaga, mi bien,
Que no me cueste un suspro.

Queda el sentimiento en calma
Del consuelo que procuro,
Porque pienso que las curo
Con el aliento del alma.

Entristézcame de suerte
Que a veces, Señor, quisiera
Que un angel por Vos muriera
Por no sentir vuestra muerte.

Mas luego vuelvo, mi Dios,
A pensar que me obligara
Tanto, que me extamorara
Como yo lo estoy de Vos.

Mejor es que a Vos os deba,
Dulce Jesús, tanto amor,
Aunque ver vuestro dolor
A tanto dolor me mueva.

Cuando niño, os contemplaba
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me alegraba.

Cuando vuestra Madre sale
Con tal 'agnus' por joyel,
No hay rosa, lirio y clavel
Que vuestra hermosura iguale.

Más cuando Cristo amoroso
De la cruz pendiente os ven
Como me hacéis mayor bien,
Me parecéis más hermoso.

Porque con esas corrientes

Y llagas dulces y hermosas,
Todo sois lirios y rosas,
Todo jardines y fuentes.

Que esas espinas divinas
Son para enseñar, mi Dios,
Que se desmaya de amor!
Se ha de entrar por la espinas.

Pues dejadme entrar, Señor,
A coger rosas tan bellas;
¡Descanse el alma con ellas,
Que se desmaya de amor.

Causáis amor tan profundo
Muerto de amores, mi Dios,
Que envidio los que por Vos
Parecen locos al mundo.

No hay amor no nav velando,
En cuantos el mundo admira,
Porque todos son mentira
Y sólo anaros verda!

Rabold: estivo primero,
Y en ofenderos constante;
Mas ya labró mi diamante;
La sangre de esa Cordero.

No le tengáis en prisión;
Dad lugar, oh cruz suave,
A que los brazos desclave
Para que me dé el perdón.

Que pienso, aunque le ofendi
Con tanta inmortal flaqueza,
Que ha bajado la cabeza
Para decirme que sí.

Pero dejadme llorar,
Que, aunque habéis por mí pagado,
Ya para el menor pecado
Me parece corto el mar.

Lope de VEGA

POR EL NILO

Cuando se recorren las comarcas rurales de Egipto, sorprende el estado de atraso en que la mujer campesina se encuentra. En su estatimo retador parece como si por sus mente no pasasen los anhelos, que de su lado el viejo Cronos huiera para siempre. Y estas mujeres son de una elegancia que no desmerecería al exhibirla ante otras mujeres de cualquier punto de la tierra.

De entre cada veinte de estas

nero, o lo entierra lejos de la codicia de sus convecinos, o lo convierte en joyas.

No es raro encontrar egipcias que llevan toda su fortuna en forma de ajorcas, brazaletes o en riquísimos paños que caen de los hombros por la espalda o penden de las sienes tapando la cara.

Y es un espectáculo fantástico el que ofrecen estas mujeres agobaldas bajo el peso de infinidad de monedas que desde la cabeza le caen por todo el cuerpo.

En las comarcas del Nilo sus moradores no han perdido jamás la homogeneidad. En un mundo que de continuo está cambiando, ellos permanecen siempre fieles a la tradición. Dijérase que la enor-

Era el día tercero después de la crucifixión de Jesús, día solemne y maravilloso que había de ser memorable en el transcurso de los tiempos.

El sorprendente hecho, sublime como la creación del mundo y hermoso como el cielo que nos cobija y el sol que nos alumbra, difundióse por toda Jerusalén y las vecinas comarcas. Los que fueran profanos a las doctrinas del Cristo, mostraban asombro y temor, mientras en los creyentes fervorosos, hombres de buena voluntad y de sano corazón, todo era júbilo y contento y entusiasmo sin límites. En aquellos dominaba un sentimiento de rencor y de codicia; en éstos, en cambio, la alegría bienhechora de haber visto realizada la divina promesa en que cifraran acaso su victoria y su triunfo como primeros soldados del Cristianismo.

¡Grande acontecimiento! Jesús habría resucitado al tercer día, como estaba escrito en los libros de Moisés. Y los falsos sacerdotes, vencidos y atormentados por el remordimiento, retiráronse a sus templos.

Día magnífico y espléndido: el sol, más resplandeciente que nunca, había derramado sus tesoros de luz sobre la ciudad, cegaba con sus rayos a los incrédulos e inundaba de purísima claridad a los discípulos del Maestro, abriendo sus espíritus oscuros a la verdad suprema de lo inacabable, de lo eterno...

Había acontecido la resurrección del Cristo, Dios de Israel, Hijo de David...

Nimbado de áureos y sutiles resplandores, como entre una nube impalpable y diáfana, elevados los serenos ojos al Trono del Altísimo, el rey de los judíos traspuso la losa sepulcral y desapareció en el éter...

Y en tanto, los cristianos de Jerusalén estaban en gozosa fiesta por el magno suceso, orando ante el sepulcro los apóstoles, derramando lágrimas de mansedumbre y de consuelo las santas mujeres; dos peregrinos, llamado el uno Cleofás, que siguieran al Mesías en sus predicaciones y milagros, caminaban hacia Emmaús llenos de gran congoja.

Habían salido de Jerusalén apenas despuntara el alba, y como no encontrasen a nadie en el camino, ignoraban la resurrección del Señor.

¡Qué profundo dolor y qué mansedumbre en el alma de aquellos discípulos humildes del Crucificado! Tanto les contristó la terrible muerte del Maestro, tanto habíale abatido la horrenda injusticia consumada y tan abrumado tenían el ánimo, que a duros esfuerzos podían andar. Apoyábanse en rústicos cayados, rendidos por el cansancio y la fatiga.

Empezaba a anochecer. Ni una sola nubecilla manchaba el firmamento azul; en el horizonte hundíase el sol en ascuas de oro; mecíanse las olivas al impulso suave de un vientecillo acariciador, y en la lejanía celeste percibíase un punto reluciente: la primera estrella.

DEL AMOR DIVINO

Los peregrinos de Emmaús

Por Alfredo Cabanillas

lla. Era un momento de serenidad apacible, hora de beatitud y de meditación, en que el Universo entero reflejaba en su ambiente el glorioso triunfo de la Cristiandad.

Los dos peregrinos detuviéronse un instante en la marcha, y el uno al otro comunicáronse los pensamientos angustiosos de todo el día. Tristeza infinita, amargura innarrable de los hombres faltos de amor y fe! Dudaban de que el

pirando en la Cruz y veían cómo la sangre que manaba de sus costados resbalaba por su escarnecido cuerpo hasta regar la tierra; contemplábanle humillado ante los hombres, pero glorificado ante Dios, al Ser todo bondad y todo abnegación, que se había sacrificado por los pecadores para que sus culpas fuesen perdonadas, para que en la hora de la justicia suprema el bien triunfase sobre el



LA SANTA FAZ

Pintura del siglo XV, original de Bermejo, que se conserva en el Museo Episcopal de Vich

Cristo pudiera resucitar. Ellos darían su sangre y su vida por la del Redentor; ¡mas era tan extraordinario el milagro! ¿Cómo El — pensaban, recordando las exclamaciones de los fariseos —, que salvaría al pueblo israelita de las ruinas y del libertinaje, no había podido salvarse a sí mismo?...

El más anciano de los dos reflexionó, sin embargo, y dijo:

—Si era el enviado de Dios, ¿por qué no ha de volver a nuestro mundo corporalmente? Si El era el Mesías verdadero, podría realizar el milagro... ¿No había El vuelto a la vida a Lázaro y a la hija de Jairo?

Y en su plática conmovedora, saturada de impacencias y pesimismo, evocaban a Jesucristo ex-

confianza daba salud a los enfermos del cuerpo y a los enfermos del alma; con qué ternura alentaba a los débiles de corazón y enseñaba a los ignorantes y compadecía a los ingratos?... Los calumniadores eran bendecidos por El.

Y tampoco sentían los dos peregrinos el convencimiento de que su amado Maestro resucitara, de entre los muertos.

—No ha perecido — prosiguió el romero hermano — por la cobardía de vuestro espíritu, como pensáis, sino por confundir vuestra idolatría y anunciaros la destrucción del mundo. Si El tenía fe inquebrantable en el Dios de la Creación, ¿cómo vosotros dejasteis de tenerla en su Hijo, que es la encarnación de vuestra dicha por siglos y generaciones?... Ha venido para redimirnos, a hacernos buenos y generosos; ha venido para libraros de la ignominia de la opresión, para encender en vuestros pechos el entusiasmo de los gozos espirituales y en vuestros ojos la luz de la verdad. Su misericordia y su sacrificio os arrancará de las tinieblas en que os habéis sumido por las miserias de la carne...

Maravillados estaban los peregrinos de las dulces palabras del inesperado romero...

Y seguían camino, adelante saturados ya de la fe que en un momento se extinguiera en su corazón.

Próximos ya al término del viaje, los tres peregrinos quisieron reparar las fuerzas perdidas y apagar la sed que abrasaba sus labios.

Entraron en una posada y sirviéronles de comer y beber.

Humedecieron sus bocas los peregrinos de Emmaús, y el hermano desconocido tomó en sus manos el pan...

Miráronse el uno al otro llenos de confusión y de inquietud, exaltados y conmovidos, brillantes sus pupilas por las lágrimas de felicidad que las empañaban...

Quisieron hablar al romero amigo, pero no les fué posible articular una palabra tan sólo...

Cayeron de hinojos ante él... Y es que habían visto cómo sus manos de limpiísima albura partían el pan. Sólo Jesús partíalo en aquella forma...

Las manos que veían, blancas como la pureza y la inocencia misma, eran las manos amorosas del Maestro, que tantas veces habían besado. Y contemplaron atónitos el encanto.

Se había aparecido a ellos el Crucificado en figura de tosco peregrino para, infundirles con mayor arraigo la creencia en las cristianas doctrinas y la confianza en el Dios que les daría la salvación de su alma.

Fué todo como la transformación del pensamiento en palabra.

El Cristo transfiguróse en la estancia, y envuelto en resplandores de azul y de oro, irisado el semblante de preciosísimos reflejos, rebosando majestad y grandeza, se hizo intangible en la divina polícromía de la atmósfera.

Pero los discípulos de Jesús no le creían aún.

—¿No presenciasteis días atrás — exclamaba el romero — con qué

Don Miguel, llevándose la mano a su barba plateada ya y pretenciosa, exclamó:

—¡Ay amigo mío! La feria de Sevilla no es ya la feria de Sevilla...

Y don Juan apartó los ojos arrugados ya por los años, del festín de la luz y los colores, para interrogar a su acompañante, que se hundía en el fondo de la "victoria".

—¿Por qué no?

—Ya no es la feria de antaño. Había que verla en mis tiempos. Más de veinte años hace... ¡Cómo pasa el tiempo! —Hizo una pausa y, alzando el brazo como si quisiese abarcar todo el paseo hasta la pasarela —gallarda y luminosa en las sombras de la noche— continuó: —¡Aquellas ferias! La primera vez que vine yo contaba poco más de veinte años. Recuerdo que había logrado veinticinco duros, y, sin encomendarme a nadie, tomé el tren y me planté aquí. Al siguiente día se me acabó el dinero. Vendí un alfiler que me había regalado mi buena madre, y al otro día volví a quedarme en paz. Pero ¡qué dos noches! La risa era el loco estruendo de Sevilla. Toda la ciudad parecía una alegre carcajada de la tierra, una carcajada como un eterno rodar de cascabeles de plata. El trémolo de la guitarra era la canción de las calles, y los ojos de las mujeres las más bellas luces de la noche. ¡Qué días! Ahora, ya ve usted: un paseo cursi, unas muchachitas muy serias que llevan la peineta, la mantilla y el mantón como cumpliendo un deber establecido por las ordenanzas municipales —parece que se atavian así para que no las multe el alcalde— y un desdichado cuadro flamenco esperando la visita de los ingleses que van a verlo como van a las ruinas de Itálica... La feria ya no es la feria.

—Y ¿por qué no? Las muchachitas de ahora son como las de antes... No. Las muchachitas de ahora son más guapas, ¿verdad? —y rió—. El paseo es el mismo, el azahar perfuma como todas las primaveras y el cielo azul tiene la augusta serenidad de siempre, con el resplandor escintillado de sus estrellas, que alumbran la alegría sevillana. ¿Qué quiere usted? —Sí... está bien; pero nosotros nos aburrimos.

Callaron los dos, siguiendo lentos en la lenta cabalgata de carruajes. Bajo la comba azul del cielo, espolvoreado de temblorosas lucecitas de plata, la ciudad mostraba la alegría desgarrada y brillante de su feria. Brillaban, como incisiones en la sombra de la noche, los farolillos venecianos de las casetas —rojos, amarillos como débiles luces chinescas y rameadas—; sus titileos de luz resbalan por la espuma blanca, roja, dorada de los mantones de manila. Y, sobre el bullicioso enjambre humano, se repetía la curva de los arcos sembrados de lámparas eléctricas, como collares de brillantes deslumbradores que hubiesen de caer sobre las sedañas gargantas desnudas.

Don Juan encendió un pitillo, alzando el fósforo en su mano ya temblorosa, y, lanzando al viento suave una tibia bocanada blanquecina, exclamó:

—¡Se queja usted de la feria! Es injusto. Quéjese de sí mismo, de sus cincuenta años, de sus achaques...

Don Miguel decruzó las piernas y quiso hablar; pero don Juan le detuvo con el ademán y continuó:

El encanto de la feria

Por José Venegas

—Sí, amigo mío, nos aburrimos; usted con sus cincuenta años... ¿No? Bueno, con sus cuarenta y tantos, y yo con diez años más. Pero la culpa no es de la feria; es de nosotros mismos...

—¡Oh, no! Recuerdo que en mis tiempos...

—Acaso sea verdad lo que usted dice; pero también es que las costumbres degeneran. A la feria le falta hoy un ambiente, un calor, un no sé qué...

—Le diré a usted lo que le falta a la feria —y dirigiéndose al cochero: —Oye, vuelve despacio,

Jabón

REUTER

Para el cutis de las damas y de los bebés, es por su pureza insustituible. Por su abundante espuma lo emplean los cabaleros para afeitarse.

REUTER'S HEALING SOAP

Dep. Glas. ILLA & Cia. MAIPU. 73 - Buenos Aires

—¡En sus tiempos!... ¡En sus tiempos! Todos los tiempos son mejores que el pasado. No haga usted caso de Jorge Manrique. El día mejor de nuestra vida es el que estamos viviendo, y el día supremo de nuestra vida aguarda siempre en la curva del porvenir. Lo que hay es que la juventud se lleva muchas cosas y nos parece que se llevó las mejores porque no miramos a las que tenemos. Y entre las que se lleva está esa del encanto de la feria, que ahora le parece a usted más encanto porque pasó ya y pasó por su vida en la riente claridad de su juventud...

muy cerca de las casetas, para que veamos bien a las muchachas... Pues sí, amigo don Miguel, yo le diré lo que no tiene la feria, lo que perdió para siempre.

Hizo una pausa, dió una chupada al pitillo y, sacudiendo la blanca ceniza fuera del coche, empezó a hablar:

—Usted sabe que apenas si salgo de casa. Hace algunos años que me recliné en la tibieza del hogar, un poco obligado por el maldito reuma y otro poco desilusionado por la frialdad de los malditos años. En el otoño último empezó la dolencia del corazón; caí en cama. Dicen que estuve muy

grave; pero, por fortuna, salvé aquel tropiezo, y las noches nevadas de la Pascua pude pasarlas entre los míos, restablecido y otra vez fuerte y animoso. De aquel percance salí con unas ansias enormes de vida; me pareció haber visto demasiado cerca las sombras de la muerte y amé con indecible voluptuosidad la posesión de la vida; quise agarrarme fuertemente a ella para que mis ojos no se cerraran nunca a su deslumbradora claridad. Nació este afán de un amargo convencimiento: me había dado cuenta de pronto, que se despidió ya la juventud y que las ruedecillas del engranaje de la vida se iban poniendo muchas y caminaban con mucho trabajo. Venimos al mundo con un haz de fragantes ilusiones, como flechas que han de lanzarse al azul; vamos caminando, y una buena mañana, cuando creemos que aún es nuestro todo el divino tesoro, miramos las manos y están vacías. ¿Cuándo fué la siembra de nuestras ilusiones? ¿Cuándo las perdimos? ¿Cuándo disparamos al cielo nuestras flechas? ¡Qué sabe nadie! Pero ya no tenemos nada en el hueco de las manos. Y entonces queremos, desordenada y atropelladamente, recoger el caudal que se llevó el viento, como agua clara filtrada entre los dedos. Por esto pensé que debía volver a vivir el pasado para buscar en él las huellas de mis flechas perdidas...

Don Miguel se sonrió ligeramente:

—No olvida usted nunca la literatura. ¡Qué floridamente relata lo que al fin no es más que un universal deseo humano: agarrarse con ansia a la vida cuando empieza a perderse!

Don Juan protestó con el gesto:

—¿Y le parece mal? Hay que poetizar la forma, para que encubra galanamente las sombrías desolaciones del fondo.

—¡Otra frase!

—Y todo son frases. Hay quien dejó su nombre en la historia y sólo hizo una frase.

—Bueno; cuéntame usted, que ya quiero saber el por qué de la decadencia de esta feria, en la que hay gente que se aburre, cosa que no ocurrió jamás.

—A ello iba. Bien. Quise volver a vivir intensamente, no dejar que pasase una hora sin que llevara una emoción. Y rompí mi voluntario enclaustramiento. Volví al círculo, volví al teatro, frecuenté las comidas mundanas, las noches del Ritz y del Palace. Tuve lindas amistades, ¡ay! platónicas —y sonrió— que sólo me costaban un ramo de flores o una caja de bombones. Alguien hubiese dicho que era un viejo disoluto. Pero, amigo mío, ¿cómo me aburría y cómo me martirizaba el maldito reuma! Pensé que todo había envejecido como yo, perdiendo la divina fragancia que perfumó mi juventud. El mundo tenía dolores de reuma y rengueaba también andando difícilmente...

Don Juan se detuvo un momento. Paseó los ojos por la feria; miró, entornándolos, a una muchacha morena y sevillana, envuelto el busto en la púrpura bordada de un mantón, lanzó otra bocanada de humo y continuó:

—Aguardaba, febril, no obstante, unas noches que fueron inolvidables en mi juventud: las noches de Carnaval. Nunca había gozado tanto la alegría de mi vida como en mis bailes de máscaras. Por ellos paseé la prestandia

de mis veinticinco años, con una mujer bella al lado y con una suprema ilusión en el alma. En ellos conocí mis más sabrosos amores de unas horas, de unos días. Acodado en una mesa, en el fondo de mi palco, junto a una linda cabecita rubia, si los hubiese sabido entonces habría dicho los versos de Rubén:

*Tus labios escarlata de púrpura
maldiva
sorbían el champaña del fino
baccarat.*

Y a pesar del reuma y de los años, esperaba desesperado esas noches de febrero para revivirlas.

Llegaron, al fin. Llegó la noche aguardada como aguarda la blanca prometida el misterio de la cámara nupcial. ¡Más de dos horas estuve frente al espejo vistiéndome para rendir los honores debidos a la ilusión que volvía! Blancas, en la blanca pechera del frac, las gotas de las perlas, que ya hacía muchos años que no veían la luz; perfumada y triunfante la flor en el hojal; mi bigote rizado; la calva mañosamente disimulada cuanto me fué posible. Sólo me faltó haberme pintado las mejillas y los labios, como una cocota. Salí de casa y me encaminé al Real. En el camino pensaba que lo que se fué de juventud, estaría compensado por la abuitada existencia de la cartera.

Y entré en el baile.

—¿Y qué?

—Había llegado muy temprano. Empecé a dar vueltas por allí, buscando los recuerdos del pasado. Al principio el corazón me saltaba de gozo. ¡Oh, la ventura ideal!... Pronto empezaron los crueles alfilerazos del reuma. Me cansé. Anduve buscando un refugio. Pasó el tiempo; se fué llenando el salón; acudían los disfraces chillones, las risas, las palabras en voz alta, que flotan un momento sobre el murmullo de la

gente, la música... Todo me parecía un poco triste, desteñido, como harapos sucios de antiguas sedas maravillosas. La luz no tenía claridad. El ruido me aturdió un poco. Una máscara, con un domo blanco y negro, vino a mí, sentóse a mi lado y no supe retenerla. Apoyado en el quicio de una puerta miré el baile. ¿Y aquello era mi ilusión? No; aquel no era mi baile; le faltaba algo que fué su encanto. Miré atentamente la concurrencia. ¿Cómo podían divertirse? Otra máscara me pidió que la invitase a cenar. ¡Triste cena la nuestra! ella frente a mí y yo aburrido! La dejé y volví al salón, sintiendo la pesadumbre de la ilusión que estaba enterrando. Llegué a indignarme, pensando que el mundo me había robado mi baile, transformándolo estúpida-mente.

En esto llegó a mi lado mi sobrino Carlos, quien me ha traído a Sevilla. Usted le conoce...

—Sí, el hijo de su hermana...

—El mismo; un guapo mozo de veinticinco años. Traía el frac lleno de confetti, el pelo desmechado, los ojos brillantes, las mejillas encendidas y el paso no muy seguro. Todo él olía a champaña, a perfumes de mujer, a ese acre olor de la humanidad bullciosa. Se abrazó a mí, y, dejando caer la cabeza sobre mi hombro, me dijo: "¡Ay, tito! ¡Qué noche!"...

Don Juan calló. Cruzó las piernas, encendió otro pitillo y:

—"Ay, tito! ¡Qué noche!" ¡Como las mías, cuando tuve veinticinco años! El baile era el mismo... La feria es la misma, querido don Miguel. A usted y a mí es a los que les falta algo. Nosotros no somos los mismos.

Siguió el coche lentamente entre la lenta cabalgata de carruajes. En el perfume de los azahares venía la música de las casetas y el rítmico son de los crótalos.

Y sobre las negras cabezas, al compás de las "sevillanas" realzaba —pendientes de los dedos finos las cintas de seda rojas y amarillas como leves llamaradas —la morena palidez de los brazos desnudos.

CATASTROFES EN EL TEATRO

Entre las catástrofes más espantosas que han ocurrido en los teatros, pueden citarse las siguientes:

En 1836, el incendio del circo Lehmaner, en San Petersburgo, causó 800 víctimas; en 1845, en el teatro de Cantón, 1700 espectadores perecieron; en 1846, en el teatro Québec perecieron 800 personas; en 1847 ardió el teatro de Carlonche y en él perecieron 100 personas; igual número perdió la vida en el de Libourne, en 1857; en 1876, el teatro Conway de Brooklyn, con 400 víctimas; en 1880, el teatro italiano, de Niza, con 70; al año siguiente, el teatro Ring, de Viena, con 1100 víctimas; en 1887, el de la Opera Cómica de París, con 110; en 1904, el Toqués, de Chicago, con 600.

ESTERILIZACION

DE LOS VINOS

M. Henri Astruc, director de la Estación Enológica del Gard, preconiza la centrifugación como medio de esterilizar los vinos (Revue de Agriculteurs de France), y lo considera como el único sistema eficaz de eliminación de los fermentos.

¡Para los gruesos microorganismos, como son determinadas levaduras, moho, etc., basta la centrifugación a velocidades relativamente pequeñas; pero para despo-

ESCORIACIONES
ESCALDADURAS
QUEMADURAS
ECZEMAS
GRANOS

Picaduras de insectos y toda clase de afecciones de la piel.

jar al vino de otros microorganismos mucho más finos algunos de los cuales no miden más que de 2 a 30 micras, hace falta aumentar bastante el número de revoluciones.

El autor expone que con una centrifugadora Sefa-Lavol, girando a 10.000 revoluciones por minuto, pudo conseguir la eliminación completa de todos los microbios.

RAREZAS DEL MERCURIO

Desde que hace más de dos mil años se descubrió el mercurio ha extrañado la rápida huida de este cuerpo cuando se le toca. No existe ningún otro elemento ni ningún otro cuerpo compuesto a quien ocurra esto. La causa de esta huida rápida está en que el mercurio es un cuerpo líquido que posee las propiedades de éstos y cuyas partículas gozan de un grado enorme de atracción. Así como el agua no puede cogerse con los dedos, igualmente sucede con el mercurio.



“La pesca milagrosa”, cuadro de Crayer.

Aquella mañana estival, Patricio Quipón, el hidalgo puestero de la estancia de Cachipuncu, se debatía bajo una gran zozobra de inquietud. Las horas tenían una apremiante responsabilidad para su espíritu. ¿Cuál era la razón de su desasosiego implacable? Sería la víspera de elecciones el compromiso político del voto o la tentadora ocasión de las bebidas. Sin embargo, se notaba que el problema de sus preocupaciones respondía a terminar los últimos requisitos de una fiesta deportiva. Allí, en el amplio camino rural, cortaba con el filoso machete los diversos yuyos y malezas. El sendero iba quedando liso, cual si una funesta guadaña hubiese tesorado íntegramente la verde cabellera de los vegetales hirsutos,

Quipón arreciaba el vigor de su trabajo. Experto en las tareas de desmonte, su recia mano blandía sin piedad el trebejo destructor. En el predio familiar, la mujer sentíase gozosa ante el éxito inminente de la fiesta. Todos los paisanos regionales iban llegando en sus arrogantes cabalgaduras. Los potros relinchan, los caballos piafan, y bajo un contagio unánime de nerviosidad salvaje, sacuden las riendas de plata, los guardamontes cerriles y las lucientes caronas de charol. El episodio de la corrida de sortijas se realizaría con la solemne pompa de la vieja tradición gauchesca.

A lo largo del camino, junto a los postes del alambrado, se ubicaban en fila, las pacientes vendedoras de empanadas, "tamales" y "buñuelos". Cada una exhibía el meritorio valor de sus artículos. Sobre breves mesitas de madera se alzaban las blancas jarras de cristal, donde bullía el tonificante brebaje de la chicha rubia y la pálida aloja de maíz.

Por el cruce del sendero avanzaba un grupo de joviales muchachos. Vienen arrebatados por un vibrante entusiasmo, haciendo sonar la rústica zampoña pastoril. La caravana pedestre, a la espontánea afluencia de curiosos, se duplica lentamente.

En el patio del rancho hay un remolina de paisanos. Los ignaros jinetes han desensillado los caballos y se aprontan para la próxima contienda. Abandonan la montura reluciente y el apero diestro, para tomar una libre acción en la carrera. Tras los hombres valerosos, que llevan por distintivo un pañuelo blanco y azul anudado al cuello, toda la gente se traslada a la cancha de ejercicio. Un rumor parlamentario surge en el ambiente primitivo. Cada persona hace el optimismo de su juicio, basado en la aptitud del corredor y la imaginaria ligereza del cuadrúpedo.

En plena ruta de actuación, como un brazo extendido sobre la huella del camino, un árbol agita el símbolo del triunfo. En la rama mustia cuelga de una cinta roja el reluciente anillo de metal. ¿Quién será el hombre del pulso matemático, del certero blanco al reclame nupcial? La murmuración se aviva y las conjeturas de la simpatía alientan el ánimo de los contendores. Las apuestas surgen paulatinamente; mientras la grata sorpresa del premio — consistente en un negro par de botas nuevas — descansa sobre el "aujón" de la tranquera.

Al fin, llegan al campo del turf, junto a la raya de partida. Los ágiles jockeys correrán sobre "empeño"; tal si fueran los salvajes centauros de la pampa. La cere-

La corrida de sortijas

Por Julio Aramburu

monía tenía un turno militar, que se repetía tras el primer galope de la hazaña. No Patricio Quipón era el juez de la carrera. El había delegado en la rectitud de su hijo las órdenes de salida; mientras asumía en su puesto, la severa justicia del contralor deportivo. De pronto, una voz de alerta

pone en guardia a los protagonistas del concurso. Luego, el hijo de Quipón — con la fusta en alto — da la señal reglamentaria. El corcel arranca la precipitada fuga, castigado por el rebenque implacable y la fuerte presión del pie desnudo en los ijares. Lleva el pendón de las crines sopladadas por

JUDAS

Después de atravesar la gruta de la muerte, Judas llegó a la puerta rojiza del infierno y se puso a dar voces desgarradoras, pidiendo que le abrieran. Era una puerta enorme, de hierros enramados, por entre cuyos barrotes resplandecía el fuego, como un crepúsculo a través de una selva. Lucifer, que estaba esperando, lo recibió y le dijo, secamente:

— ¿A qué vienes aquí? ... Me parece que tú no sabes lo que haces. ...

Judas no pudo contestarle en seguida. Había corrido sin parar, durante muchas horas, creyéndose perseguido por su sombra, y la fatiga le cortaba la respiración. Sangraba la boca como una herida, pero en aquella herida se notaba no sé qué, de la frescura de una flor. ... Miraba con un ojo, el firmamento, y con el otro, el suelo; y abría convulsivamente sus manos tortuosas y amarillentas, como si arrojará al aire, monedas invisibles. Su aspecto era tan espantoso, que el mismo Diablo sentíase impresionado.

— No sé — exclamó al rato Iscariote. — No sé. ... Soy un miserable. He vendido a mi amigo, Jesús Nazareno, un alma divina de quien tú has de haber oído hablar. ...

Lucifer contuvo una sonrisa, que brilló como un sable.

— Y por fin, — agregó, — he cometido el delito de suicidarme. Cuando se vende lo que se adora, es natural quitarse la vida. ... Yo merezco un castigo terrible. Quisiera resucitar, para ahorcarme otra vez. ... Tú conocerás, sin duda, tormentos que me destruyan.

Satanás se indignó; Este no es un sitio de cobardes. — repuso, — ni un refugio de arrepentidos. Hay que saber ser malo; es una ciencia bastante difícil. Veo que ahora, traicionas a tu traición. ... Tú no te suicidaste por desprecio a la existencia sino por remordimiento. Tu alma sufre, porque ama; y en mi imperio no puede entrar el amor. Con seres como tú, se derretiría el hielo que oprime a los traidores. Vete. No eres digno de mi país de rebelión y de soberbia.

Y Judas se marchó de allí extraviado y abatido, sin saber adónde ir huyendo de su sombra, por un sinuoso camino de piedras volcánicas. Tenía deseos de llorar, al verse repellido hasta por el infierno; pero

había sido privado de la dulzura maternal del llanto. ... Iba ciego de pena, cuando sintió el perfume de una rosa cercana, y la deshizo entre sus dedos ávidos. Y recordó su pasado. ... Y padeció tales dolores y anduvo tantos días, que una noche se halló frente a un pórtico azul, claveteado de estrellas, que tenía la aldaba de un cuarto de luna creciente. Y llamó allí, y le habló San Pedro, que estaba algo adormecido, como portero con poco trabajo:

— Hermano Pedro: fui al infierno y no me quieren; dicen que no soy bastante malo. El dolor que me extravió, me ha dirigido. Soy un desventurado. Ignoro por qué entregué a Jesús. Cuando se quiere mucho, se halla uno tan cerca de hacer mal. ... Su doctrina era demasiado grande y no cabía en mi corazón, que se rompió como una frágil urna. Estoy cansado; sólo busco morir.

San Pedro reflexionó que si Jesús oía, lo iba a perdonar, y se apresuró a rechazarlo.

— ¿A qué vienes aquí? — Vete. ¿Cómo te atreves a molestarme, tú que vendiste tu fe? Después de traicionar a tu Maestro, traicionaste al Señor, al dejar la vida que te había dado. Eres como aquellos insectos de allá abajo, que matan a las flores que besan. ...

Judas pensó decirle: "Tú también lo negaste tres veces, y eso que debías ser la piedra de su iglesia". Pero estaba excesivamente triste para defenderse. No hay pena que no sea una desesperanza. ...

Y volvió a caminar por regiones siniestras, bosques de cruces y "campos de sangre", hasta que un día encontró de nuevo la tierra, en donde aun circulaban sus treinta dineros. La vida seguía siendo la misma: una nube que marcha desahaciéndose, y que en el fondo, no es más que un caudal de lágrimas. ... Ya nadie se acordaba de Jesús, ni de sus palabras hermosas. Y por amargura, por desconcierto y por repugnancia, ante hombres que eran como él, empezó a traicionar y a padecer por sus traiciones inevitables. Y así a pesar de que se suicida constantemente, como lo rechazan del cielo y del infierno, el apóstol traidor, víctima de sí mismo, sufre la cruel condena de estar en nuestro mundo. ...

Pedro M. OBLIGADO

el viento y la larga cola lacia, duramente tendida. Los jinetes colectivos azuzan la voz carrera. De vóla distancias. Ya paso el término de la cuadra y se acerca jadeante a la meta sagrada. El corredor lleva en la diestra el dardo de madera, listo para el magnífico centro del triunfo; mientras con la otra mano cime las riendas del chúcaro bidoon. Todo el mundo clama la tremenda expectativa. Sin embargo, el desdichado jockey pasa sin acertar la suerte y se pierde en la lejanía, envuelto por una asfixiante polvareda.

Así, en un destile pintoresco y emocionante, los hombres se disputan la señal del mérito. Nada los desanima al esfuerzo constante y aguerrido: ni el desengaño grotesco del fracaso, ni el golpe de la caída inesperada. Iba ya a finalizar la prueba, ante la evidente derrota de la disciplina hipica, cuando surgió entre el gentío un muchacho alto y magro como una amenaza. Voluntariamente solicitó un puesto en la carrera, afirmando la seguridad de la victoria. Los rivales fracasados en el ansiado intento, rieron burlescamente. Ahora todo el paisano se tendría la postrera pantomima de la fiesta.

Monta el brioso potrero, asegurado a un simple bozal y sin mayor preparativo acude al lugar de la batalla en aquel improvisado hipódromo. Quipón, cede al empeño del jinete anónimo y dispone los requisitos de la empresa. A la orden de largada, rompe la violenta carrera. La gente admira la viril arrogancia y la pasmosa serenidad ante el peligro. Los cascos del bruto van redoblando sobre el parche de la tierra con una sequedad siniestra y resonante. Es una exhalación diabólica, una marcha enloquecida y arriesgada. Va a llegar al árbol tutelar. La sortija brilla en un temblor de oro. El jinete se apresta par ael gesto y al pasar, vemos que el símbolo huye enastado al madero de combate.

Hay un clamoreo unánime y frenético. Hombres y mujeres corren a felicitar al triunfador. Sin embargo, miran tras la nube de polvo y ven regresar únicamente al animal. ¿Qué sucede? ¿Dónde está el desconocido victorioso? ¡Horror! Tendido, junto al tronco de un cevil, yacía el exánime cuerpo del rudo adolescente. Un golpe fatal habíale destruido la cabeza. Un hilo de sangre surgía de la sien derecha, manchándole la mejilla, el cuello y el chaleco gris, que le ajustaba el pecho. Ahora, el desconcierto cunde como una ola de estupor en todos los espíritus. El enflojo de la corrida de sortijas se moría en una escena de tragedia.

Yo contemplo a todos largamente. Me parecen sere sde una fraternidad sincera y espontánea. Sí, son las viejas sombras de la tradición heroica, las que perduran en el blasón de la estirpe la alucinante fantasía de la leyenda antigua. Ante su presencia humilde, nunca se siente una emoción más honda de tristeza. No por el feliz encuentro de la silueta evocada, sino por la ingratitud de la suerte y la fortuna. ¡Qué amarga fatalidad la de estos anónimos destinos! Vivir y morir shin transcendencia histórica. Mas ahora, tenemos un héroe bizarro y armonioso. Su recuerdo ciudadano sería la enseñanza para renovar el valor de las bellas costumbres campesinas. Hermanos en el dolor y en el infortunio, la muerte les exalta el frágil culto de la esperanza y de la vida.

Primo de Rivera y la antipatriótica huelga estudiantil en España

La algarada estudiantil madrileña, secuela del conato subversivo del cuerpo de artillería, no debía producirse en estos momentos por elementales razones de patriotismo. Lo decimos desde un punto de vista absolutamente desapasionado, prescindiendo de calificar los hechos que, aún en su lamentable significación, tienen el atenuante de provenir de un arrebatado de juventud. Los estudiantes han sido lo mismo, siempre, en todas partes, pero con particularidad en España, donde al común espíritu rebelde se agrega la despreocupación, irresponsabilidad y ánimo discoló propio de los universitarios madrileños.

No creemos — y ello hace doblemente culpable a los estudiantes — que su actitud parta de un concepto propio sobre los títulos expedidos por la Universidad Católica, ni que tal sea el exclusivo motivo del amotinamiento. España constituye, en esencia, la primera entidad católica del mundo. Alfonso es el único Rey que aún realiza el ejemplo de humildad del lavatorio de pobres; la enseñanza primaria de la península se rige por los cánones seculares de la Iglesia; en sus Universidades hay cátedras de teología y derecho canónico. Por lo demás, desde el hogar hasta las altas posiciones públicas, el sentimiento católico constituye en España una profunda esencia espiritual, abonada por una sagrada tradición de siglos, que identifica al ciudadano con los principios fundamentales de la religión. Adviértase por otra parte que la iglesia ocupa en España una preeminencia cultural indiscutible y que, fortalecida por la magnitud histórica de su obra, le permite, seguramente, emitir títulos profesionales tan sanos como los salidos de las universidades del Estado.

¿Cómo, pues, los estudiantes

podían plantear al gobierno de España una cuestión de fondo tomando de pretexto el reconocimiento, por su parte, de títulos legítimos? Era esta una medida lógica, en armonía con la tradición católica de España y la importancia de las academias de altos estudios que sostiene la Iglesia en la península. Es evidente, desde luego, que el detalle fué mero pretexto para un

dronadas que no dan, que no deben dar patente de valentía. Es visible, detrás de los tumultos levantiscos que Primo de Rivera supo apaciguar con la energía necesaria, la mano de sombra que guía los titeres quién sabe con cuales recónditos propósitos. La gente que durante largas décadas se repartió el gobierno de España, conduciéndola a la ruina social,

eran notorios, los estudiantes, privilegiados civiles a su vez, no han vacilado en romper el principio jerárquico, alzarse en armas contra el gobierno y servir a los interesados fines de antiguos elementos de la política caciquil que minó la grandeza de España hasta la proclamación del gobierno actual. Los estudiantes peninsulares no están, entonces, inspirados por ningún ideal superior; ni siquiera por un hombre joven y digno que, aunque adversario de Primo de Rivera estuviera limpio de las depredaciones y errores del viejo régimen. Sólo se prestan con deplorable obcecación a los manejos de los políticos del pasado, que aspiran al retorno, y, que, en su impotencia, se han concretado a perturbar la magnífica acción desplegada por el gobierno en todas las ramas de la actividad española.

¿Qué es, por ejemplo, lo que se persigue ahora? Restar brillo a las Exposiciones Internacionales de Sevilla y Barcelona, que, sin embargo, alcanzarán el magnífico éxito que les asegura su organización. Se quiere, asimismo, neutralizar la afluencia enorme de turistas que se dirigirá a la península en ocasión de tales acontecimientos. Por suerte, nada de ello es fácil que se obtenga. La firmeza y el tino de Primo de Rivera se impondrán sobre todas las circunstancias que pudieran sobrevenir. Pero esto no quita que, como decíamos, la algarada estudiantil sea antipatriótica, ridícula e indigna de los españoles que se precien de hombres de bien. Porque a tanto equivale atentar, por cualquier motivo y finalidad, contra un esfuerzo ponderable de trabajo y cultura que, como aquellas exposiciones, ha exigido para su maduración la consagración entera de un gobierno y de un pueblo.



El general Primo de Rivera, presidente del Consejo de Ministros de España, gracias a cuya acción enérgica y eficaz, serán salvados todos los obstáculos que se oponen a su patriótica y fructífera obra de gobierno.

alzamiento antipático, ridículo e infructuoso porque, como se sabe, ha ido al más absoluto fracaso; y que los estudiantes han actuado en el caso como simples y dóciles instrumentos de los profesores adictos al viejo régimen, y de los caciques políticos que se obstinan en recuperar el poder mediante bala-

política y financiera en que la recogió Primo de Rivera para salvarla, intenta volver al dominio de la situación utilizando los peores recursos, hasta la pervisión de la disciplina militar y universitaria. Y ahí reside lo más doloroso del caso. Como el cuerpo de artillería, cuyos privilegios injustos en el Ejército

Arbitrariedades y anacronismos de cuadros célebres

La Ultima Cena

La Ultima Cena, aquella en la cual Jesucristo convirtió el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre, mediante las palabras de la Consagración; aquella en la que se instituyó el Sacramento de la Eucaristía, ¿fue tal y como la han representado los clásicos de la pintura?

Con razón hacíamelo observar el notable arqueólogo don Miguel Sanchez Dalp, en el Museo del Prado, ante un cuadro que quería representar aquella cena y en el que, como en todos los demás cuadros célebres del mismo título, no es el ver a "los doce apóstoles" sentados con el Salvador la inexactitud que más choca, sino el mantel de la mesa, los tenedores y otros anacronismos.

En primer lugar las cenas que verificó Jesucristo la víspera de su Pasión fueron tres: la del Cordero Pascual, la Común y la de la Eucaristía.

Por cierto que esta diversidad de cenas es causa de que se haya discutido mucho acerca de si el cáliz que se venera en la Catedral de Valencia es o no el mismo en que consagró el Redentor.

Las tres cenas se celebraron en un cenáculo suntuoso y magnífico, propiedad de un tal Cusa, noble personaje, procurador y tesorero de Herodes Antipa. Que fue en un cenáculo suntuoso, lo atestiguan los evangelistas San Lucas y San Marcos: el primero, en el capítulo XXII, versículo 12, escribe que Jesucristo, al darles las señas del padre de familia en cuya casa iba a celebrar la Pascua, dijo: "Entonces él os mostrará un gran cenáculo aderezado. Aparejad allí"; y el segundo, en el capítulo XIV, versículo 15, pone en labios de su Maestro estas palabras:

— "Y él os mostrará un gran cenáculo ya preparado; aderezad para nosotros allí".

La primera cena fue la del Cordero Pascual, o cena legal, que era la que celebraban todos los judíos y que se efectuó declinada la tarde del día primero de los Azimotes o sea el 14 del mes primero de los hebreos — Nisón — por mandarlo así la ley.

Esta cena, celebrada por los judíos en conmemoración de la salida de los israelitas de Egipto, se tomaba muy de prisa, de pie, con las vestiduras tales atadas por la cintura; calzados y con el báculo en la mano.

No se asaba sino una sola víctima para toda la familia, por numerosa que fuese, pues para cumplir la ley bastaba que cada individuo tomase una pequeña porción del cordero.

Como esta comida tenía más de ceremonia que de acto de nutrición, se verificaba después la cena Común, en la que cada cual tomaba los manjares más de su gusto, que solían ser muy abundantes, por razón de la solemnidad.

Se comía a uso romano, esto es, recostados los comensales en unos lechos o camillas muy engalanadas que rodeaban a una mesa baja y en los que se recostaban sobre el brazo izquierdo de modo

que los que seguían venían casi a reclinarse sobre el seno de los primeros.

San Juan da a entender que cenaron recostados, al decir que tenía la cabeza reclinada sobre el pecho del Maestro.

Al fin de esta cena fue cuando Jesús, al decir que uno de los apóstoles le vendería, dió a Judas Iscariote un pedazo de pan mojado, para indicarle a Juan el Evangelista quién era el traidor, cual se dice en el Evangelio de este apóstol: "como él (Judas), pues, hubo tomado el bocado, luego salió". (Capítulo XIII, versículo 30).

Terminada la Cena Común, hizo retirar la mesa y los lechos o camillas, y substituirlos por otros para sus once apóstoles, e hizo que le trajesen otro cáliz y otro plato más preciosos que los usados en las cenas precedentes. El cáliz, si es el que se venera en Valencia, es muy hermoso, y en el inventario de la Catedral está así clasificado: "Cáliz de ágata cornarina oriental". Uno de los platos, según Palmireno, escritor del siglo XVI, fue de esmeralda.

En esta Cena, realmente la última, se verificó la Consagración del pan y del vino.

En las tres cenas se usaron mesas y cálices distintos y vinos diferentes: Libano, Chelbon y Sorec. ¿Cuál fue el consagrado?

Ahora bien: si el cenáculo era suntuoso y no pobre; si la Ultima Cena fue una ceremonia; si a ella no asistió Judas, y si manteles y tenedores no eran conocidos ni usados entonces, a nadie extrañará la pregunta con que encabezó estas líneas: ¿la Ultima Cena fue tal y como realmente la representaron los maestros céle-

bres de la pintura? ¿Fue siquiera la Ultima, puesto que a ésta no asistió Judas?

E. GONZÁLEZ FIOLE

INDIOS BLANCOS

Noticias procedentes de Pará nos dan cuenta de la existencia de indios blancos en el valle de las Amazonas y del descubrimiento de esa rarísima raza de aborígenes en las regiones del Araguaia y Tocantins.

Según informes al respecto, son estos indios de gran estatura, musculosos y muy valientes.

Los varones llevan adornos de hueso en la nariz y en el labio inferior.

Los hombres de ciencia brasileños de Pará están preparando una expedición para explorar la región y hacer un estudio acerca de estos indios blancos.

Aprenda a distinguirlos!

Aprenda a pedirlos!

AMBAS ofrecen, en idéntico grado, las admirables virtudes de la universalmente famosa "ASPIRINA" descubierta por la CASA BAYER, pero cada una de estas dos combinaciones tiene su campo curativo completamente bien definido.

La CAFIASPIRINA
es más adecuada para aliviar los dolores y levantar las fuerzas.

La FENASPIRINA
es especialmente recomendable para los resfriados, la gripe y la influenza.

Acostúmbrese Ud. a usar la que corresponde a su caso, para tener así la certeza de un resultado completamente satisfactorio.

Al comprar la que necesite, pídala clara y precisamente por su nombre completo, y recuerde siempre que lo mismo las tabletas de CAFIASPIRINA (para dolores), que las de FENASPIRINA (para resfriados) llevan estampada la Cruz Bayer, como garantía de legitimidad y pureza.

¡Antes de abrir la boca para tomarlas, abra los ojos para identificarlas!

Los nardos de María Magdalena

Por Miguel Román Peña

Por las páginas misteriosas de la antigüedad, María Magdalena pasa como una sombra fuerte de amor y de ensueño, en genuflexión inmortal ante el ideal sagrado.

Desde el día que ella, por curiosidad, fué a oír la voz de Jesús, su pensamiento va hacia él como la aguja al polo, como el heliotropo al sol.

Una tarde, en su jardín, contemplaba el prodigio de las razas de Saron y la eucarística blancura de los lirios de Galaad que mecen suavemente sus corolas al contacto de las brisas ventidas del desierto.

Anhelos vagos, sutiles, inconcesables, agitan su espíritu hecho para algo más que para recibir el homenaje servil de los precónsules de Roma y de los mancebos de Bethania.

Llegan hasta ella los aromas de los nardos en Engaddi, que más blancos que las tiendas de Salomón y que los manteles de los holocaustos florecen apacibles bajo el ramaje de los cedros y de los limoneros.

Y en aquella hora dulce y triste, recuerda nuevamente la palabra de Jesús.

Fué el canto del ruiseñor oído en la media noche de su alma dolorida, y a cuya magia sentíase serena cual las campiñas de Galilea iluminada por la luna de la mañana.

Así con la gracia inefable con que los nardos levantan sus varas odorantes como una canción de pureza, así lo vio aquel día, apoyado a un sicomoro y diciendo

a las multitudes palabras que tenían la suavidad de los oleos de la unción del rey Saúl.

La bella hermana de Lázaro pensó en ir a Jesús, pero no como Salomé fuera a San Juan, el prisionero de Makeros, aquel que — al decir de Primitivo Sanjurjo — tenía el cuerpo frío como los reptiles y blanco cual la pared de la casa del fariseo.

Salomé, ebria de deseos fatales no satisfechos, acercóse el penitente del Jordán, al asceta clarividente de las llanuras del Edén y de Amalek, llevando en su cuerpo tentador las ondulaciones terribles de las panteras de Moab.

Ella no iría así a Jesús. Ella iría para que él viese en el poema de sus miradas lo mucho que lo amaba.

Iría para que comprendiese y calmase aquella tempestad atroz que en el alma llevaba.

Estaba hastiada de las fatuidades e hipocresías de la cortesana farisaica; y el más supremo desdén dibújase en los labios impregnados de altiveces principes.

El nardo era su flor favorita y su esencia el aroma predilecto. Porque el nardo es la flor sagrada que sabe de todas las castidades y crece a la sombra melancólica de las higueras y cinamomos, como crecen los primeros pensamientos e ilusiones de amor en la frente de las vírgenes de Sión.

Por eso, en ónices y alabastros cincelados por los más famosos orfebres de Tira y de Sidón, guardaba aquellas raras esencias traídas de los montes de la Arabia.

Cuando en casa de Simón el leproso, ungió con ellas los pies del maestro, ubo escándalo entre los que allí estaban. Se semblantearon recíprocamente para adivinar lo que en los ánimos pasaba. Hubo miradas de soslayo, labios cerrados como los bolsillos de un avaro, críticas cenicientas como los alrededores del Mar Muerto.

Judas de Kériot, receloso como zorra, pensaba que al recibir Jesús aquel derroche de ungüentos tan caros, no estaba consecuente con la doctrina que ha poco había enseñado; que cómo podría ser el lirio más puro de Judea, el más blanco vellón de Israel, permitirse que una mujer manchada le tocara sus plantas, hechas tan sólo para posarse en las cumbres del Líbano sagrado.

No era de extrañar aquel raciocinio en el interesado discípulo.

Ese es el criterio que siempre ha denominado al hombre-reptil, que, acurrucado dentro de su egoísmo inveterado, no comprende la excelcitud de un vuelo, ni los divinos amaneceres del ideal suprasensible, cáliz de confortación, generador eterno del éxtasis que nunca declina.

Para borrar la impresión habida en la casa de Simón, fué necesario que Jesús declarase que aquella mujer lo ungía para el sepulcro, que a los pobres siempre los tendría entre ellos, mas a él no siempre lo tendrían para colmarlo de la caricia que es debida al mártir bendecido que se va del mundo en donde pasó haciendo el bien.

¡Oh, flor de Bethania, flor de la carne, flor de la noche! Desde el día que rompiste tu vaso a los pies del Nazareno misterioso y doliente, tu aroma llena los siglos y perfuma la vida.

Bien lo hicisteis porque los pies que sostienen un ideal, y lo llevan por el mundo cual una columna de divinos amores presentes; los pies que sostienen un corazón, nido de paz y cumbre de visiones sagradas; los pies que



Para que no lo conocieran de moro se disfrazó, pero pidió un HIERRO QUI-NA BISLERI y el mismo se delató.

sangran por compasión al hombre, esos deben ser ungidos con los besos del cariño más intenso y secados con las sedas encantadoras de la belleza humana!

A la virgen de la Macarena

(Especial para FRAY MOCHO)

¡Virgen de la Macarena! en tus ojos veo yo toda el alma de andaluza y todo el fuego del sol.

Te mataron a tu hijo a tu Hijo que era Dios, y clavaron en tu pecho siete espadas de dolor.

¡Virgen de la Macarena, quien pudiera en tu aflicción secarte esas lagrimitas que reducen más que el sol!

Sin tí no habría en Sevilla flores, ni luz, ni esplendor, pues hasta nuestros claveles de tí sacan el color.

De Andalucía eres Reina y del mundo admiración, ¡quién pudiera, oh, Macarena morirte por tí de amor!

Mariano MACIA.



“Entierro de Jesús” — Cuadro de Pablo Delaroche

Viaje a la luna

Por Chabás Marti

La estancia, humildemente pequeña, está blanca de Luna. Es en la noche de un día estival cálido y pesado. En una cuna hay un niño cuyo cuerpecito breve se adivina bajo las sábanas tenues y cuya cabecita de rubias melenas, hundida en las almohadas, la ha, mustiado una fiebre capitisosa. Al lado de la cuna, de rodillas y reclinada sobre ella, está pálida de vigilia, su madre, bella bajo el velo sombra de sus tristezas.

No hay más personajes; y ellos hablan así:

El Niño. — Mamaita... dame la mano; no te vayas. Tengo mucho daño, aquí, en la cabeza; me hace bumbún... muy fuerte.

La Madre. — Duermes, monín, duermes; mamá no se va de tu lado. ¿Ves? Estaré siempre aquí, contigo, velando tu sueño como un hada.

El Niño. — Me pesa; la frente me pesa mucho.

La Madre. — Es que tienes sueño; yo te cantaré bajito para, que te duermas; te meceré poco a poco.

El Niño. — No, no tengo sueño; tengo calor: abre el balcón; ábrelo del todo.

La Madre. — Ya está abierto, vidita. Pero la noche es calurosa y por eso no sientes el frescor del aire.

Cada mirada de la madre es una onda, de ternura que envuelve al niño. Sin separarse de él, constantemente en vigilia, está ya tres días llena del dolor que le infunden los pesimismo del médico. Quisiera darle todo el corazón con sus besos a aquella vida pequeña, que se escapa, consumida por la fiebre...

—Duérmete, monín... Tu mamá te besa para arrancarte tu mal... Así, en la cabecita, para quitarte el bumbún... Duérmete...

Le mece balanceando poco a poco la cuna. Así él se duerme, y cuando ya está completamente rendido al sueño, la madre le deja quieto y le mira arrobada. ¡Si sus ternuras le salvaran!

El cansancio la ha vencido a ella.

Esquilada de fatiga, se ha dormido, abatida la cabeza sobre la cuna infantil.

Y así sueña en su pequeño, que, atezado de fiebre, va muriendo lentamente. Y su sueño es triste. Entre sus velos, la muerte sigilosa llega con sus pasos callados, que siente ella encima de su corazón; y se acerca hasta la cuna y toma al niño en sus brazos; ella lucha heroicamente para defender el tesoro único de su vida, que se llevan para siempre, y la muerte la vence y se lleva al niño; ella corre tras la muerte, implorando, tendiendo los brazos hacia su hijito...

Un quejido del pequeño, que ha despertado, rompe su pesadilla. Le mira: está él amapolado, los bracitos plegados sobre el pecho en un gesto dolorido.

—Vidita: ¿qué tienes?

La boca entreabierta y el respirar fatigoso, con los ojos despiertos, él mira a su madre sin mirarla, con una expresión velada y perdida.

—¡Tesoro, angelito!

El gesto del niño se concreta un momento y luego vuelve a hacerse difuso, como pregonando su agonizar.

La madre le toma en sus brazos; obsesada de pesadilla, no puede fijar sus ideas. ¿Sueña todavía? Su dolor se hace agudo, y estrecha al niño contra sí, como luchando sin con aquel fantasma de muerte que enfureció su soñar.

—Hermoso, mira: tu madre te tiene en sus brazos; nadie te robará. Eres mío todo.

Le dice así, sollozativa, miedosa, como frente a frente de una muerte que está próxima ya, y que va envolviendo al niño en las muselinas sombrías de sus velos...

Sobre los brazos del amanecer se ha dormido

para siempre. Dolorosamente llorosa, le besa su madre, con delirio, como si quisiera reintegrarle a la vida.

Sus besos ciñen guirnalda de rosas al cuerpo muerto del niño.

En la estancia, humildemente pequeña, el perfume de esos besos a los difusos clarores del alba es como el alma de diminutas violetas votivas. En todo hay un silencio entre cortado de suspiros, y pasan solemnes las horas.

Un rayo de Luna, último y oblicuo, húmedo de amanecer, acaricia la frente del muertecito, cuyo espíritu, como una estrella pequeña, vuela hasta el Cielo para dormirse ya siempre en el seno de ese lirio celeste de las nocturnas utopías. Todos los niños amigos de la Luna, por la escalera de un ensueño, llegan hasta

ella, cuando mueren. Y la Luna convierte en estrellas sus almas diminutas.

Así el Cielo, de noche, es claro a veces, y sonríe...

Las excelentes condiciones que posee la manzana para la salud del organismo

Según un médico belga, la manzana posee virtudes curativas.

Remedio específico de alcoholismo y de la neurastenia, la manzana, por la gran cantidad de fósforo que posee, es un excelente alimento para dar energías al cerebro.

Es, también, un gran desinfectante de la boca y remedia las afecciones de la garganta.

Como remedio estomacal su valor es enorme.

Los Primeros AGRACIADOS con los BONOS de los

Cigarrillos "Condal"

y concurrentes a la GRAN EXPOSICION de SEVILLA son:



Señor David Sole
domiciliado San
Juan 3450, que sal-
drá próximamente



Señor Orensio Onsur-
be, domiciliado Carlos
Calvo 1173, saldrá en
el vapor "Conte Ver-
de" el 17 de abril
próximo



Señor Donato Lopila
to, domiciliado Pavón
Nº 2670, saldrá en el
vapor "Conde Ver-
de" el 17 de abril
próximo

Todo fumador podrá realizar gratis un viaje a Sevilla guardando los cupones que contiene cada atado de los exquisitos cigarrillos "CONDAL" que se venden a \$ 0.30 el paquete



FERNANDO SANJURJO
AL SINA 1000
BUENOS AIRES

El sueño del Rey

Por José Gómez Renovales

Y reuniendo en torno suyo al príncipe e infantes, comenzó el su cuento, que un día fué sueño de otro monarca, su antecesor:

"Alrededor de hogar tranquilo de chimenea castellana encontrábase el rey y su estado mayor disponiéndose a dar la batalla decisiva que había de vencer de por vida al enemigo tenaz en la pelea. El plan estaba estudiado sabiamente, y no podía fallar; el movimiento envolvente era seguro; y una vez cogidos los contrarios, en aquel círculo de cañones vomitando metralla, tendrían que rendirse los que quedasen, si alguno supervivía al fuego mortífero.

El rey quedóse dormido dando las últimas disposiciones, y los generales respetaron el sueño de aquel gran que peleara con tanta valentía por espacio de muchos días y sin descanso en otras tantas noches..., y... el rey soñó...

Era el día treinta y uno de diciembre de... Al alborear el nuevo día, los campos enemigos deberían ser suyos, y soñó que llegaba el nuevo año, representado, como todos lo hemos visto, por un niño alegre y bullicioso; pero esta vez el niño, a medida que se acercaba, el terror se pintaba en su rostro, y en vez del bagaje consabido de venturas, dichas y vida nueva, traía sobre la espalda una pesada carga de muertos, desdichas y matanzas sin tregua.

Las gentes, a su paso, hufan, no se entonaban canciones de júbilo al nuevo llegado. Las palabras de odio y las blasfemias salían a flor de labio. El niño, al oír aquellas imprecaciones, y fatigado por el peso de aquella carga que abrumaba su cuerpo menudo, desfallecía y lloraba temblando de terror, al ver que tenía que ocupar un trono que era sustentado por millares de cráneos deshechos. Rendido cayó en tierra, y las gentes, ansiosas, se acercaron para verle morir; pero fué levantado por las manos hercúleas, aunque esqueléticas, de su padre el año viejo, y le repitió la frase del judío errante: "Anda". Volvió el niño a emprender el áspero camino; pero los obstáculos se sucedían, los montones de carne humana no le dejaban continuar, y el terror aniquiló las fuerzas del rey del tiempo.

Con pena honda le contemplaba su padre; ya las horas de aquel último día del reinado del viejo gobernador de los pasados tocaban al filo de la media noche; ya se sentía morir por instantes; ya el frío de la enemiga cruel le acuciaba.

Se acercó al niño en un supremo esfuerzo y lo levantó al nivel de su cabeza ciclópea; pero la campana de la iglesia próxima dejó caer en el silencio de la noche las doce campanadas, indicándole que la hora de su muerte era llegada, y cayeron al suelo padre e hijo como heridos por el rayo de Dios.

Y el rey seguía soñando. El mundo ya no existía; la luz no volvía a la tierra; la noche se hizo interminable, y aquel ata-



Jesús en el sepulcro", cuadro de Muñoz Degraín

TERRA OBLIVIONIS

"Quien conocerá vuestras maravillas en las tinieblas y vuestras justicia en la tierra de olvido".

PSALM.

"Viajero de la tierra del olvido cargado del dolor de las edades y del temor de lo desconocido, me acerco a la ciudad de las ciudades.

"Jerusalén ideal, visión incierta perdida en el tumulto de la vida, blanco alminar de amor, en cuya puerta tan solo la verdad tendrá cabida.

Afuera, las tinieblas y el martirio de la noche infinita... ¡Miserere! La pálida esperanza, como un cirio herido por el viento, tiembla y muere.

Dejado fui de las divinas manos y en esta noche de dolor profundo pienso que mis caminos fueron vanos y sólo hallé tinieblas en el mundo!

Desde almenada torre, guardia fuerte custodia la ciudad, grande y severa que no habita el Olvido ni la Muerte.

¡Junto a su puerta de oro el alma espera.

Fernán Félix de AMADOR.

Viernes Santo.

que al enemigo tan perfectamente ideado no podía darse, a pesar de la tenacidad de los generales y de las tropas, que aguardaban sin dormir el primer rayo del astro solar, que debía alumbrar con sus galas el hecho de armas más grande que presenciara la humanidad doliente.

El griterío era ensordecedor; por todas partes se escuchaba la palabra "maldición"; las madres llorosas, con la melena al aire, buscaban a sus hijos para cobijarlos en sus brazos; los niños, abandonados, medrosamente se escondían en los rincones de sus viviendas; los hombres inútiles querían deshacerse de aquella pobre vida que tanto les estorbaba, y el rey soñaba que acudía a todas partes, que quería imponerse con sus voces de hierro; pero sus soldados, acorbadados por la negrura de aquella noche interminable, no escuchaban las órdenes de su supremo jefe y abrían sus ojos desmesuradamente y se apretaban en estrecho abrazo, con el terror de lo desconocido.

El rey soñaba que se moría ahogado por la sangre que a su garganta subía con fuerza inenarrable, que no parecía sino que toda la vertida en aquellas interminables jornadas se le agolpaba en los pulmones y no le dejaba respirar...

Y el rey, soñando, despertó, y al despertar contó al generalísimo su cruento sueño y dió órdenes para pactar con el enemigo, y toda su furia se deshizo en llanto, y al caer sus lágrimas sobre las hojas secas, se dice que florecieron unas ramas mustias que estaban cerca de la chimenea, y que estas ramas dieron flores de siemprevivas, que eran las flores de los muertos, y que el mismo rey las llevó a los campos de batalla.

La guerra terminó; las madres secaron su llanto; los hijos volvieron a labrar la tierra, que era la vida de todos; los niños cerraron sus ojos al terror y los abrieron a la ventura; los inútiles pobres despojos de la barbarie humana!, ayudaban como podían en los quehaceres domésticos, y el rey nuestro señor, arrepentido de sus yerros, fundó el Monasterio del Perdón, ingresando en él y abdicando en su hijo primogénito".

Y los infantes, que escuchaban al rey, lloraban, y el príncipe heredero rompió su espada y la arrojó al fuego en señal de que él no continuaría la historia sangrienta de su antepasado.

Y por la habitación se escuchó el murmullo de una oración, comenzada por el rey, en acción de gracias al Todopoderoso, por haberle concedido un reinado tranquilo y feliz.

Dios te salve, María, llena eres de gracia.

Y los pequeños repetían:

"Dios te salve, María."

Ante las pupilas de zafiro, de azabache o de peridoto, abríanse siempre las avenidas bordeadas del jardín. Los laureles rosas, recortados, formaban peregrinos boscajes, y de los macizos de rosales en flor surgían las desnudas deidades de mármol. En las plazoletas cantaban las fontanas ante los pabellones de mármol rosa y transparente ágata; las aves suntuosas y extrañas paseaban por los parterres la pompa fastuosa y banal de sus colas de orfebrería; albos cisnes se deslizaban silenciosos por el espejo encantado de un estanque; y al fondo, tras el templo de la Diosa, se veía riolar el mar azul surcado por las tirrenes de velas de lino y púrpura.

La Naturaleza tenía allí una calma grave y serena; los amanezcos de jade y malaquita poseían una gracia joven, saludada por el canto victorioso de los pájaros; y los atardeceres, de oro, cobre, amatista y topacio, a su vez, una melancolía lírica y apasionada.

Era un "jardín de amor"; y las vírgenes, prisioneras entre sus altos muros, esperaban al "esposo". El tenía que llegar en busca de la amada, en busca de la que hubiese sabido esperar genuflexa ante el misterio del tabernáculo, cándida y jubilosa, toda asoleada de amor, dorada de gracia, ungida de alegría como de santo óleo.

En las tardes serenas, mientras las velas se mecían sobre las olas de plata del mar, hablaban "del que había de venir"; y ante el gran misterio, el susurro de sus voces era como el arrullo de las tórtolas en la enramada.

Aglae, la de las caderas de ánfora, decía:

—Mi amado será rubio como las mieses. Sus cabellos de seda se rizarán como caracolillos, y sus ojos sabrán mirar dulces y amorosos. Sus labios tendrán el gusto acre y fresco de las cerezas.

Crisis, la de los ojos de uva y los labios coralinos, oponía:

—El mío tendrá el perfil de las aves de presa, y sus cabellos serán como las alas del cuervo. Sus ojos habrán robado sus tinieblas a la noche y su fulgor a los relámpagos. Cuando me mire, temblaré como la hoja sacudida por el viento o como el pajarillo a quien sorprende la tormenta. Si su mano me acaricia el hombro, me doblaré a su peso como la rama demasiado cargada de frutos.

—El elegido de mi alma —suspiraba María— no tendrá ni la alegría nueva de la aurora, ni la torva grandeza de la noche, sino la serena fuerza del mediodía. En su gesto habrá la calma definitiva de los gestos eternos, y sus palabras serán graves y plenas de nobleza. No será ni como el pájaro que se posa en la rama, ni como el fruto que dobla el árbol; será el maestro que guía, el rey que gobierna.

Los días se deslizaban para las vírgenes prisioneras monótonos como las notas de una sinfonía inacabable. A los cielos de gasa gris sucedían las noches brufidas y los pálidos oros y los nácares que hacían del firmamento el interior de una inmensa concha. Y así, las rosas sucedieron a los claveles, los crisantemos a las rosas, las violetas a los crisantemos y los jacintos a las violetas.

Y las vírgenes esperaban inútilmente al amado, que no acababa de llegar.

Entonces, las más impacientes pensaron en salir en su busca para brindarle sus mejores frutos.

La parábola de los frutos verdes

Por Antonio de Hoyos y Vinent

"El esperado llegará con la primavera, cuando canten los ruiseñores y florezcan los rosales; cuando los crepúsculos son de oro y en el ambiente hay una tibia dulzura de amor. El no puede amar los días fríos y plomizos del otoño, las tardes glaciales del invierno, ni las largas noches en

que aullan los lobos y ruge el huracán. Amará las cosas jóvenes y alegres, y el dolor y la tristeza le serán extraños. Huirá de las puertas tras las que se cobija el sufrimiento".

"Vendrá sediento", murmuraban unas, mientras cargaban en sus cestillos las cerezas maduras

y los melocotones de terciopelo.

"Traerá hambre, y la debilidad hará más largo su camino", pensaron otras, mientras en las bandejas de oro acondicionaban las uvas y las ciruelas.

Y envueltas en sus gasas rojas, anaranjadas, verdes, violetas, azules, rieladas de oro de plata, de perlas, de esmeraldas y rubíes, con su paso aéreo, danzante, caminaron por las veredas blancas, llevando en alto los dones frutales.

Ya fuera del jardín esperaron al "Esposo". Sentadas sobre las silvestres florecillas se espolvorearon de oro los cabellos, y con ayuda de los brufidos espejos de plata se ungieron de aceites y perfumes. Luego rieron y cantaron. Después se contemplaron en la clara linfa de los arroyuelos, y con los dientes de marfil mordieron la roja pulpa de los sabrosos frutos.

Y el esposo no llegaba.

Corrieron por los trigales y cortaron el racimo de la vid. Al fin, cansadas, se sentaron. El sol y el agua aminoraron sus galas; los frutos se pudrieron en los canastillos de dorados mimbres y los gusanos anidaron en ellos. Cansados de la larga espera, las vírgenes, impacientes, se durmieron.

x x x

En las postrimerías del otoño llegó el "Esposo". El largo caminar le había curtido. Traía hambre y sed y afán de la "elegida".

A la puerta del "jardín del amor" halló a las vírgenes dormidas, ajadas y marchitas, oprimiendo los cestillos cargados de frutos podridos. Sonrió, ante las vírgenes que habían rojado por todos los caminos mostrándose sin recato a los viandantes y brindando sus frutos a todos los viajeros.

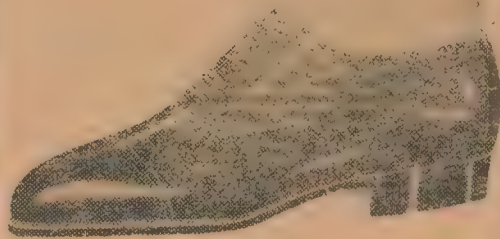
Pero en el jardín halló aún la virgen paciente que tenía guardados para él los frutos madurados en el recato de su huerto interior; la virgen humilde que había sabido aguardar al "Esposo" y guardar sus frutos para él, los frutos que ninguna mirada extranjera había profanado; la Virgen fuerte que no temió ni el dolor, ni el invierno, ni la soledad; que supo, por el contrario, preferirlas a las livianas risas del camino.

Avanzó hacia ella y la besó en la frente.

—¡Salve, oh, tú, llena de gracia!

Calzado "NEWARK"

VENTA
DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.-

m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245
Y CARLOS PELLEGRINI 342

D I O S

El que reina en católicos altares
Y nos tiende sus brazos redentores;
El que matiza las pintadas flores
Y refrena las olas de los mares;

El que endulza del hombre los pesares
Al calor de purísimos amores;
El que doma los notos bramadores
Y enciende los radiosos luminaires;

Ese es Dios, el Creador, el Soberano,
El que disipa del error el velo
Y redime de culpas al humano;

Ese es Dios, el que calma el hondo duelo.
El que tiene los mundos en su mano
Y el que nos muestra con la cruz el cielo!

M. Blanco BELMONTE.

Avisador de recalentamiento

Un aparato inventado por el señor Alrie, colocado en determinadas piezas de las máquinas, por ejemplo las cabezas de las bielas, advierte cuando éstas llegan a un recalentamiento peligroso a consecuencia del funcionamiento anormal de la máquina. Consiste el aparato en una especie de tapón de metal fusible a 98 grados. Ese tapón lleva un alambre que retiene un resorte de tensión fijo a un órgano de interruptor eléctrico. Cuando la biela se calienta con exceso, se funde el órgano fusible el pedazo de alambre queda libre y por consiguiente queda libre también el resorte que, al bajar, establece un contacto eléctrico que hace sonar un timbre de alarma.

Sonetos cristianos

LA MAGDALENA

Paganos y rabinos, cierto día
juntó Simón y dióles alimento:
del banquete en el mejor momento,
entró a la sala una mujer: María

Magdalena. Su mano contenía
un rico vaso de precioso unguento.
Los pies de Cristo ungió con modo lento
y los secó con sus cabellos, pía.

Gritaron los paganos sin demora:
¿Tu no sabes que es una pecadora?
—¿No afirmas que en saber todo eres ducho?

Jesús entonces, sin hacerles caso,
abrió a María de Magdala paso.
—¡Té perdono!, le dijo: ¡amaste mucho!

LA MUJER ENFERMA

Usó el Hijo del Hombre a la otra orilla
del Genézaret. Siempre milagroso,
curaba a los enfermos, sin reposo,
e iba regando su moral semilla.

Absorto en él, el pueblo de la villa
donde Juiró moraba, presuroso,
le iba aclamando. Del gentío undoso,
salió de pronto una mujer sencilla.

Tenía un viejo mal. Buscando cura
para él, la milagrosa vestidura
tocó del Redentor. Y la mano alba

eual para bendecir, suave moviendo
Cristo, le dijo la piedad sintiendo:
—¡Mujer, márchate en paz; tu fe te salva!

SOBRE LAS AGUAS

Pasaban los discípulos el lago
una noche. Movida era la barca
terribilmente: parecía otra arca
que se salvaba del destino aciago.

Sobre las aguas el divino mago
fuéseles a juntar: era un monarca
del líquido elementos; pero parca
en creer, sintió esa gente un terror vago.

—Sabed, dijo Jesús, que soy yo mismo.
—Dejad que vaya a tí sobre el abismo,
Pedro le replicó.—¡Qué no te baste

la creencia! ¡Pues haz como me viste!
Y viendo andar a Pedro, añadió triste:
—¡Hombre de poca fe! ¿por qué dudaste?

LAZARO

Jesús, aquel que amabas es ya muerto.
Tal fué la nueva que le enviaba Marta.
Y Jesús respondió:—Fuerza es que parta
Y a Betania marchó con paso cierto.

—¡Ahora parece nuestro hogar desierto!
¡Hace ya cuatro días!—. Como sarta
de perlas, que de un tofre se descarta
las lágrimas de Cristo ante aquel yerto

hogar brotaron. Hacia la alta nave
del cielo azul su vista dirigida
puso, y oró a su Padre muy amado.

Con modo lento y con palabra grave
dijo después:—¡De pie!, ¡vuelve a la vida!
Y Lázaro surgió resucitado.

ULTIMA CENA

En casa de José de Arimatea,
yantando por vez última, en el seno
de la amistad, estaba el Nazareno
con los doce escogidos de su idea.

Había el visionario de Judea
dado ya vino y pan. Nada, sereno,
Juan reprimía, de congoja lleno
ardentísima lágrima febea.

Dijo Jesús:— Es uno de vosotros
quien me ha de traicionár. Unos a otros
se vieron los discípulos sin tino.

Y cuando Judas de Keriot, tan diestro
en fingir, preguntóle:—¿Yo, Maestro?,
la lágrima de Juan cayó en el vino.

PADRE, PERDONALOS...

Aquel día—era viernes—el Cordero
de Dios, ya despojado del cilicio,

sube a la cruz para salvar del vicio
del mundo pecador al pueblo entero.

Todos se burlan de él.—¡Tú, majadero!,
le dicen agravándole el suplicio;
¿no dijiste:—El espléndido edificio
reharé en tres días? ¡Baja del madero!

—No se salva a sí mismo y ha salvado
a otros. En dónde está su poderío?
Así su sed de orgullo satisfacen.

Y Jesús, de la tierra desligado
su espíritu, a Dios habla:—¡Padre mío,
perdónalos, no saben lo que hacen!

Adolfo ESQUIVEL de la GUARDIA.



Vd. ha exigido de su Cerebro

más de lo que podía dar, lo ha exprimido de tal manera,
que necesita algo muy eficaz para recuperar lo perdido.
Ese algo en forma de tónico, es la

Nucleodyne

(EL TONICO QUE DA FUERZA)

Tomando tan sólo dos botellas se nota un cambio inmediato, levanta el espíritu, da fuerzas a los débiles, hace recuperar la memoria; bajo su acción el cuerpo revive, la voluntad vuelve a manifestarse y los achatados por el exceso de trabajo recuperan sus bríos. La NUCLEODYNE es el mejor medicamento tónico que existe en farmacia.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO Y FLORIDA

BUENOS AIRES

Nuestra Señora de la Esperanza, la famosa Virgen de la Macarena que se venera en Sevilla.



He aquí a la inmaculada Virgen María Macarena, tan venerada en la hermosa tierra sevillana. Su rostro, lleno de una dulzura infinita, y sus ojos, que parecen lavados en agua de bondad, reflejan la belleza de su alma, acrisolada en el dolor y en la sabiduría. El manto con que aparece recubierta, todo bordado de oro y con ricas incrustaciones de pedrería, ha sido costeado por los creyentes de Sevilla, que adoran a la sagrada imagen con el fervor propio de los

que siguen por la senda de Dios, alentados por la más acendrada fe.

La Macarena, como carinosamente se le llama, es la Virgen de los labriegos, de los pobres y de los tristes. Prueba de ello es el manto que la recubre, en el cual el pueblo sevillano ha querido dejar algo de su propia alma, dando, a las gemas que lo recaman, la forma de los más variados frutos de labrantío. Y es que las gentes del pueblo son así: simples, agradecidas, buenas. Y la Virgen,

que las comprende no las olvida nunca y hace caer sobre ellas el inmenso tesoro de su bondad.

Multitud de fieles se prosternan ante su imagen para adorarla. Va la madre a pedirle una gracia para el hijo ausente; va el labriego, que lleva las andas en las procesiones, a suplicarle un poquito de agua para sus campos. Y la Virgen accede siempre. Porque ella nunca se olvida de los que confían en el cielo y la hacen objeto de sus devociones.

Todos tienen puesta en ella su confianza; la esposa del soldado que está en Marruecos y la novia del campesino que partió para América en busca de fortuna, y que, cada noche y en el silencio de su cuarto alcano, le suplica en voz baja y conmovida: "Macarena mía; haz que no se olvide de mí. Dile que vuelva pronto a su tierruca, que es hermosa porque está bajo tu advocación, y donde yo, amorosa y triste, hace mucho, pero mucho que le aguardo...".

Nuevos profesores de la Escuela de Suboficiales del Ejército



Jefes y oficiales del ejército acompañados de los nuevos profesores de la Escuela de Suboficiales, de Campo de Mayo, momentos después de haber tomado éstos posesión de sus cátedras.



Vista parcial de los concurrentes al almuerzo servido en la Escuela de Suboficiales, con motivo de la incorporación de los nuevos profesores.

Aniversario de la creación del regimiento de granaderos a caballo



El inspector general del ejército, general Toranzo, rodeado de un grupo de jefes y oficiales del regimiento de Granaderos, mientras se oficiaba la misa de campaña.



Las fuerzas del regimiento de Granaderos General San Martín, durante la misa de campaña oficiada en el cuartel de dicha unidad, con motivo del aniversario de la fundación del cuerpo.

Nuevo embarcadero flotante



Un aspecto del nuevo embarcadero flotante construido en los talleres del Ministerio de Obras Públicas, con destino al puerto de Bella Vista (Corrientes).

Colonias de niños débiles



El último contingente de niños débiles, que procedentes de la colonia de Tandil regresaron a esta capital. — Los pequeños escolares poco después de su llegada a la Estación Constitución.

REGATAS INTERNACIONALES EN EL RIO LUJAN



Tripulantes del bote del Ruder Verein Teutonia, vencedores en la prueba "Cadetes Four".



Luis M. Lagos, del Buenos Aires Rowing Club, que triunfó en la regata "Junior Single Scull Shell".



Remeros del Ruder Verein Teutonia, que triunfaron en la prueba "Junior Four A."



Bote del Ruder Verein Teutonia clasificado primero en la carrera "Junior pair oars".



Representantes del Club La Marina, a quienes correspondió el triunfo en la cuarta prueba.



Bote del Ruder Verein Teutonia, vencedor en la regata "Junior double scull".

Campeonato atlético nacional



Atletas ganadores del "decathlon" en el campeonato atlético nacional, organizado para la selección de los representantes argentinos que concurrirán a las olimpiadas de Lima.



Spinnazzi, vencedor en la carrera de 200 metros llanos.



Rivas, que triunfó en la prueba de 10.000 metros llanos, batiendo el record sudamericano.



Dominguez, a quien correspondió el triunfo en el lanzamiento del disco.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)

CAPITULO IX

Catástrofe

De los dos partidos que se me presentaban, opté por el segundo, esto es, obliqué a la derecha, y siguiendo el pie de la cornisa citada poco ha, pude llegar al sitio en que el declive, inclinado con regularidad, me permitía descender sin riesgo.

Olvidé decir que mientras estaba conversando con la hormiga-león, la atmósfera se había velado, volviéndose pesada, sofocante; no soplabla la más tenue brisa; las hojas de los abedules y de los puros no se movían, indicio seguro de próxima borrasca. Efectivamente, antes de que yo hubiese tenido tiempo de abandonar el abrigo que me ofrecía la cresta del montecillo que se elevaba sobre mi cabeza, un relámpago, seguido de un estrépito trueno, indicó que la tempestad iba a desencadenarse. Empezaron a caer gruesas gotas, no tardando la lluvia en aumentar, la cual, al chocar con las plantas, producía es-

proporciones de un pequeño torrente, el cual naciendo en el bosque recorría el sendero, atravesaba las fresales e iba a parar al estanque situado en el fondo del valle.

Mientras tanto la lluvia no cesaba; pronto el agua comenzó a chorrear del pico que me cobijaba, trazando en el declive cierto número de canalizaciones paralelas.

Cubierto por el realce del terreno, me era dado contemplar como curioso aquella súbita invasión, admirando en mi interior la previsión de la hormiga-león, cuya trampa estaba hecha a prueba de lluvia. De repente me sentí mojado. Volviéndome con viveza, noté que el agua bajaba por la pared en que estaba apoyado; en aquel momento se desprendieron de lo alto algunas pladrecitas, y levantando los ojos vi aterrizado que la masa de tierra que me resguardaba de la lluvia se caía por el agua, se movía e iba a desplomarse sobre mí.

Más veloz que el pensamiento, de un salto me puse al otro lado. Lo que aconteció después, sólo lo recuerdo confusamente.

Rodé de lo alto del declive envuelto en pedruzcos, arena y toda suerte de fragmentos, y al rehacerme un poco, encontré en el torrente arrastrado junto con innumerables y variados despojos: gracias a mi caída tenía todo el cuerpo magullado, hasta el punto de que casi me desmayé. Vagamente recuerdo que me agarré a alguna cosa que rodaba conmigo por el torrente, no saltando ni por un momento la presa.

Sucede con frecuencia que nuestro instinto nos impele a cometer torpezas de que a veces somos nosotros las primeras víctimas. Si me hubiese sido posible razonar, tendida mi situación, guardárame muy bien de agarrarme a un objeto más duro y sobre todo más voluminoso que yo, supuesto que me exponía a quedar apastado bajo su peso en uno de los desordenados saltos que dábamos. El resultado, empero, no fué tan desagradado. Después de una serie de evoluciones y una sucesión de chorreras que detuvieron nuestra marcha durante mucho tiempo, (a lo menos así me pareció a mí) llegué a sitio más tranquilo: al tumulto ensordecedor de las aguas de que acababa de ser juguete, sucedió completa calma. Poco a poco fui recorriendo los sentidos, y entonces noté que el objeto a que me había agarrado era ni más ni menos que una pila, en compañía de la cual acababa de llevar a cabo tan peligroso descenso.

La pila flotaba y para cobrar aliento, lo que me hacía suma falta, traté de instalarme en la parte que salía fuera del agua; mas pronto me convencí de que la operación no era tan fácil como parecía. Verdad es que sus escasas ofrecíanme un punto de apoyo excelente, pero cuando mi cuerpo estaba a mitad fuera del agua, la pila daba una sacudida y volvía a zambullirme en el líquido. Después de varias tentativas, siempre con idéntico resultado, pensé escalar por uno de sus extremos mi harto movable balsa, colocándome en dirección a su eje y consiguiendo, en este modo, mantenerme sobre la parte por sumergida de la pila, operación que me obligó a hacer prodigios de equilibrio.

Por lo que tenía de cómoda para mí la victoria que acababa de

alcanzar, me llenó de satisfacción. Después de haberme creído perdido irremisiblemente, aquella postura me hizo recobrar la calma perdida. A milagro debía atribuirse que hubiese conservado sanos todos mis miembros después de tan mala aventura. Mi primer cuidado fué respirar holgadamente, no una sino varias veces seguidas, y luego fijéme en cuanto me rodeaba, para darme exacta cuenta de mi posición.

Estaba flotando en medio de una dilatada sábana de agua, limitada casi por todos lados por una alfombra de césped que formaba suave declive y en la que descollaban algunos grupos de árboles diseminados. Conocía perfectamente aquel estanque, puesto que formaba parte del parque donde me había colado el día primero que me lancé al terreno de las aventuras. Era el mismo sitio que divisé desde el lindero del bosque. Hé aquí el bosquecillo y más adelante la inculta meseta que constituye el lindero; debajo se extendía en declive el gran fresal, cortado por la hondonada que con tanta rapidez acababa de recorrer; luego, a mayor distancia, seguía el camino, separado únicamente por un ribazo cubierto de césped, y del que el agua descendía a maretes, formando como una cascada. Esas aguas, procedentes del sendero transformado en torrente por el vendabal y que cortaban la ruta e iban a verterse en el estanque, eran las que me habían arrastrado hasta el sitio en que me encontraba.

La lluvia había cesado casi del todo, y el sol, próximo a su ocaso, asestaba oblicuamente sus rayos sobre todos los objetos del contorno. Disipada la borrasca, soplabla suave brisa, brisa que me

pudiese alcanzarla, instalado en ella estaría más seguro y sobre todo con mayor comodidad que sobre el movable objeto que me sostenía.

Al zambullirme, la fuerza del agua alejóme rápidamente de la orilla, pero poco a poco había disminuido la corriente, acabando por cesar del todo en el sitio donde me encontraba, de suerte que mi pila se movía muy poco o nada.

La borrasca había aumentado considerablemente el volumen del agua del estanque y también la había enturbiado, estando cubierta su superficie de leña menuda, de tallos de hierba y de cadáveres de insectos. Mientras contemplaba estos tristes despojos de la tempestad, llaméme la atención un movimiento que se producía en el agua a corta distancia y en dirección de la hoja de nenúfar que he mencionado. A juzgar por los surcos que se veían en el agua, algún insecto estaba luchando allí con las ansias de la muerte; así pues, grité para llamar su atención e indicarle la dirección que debía tomar si todavía se hallaba en estado de sostenerse y de nadar. Parecióme que alguien me contestaba, pero con voz apagada; sin embargo, era evidente que había sido oído y que se invocaba mi auxilio. Mas ¿podía, dada mi situación, hacer algo en beneficio del desdichado que se estaba ahogando? Volví a gritar de nuevo para alentarle y para que cobrara fuerzas con la esperanza de un auxilio inmediato. Nuevamente fui contestado, y esta vez parecióme que con voz más entonada o más cercana. Llamé por tercera y cuarta vez, pero el resultado de toda aquella gritería fué muy distinto de lo que yo me imaginara. Mientras que, alzándome lo más posible a fin de descu-



C. RENARD

traía los más agradables aromas, bandadas de vencejos cruzaban el espacio graznando furibundos, y algunas golondrinas rozaban la superficie del estanque y azotaban de vez en cuando el agua con sus alas. Poco faltó para que una de éstas me arrojara de mi balsa; sus evoluciones, lo confieso, me habían muy inquieto. Gran trabajo me costaba mantenerme sobre la pila; a cada momento temía que, faltándome el equilibrio, fuese a rodar al fondo del agua. A pocos pasos había una ancha hoja de nenúfar, y parecíame que, si

(Continuad)



Dibujo de P. Rojas

(Continuación)

—En mi infancia, si bien ignoraba como ni cuando, oí hablar de las hormigas, leones, y me son conocidas muchas de vuestras genialidades. Confieso que había olvidado del todo la extraordinaria destreza que tenéis para coger las hormigas y para hacerlas rodar en un precipicio anclándolas. Aguadad... Un día cambiaréis de forma, tendréis alas y volaréis lo mismo que las mariposas y las libélulas, ¿no es eso?

Exactamente; he aquí la suerte que me está reservada. Dentro de poco, y en este mismo sitio, me arreglaré en la arena un sólido caserón, y en él pasaré, completamente inmóvil y sin probar bocado, quince días, durante cuyo tiempo mi metamorfosis se operará imperceptiblemente: cobraré alas, y desgarrando la modesta vestimenta que me envuelve así como la cáscara que me había servido de escudo durante mi transformación, vlaré alegremente por el espacio. Así pues, ya veis que aunque es bastante triste mi condición presente, me aguarda

suerte mejor. En las interminables horas de inacción a que me condena el género de vida que ahora llevo, pienso en lo que acabo de decir, y esto me consuela un tanto; en lo mismo pienso durante mi penosa faena. La existencia se haría insostenible si no alentáramos la esperanza de un porvenir mejor.

—Es cierto, ciertísimo; razóns como los hombres, amiga hormiga-león; hasta me parece que los hornigas que diariamente me encuentran cierto consuelo mientras yacen entre vuestras tenazas y les estáis chupando sus jugos. Pero decidme: ¿cómo os las componéis para abrir ese enbudo? Mucho os agradecería que me diérais algunos detalles sobre el particular.

Como no respondiese en el acto la hormiga-león y viendo que miraba hacia abajo, añadió:

—Tal vez peque de indiscreto. Habéis sabido inspirarme tanto interés, que deseo en el alma completar mis conocimientos tocante a vuestro género de vida. Soy amigo de instruirme; de consiguiente, me gustaría tener que dejaros sin saber el resto de vuestra extraordinaria historia.

Rescuchad, contestóme la hormiga-león; voy a deciros lo que me ha hecho titubear y no ser del todo franco con vos. Mi debilidad me hace desconfiado, y temo que uno de nuestros expansivos...

—¿Podéis creer que yo abriré mis intenciones hacia vos? Si es así, tranquilizáos. A Dios gracias, los grillos jamás han sido trapaceros ni traidores. Verdad que me dedico a la caza, pero (añadió argüiéndome) lo hago a la luz del día y sin valerme de subterfugios indignos de mi raza. Si, como parece suponéis, estuviere en mi ánimo perjudicaros, necesitaría hacerlos salir de vuestro escondijo, cuando me sería lo más

fácil degollarlos dentro de él?

Y al hacer de esta suerte la apología de mi carácter caballeresco, me olvidaba completamente, lo que sucede a menudo, — de que las cualidades con que me engraña eran aquellas de que precisamente carecía mi interlocutora, la cual sólo vivía de la astucia. No por esto le ofendieron mis palabras, antes bien me pareció que mi argumento final habíala impresionado un tanto.

—Tenéis razón, me dijo: pensadme si he titubeado. Confío del todo en vuestra buena fe.

Dicho esto trepó el declive de su enbudo, no tardando en llegar donde yo estaba. Entonces pude examinarla a mi sabor, pues antes sólo divisaba su cabeza y sus tenazas.

XXX

Era un pequeño ser extraordinariamente conformado. Su cuerpo, no más grueso que mi cabeza, tiraba a gris y parecía blando; el tórax era relativamente pequeño, así como la cabeza, aplastada en la parte superior y armada de dos tenazas prolongadas, encorvadas y dentadas interiormente.

Su andar era muy extraordinario: no avanzaba por medio de sus patas, como los demás insectos, sino a reculones y de una manera brusca, sirviéndose de la extremidad del cuerpo que doblaba y apoyaba en la arena. Tampoco estaba a descubierto; adelantaba medio enterrado en el suelo dejando tras sí un surco bastante hondo. Por mi parte no le perdía de vista. Cuando estuvo a cierta distancia de su agujero, advertí que iba a comenzar sus operaciones. Entonces vine trazando un surco circular de un diámetro igual a tres veces la longitud de mi cuerpo, o sea diez o doce veces como el suyo. No pude menos de admirar la regularidad con que describió aquel círculo, y eso que lo practiqué intuitivamente, pues como estaba enterrado en la arena no veía lo que hacía. Ya he dicho que avanzaba bruscamente. A cada paso que daba, su cabeza, que mantenía inclinada, erguiose como movida por un resorte y arrojaba a lo lejos una porción de arena, repitiéndose aquellas pequeñas explosiones que tanto llamaron mi atención cuando por vez primera las contemplé desde lo alto del declive.

—Ya veis cómo me arreglo, dijo la hormiga-león parándose: creo excusado proseguir la faena, tanto más cuanto que mi trabajo es siempre idéntico; sólo que, a medida que va adelantando la excavación, estrecho más y más el

círculo. Os aseguro que mi tarea no es un grano de anís.

Habiéndole preguntado cuánto tiempo necesitaba para abrir aquella trampa, me contestó:

—Por lo corto una hora. A veces la trampa no sirve, pues no se coge nada; hay que abrir otra en sitio distinto: en otras ocasiones algún accidente la echa a rodar. Afortunadamente, añadió la hormiga-león, poco tiempo me queda de una vida tan penosa; estoy completamente desarrollada y no tardaré en encerrarme en mi cámara para proceder a la metamorfosis propia de mi naturaleza.

Di las gracias a la hormiga-león por haber satisfecho tan cumplidamente mi curiosidad, y al



despedirme de ella la felicité por su próxima metamorfosis, lo que pareció complacerla.

Disponíame a bajar por el declive, muy contento de mi excursión. En aquel sitio la pendiente era rapidísima, de suerte que titubeé por un momento, preguntándome si saltaría al sendero o si desandaría lo andado. Poco faltó para que mi indecisión me costara cara, como verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

Al cabo de algunos minutos vi formarse una hebra de agua en la especie de hondonada situada a mis pies, reguero que fué engrosando rápidamente y adquirió las

tridente ruido. Pronto fué aquello un mar de agua; de consiguiente no había que pensar más que en guarecerme de la lluvia. Como me hallaba completamente a cubierto, aguardé a que pasara el chubasco, que según indicios no podía durar.

Fiesta campestre



Organizada por la comisión directiva del Club Empleados de la Cervecería Palermo, llevóse a cabo una animada fiesta campestre en un pitoresco lugar de Rivadavia. — Vista parcial de las familias que tomaron parte en la mencionada excursión.



Vida bancaria



Señor Luis J. González Orejón, autor de un nuevo sistema de informaciones comerciales, presentado al directorio, del Banco de la Nación.

Homenaje al mariscal Pilsudski



La señora Hoffmann haciendo uso de la palabra durante el homenaje tributado al mariscal Pilsudski, por la colectividad polaca, con motivo de su onomástico.

Necrología



Señora Elena P. de L. Stahlberg, recientemente fallecida en la capital federal.

De Cacheuta



Señoritas Sara Bonorino Irigoyen y Celia Speroni



Señor Luis Calderón y familia y señor Miguel Torres



Señoras de Gueglio y del doctor Britos

De Puán - F. C. S.



El ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, doctor Siri, su hijo y el señor Gandini.



Doctor Hugo Cullen y su mejor amigo.



Señoritas de Patino, Puig, Lapuente y Cao, componentes del conjunto "Fantasía Iris", que llamó la atención en las fiestas del pasado carnaval.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Felia López Brun con el doctor Ricardo J. Strassburger.



Señorita Elisa Livingston con el doctor Ricardo López Díaz



Señorita Chela Rossi Daneri con el doctor Carlos M. Altuna Harispe.



Señorita Dolinda Cassani Gallardo con el doctor Carlos Ezeiza Gallo



Señorita Esther Robles con el señor John Andrew Blaylock



Señorita Nelly F. Durán con el señor Salvador Inza



Señorita María Elena Ottasso con el señor Silvio E. Zappa



BODAS DE PLATA. — Los esposos, doctor Félix E. Arduino y señora Benita Marturene, rodeados de su familia al cumplir sus bodas de plata matrimoniales.

GENTE MENUDA



Niñas de Bernar



María Rosa Olivetti



Guido García



PUENTE DEL INCA. — El capitán Benvenuto y señor Risso.



Las señoritas de Barbosa y de Moyano, en una partida de sapo.



Los señores Honorio, Batista y Ayanz.



Señora de Blanch



El ministro de la intervención en Mendoza, señor Watson y otros excursionistas al pie del Cristo de los Andes



Señorita Lily Frederiksen



CAPILLA DEL MONTE. — Señor Ernesto Carrillo, su esposa e hijo y señorita Guillermina Guerrero.



Ernestito Carrillo en el "Aguila Negra".



SAN LUIS. — Banquete de los afiliados a la Unión Cívica Radical que solicitaron telegráficamente, al presidente de la Nación, el pronto envío de la intervención federal.



LA RIOJA. — La señora Cabral de Catalá y su hijita María Fanny.



Concurrentes al almuerzo ofrecido a monseñor De Andrea en la Vicaría Foránea.



Monseñor José Pío Cabral, Vicario Foráneo de la Rioja.

—Ya que han habiao de cuestiones d'iglesia, — comenzó diciéndole el viejo Laguna, mientras armaba, parsimoniosamente un cigarrito, — les viá contar un caso que me sucedió hace unos veinte años, pelos más, pelos menos, junto a la ciudad e' Mendoza, en el pueblito de San Vicente, que agora le llaman Godoy Cruz, y que mañana le llamarán Juan Moreira o Martín Fierro... ¡Vaya saber!... Esta gente moderna es tan amiga e los cambiazos, que a lo mejor al buche le llaman panza y a la panza corazón... Gueno... ese año bajamos pa la ciudad, a pasar la Semana Santa, unos cuantos brutos de aquí de la cordillera. Pero entre todos, qu'ramos unos diez, había uno que sobresalía. A todo hay quien gane, y éste sólo, era más bruto que los otros nueve juntos... Se llamaba Quitero Bárbaro Mota, y por Dios que nunca hi conocío un hombre a quien le venga tan de medida el nombre y el apelativo... Parece qu'el fraile que lo bautizó le conocía la pinta de bruto y le puso: "Bárbaro, que Dios te ampare!" Y Mota le venía también de perilla, porqu' era, d'esa cruza rara, y que ni el profesor más pintao es capaz de adivinar en qué molde se ha fundío, mezcla de negro y blanco, a lunares más claros o más oscuros como el café con leche sin revolver, y t'n a pelambre que, sin ser del todo motosa, ni lisa, ni rubia, ni negra ni castaña, era de tod'un poco, sin ser de ningún color..., algo así como los políticos de agora, más o menos...

"Y ataje, por vida suya, compadre, que va de punta...; perdónemen si es que a algáno le pegué en la matadura..."

"Güeno... cáimos a Mendoza el martes santo, y aunque algunos teníamos parientes más acá o más allá, dispusimos de no apartarnos, y juimos a parar todos a una fonda, d'italianos, porque no era fonda'e vascos, allá cerca e' la plaza, y en un caserón más antiguo que la costumbre a murmurar.

"Esa noche anduvimos haciendo las estaciones y recorriendo las cáidas. ¡Pero lo qu'es la juventú cuando hay plata en el tirador y se guelve a ver el mundo después de haber estao meses entre quiscos y algarrobos, sin ver más que cabras y guanacos!... Se alegran las pajarillas, y los ojos se van atrás de tanta pollera y tantas trenzas coquetonas...

"De lo que menos nos enteramos nosotros ese año jué de lo que le pasó a Nuestro Señor Jesucristo...

La oración de las tinieblas

Por Miguel Martos

Cuando dentrábamos a las iglesias, nos quedábamos deslumbrados al ver tantos ojos matadores que nos miraban con curiosidad... Parece que nos conocían por la pelambre qu'éramos pajuerianos de sierradentro... y demasiao sabían las puebleras que son peligrosos como caranchos... Es como cuan-

ban el lustre más bien lo hacían por nosotros que por la devoción... ¡Dios te salve, María Domínguez...! que así se llamaba la que tuvo la culpa de lo que nos sucedió...

"Era una china grandota y linda, con unas trenzas negras como el azabache y tan largas que hubieran podío servir p'atarla a ti-

millas, d'esos que cuando miran así, como con sueño, son capaces de hacerle perder los estribos al domador más pintao... La conocimos en la fonda. Era la que ayudaba en el mostrador cuando había mucho trabajo; pero pá mí qu'el trabajo nunca llegaba al fondín hasta que no estaba ella... Era, como l'ampalagua... En cuanto se corría la voz de qu'ella estaba atrás del mostrador llovían los gavilanes qu'va una bendición... No daban abasto a servir tallarines y chorizos de pimentón y zanañoria machacada...

"El día que llegamos, pá qué decirles que casi salimos empanzados de chorizos y tallarines. Todos nos prendamos de la prenda, y ella, qu'era pájara de cuenta y nos había visto los rollos de billetes, se deshacía en halagos, como las gatas regalonas, haciéndonos unas reverencias y unas cáidas de ojos que nos llegaban a las pajarillas y nos tenían medio boleaos..."

"Esa noche la convidamos a las cáidas; pero ella, con una sonrisita picaresca, nos dijo que las cáidas... no le gustaban... a recorrer las estaciones sí, dijo que nos acompañaría, con la condición de que había 'e venir también con nosotros la cocinera, una vieja con olor a catin-ga, y dos negritas freganchinas de la fonda. Acetamos encantaos, y hasta le ayudamos a fregar los

platos pá que acabaran más pronto, y nos largamos por esas calles de Dios a recorrer iglesias. ¡Pa qué decir que derrochamos esa noche un montón de pesos en osequiarlas, y que gastamos más saliva que un sacamuelas por ver quién se llevaba el "guesa"? Pero todo jué al cuete...; no le pudimos hacer sancadilla..., era refalosa como bagre y se nos pasaba por entre los dedos... Pero el más entusiasmo de todos era Quitero Bárbaro Mota... No desmentía el nombre y era bruto hasta pá enamorarse... Teníamos que irlo refrenando y no largarle sogas, porque nos hubiera hecho quedar con la cara p'atrás...

"En un'iglesia, en que nos habíamos hincado entre unos altares y qu'estaba med'oscura, confundió a una vieja beata qu'estaba adelante con la María Dolores Domínguez, y le dió un pellizco d'esos de marca cardenal... La vieja se mosqueó como por electricidad y dándose g'uelta le asestó un zurriagazo d'esos de "agarrate Catalina" con un rosario de cuentas de fierro d'esos que usaban los jesuitas pá amansar indios, y que pesan más que conciencia de escribano... La vieja había sío de "upa", y le asen-



do los jotes bajan al valle... ¡Pobre del corderito o de la gallina que pescan!...

"Las mujeres se santiguaban pero yo creo que las que nos cala-

rar de un carro; un pecho alto y sacao como el de los granaderos, unos labios que parecían hechos de flor de piquilín, y un par de ojos grandes, negros y medio ador-

MI CRUZ

Vieja Cruz de mi casa solariega que, de agudas escarpas suspendida, te alzas, como una enseña no vencida, cuando la ola del dolor me anega.

Mientras que, amarga y espumosa, llega, y yo — a tu pie la débil mano asida— ya aguardo la temible sacudida, tú, "Al que expiró en tus brazos", por mí ruega.

Vieja Cruz de mi casa, que has sentido mi llanto por amores que han huido. La Muerte los llevó en sus remalazos.

Mas tú perduras en mis muros yertos y aguardas con los brazos siempre abiertos para darme los últimos abrazos...

Miguel de CASTRO

tó el guascaso dende la coronilla hasta la punta 'e l'espalda... Quedó la polvadera porque no nos habíamos sacudido la tierra del camino, y hasta se le volaron unas cuantas motas de pelo... No dijo esta boca es mía, sin embargo, y sólo s'encogió dos o tres veces como pá espantarse las moscas, y se arrimó contra un pilar a rascar... Tuvimos que salir como encomienda 'e pobre, porque ya la gente comenzaba a réirse y a tomar-nos el pelo...

"Quiterio Bárbaro se pasó la noche de claro en claro sobandose..."

"Cuando volvimos a la fonda y nos despedimos de la María y de las acompañantas, ésta nos invitó pal día siguiente a l'oración de las tinieblas. Acetamos sobr'el pucho, y quedamos citaos pal otro día, a la puesta del sol, en la iglesia e San Vicente. A esa ceremonia iba a dir ella sola, porque la cocinera estaría ocupada, y nosotros nos alegramos de todo corazón de que así fuera, porque d'ese modo nos quedaba el camino más libre pá echarle un pial de volcao..."

"Al día siguiente, no hay ni pá qué decir que a media tarde ya estábamos nosotros esperándola en la puerta e l'iglesia, unos sentaos en los bancos que había en la puerta y otros en el cordón de la vedera. Cuando se dentro el sol y el replqueteo de las campanas estaba en lo mejor, la vimos venir a la prenda. Venía solita, y nos pareció por un momento al verla aparecer por en medio 'e la plaza, qu'el sol se había arrepentido d'entrarse tan temprano y había salido de nuevo... Yo no sé por qué será tan sonso el hombre cuando le ha picao la mosca del amor... A mí me dentro como un temblor, y una vergüenza que no sé de ande había salido, porque yo no la he tenfo nunca... Quiterio Bárbaro comenzó a toser, a moquear y a ponerse morao como los pavos cuando están haciendo la rueda... Yo creo qu'eso equivalía a ponerse colorao, pero está visto que los negros no se pueden ver en ese espejo, y sólo consiguen ponerse del color e las berenjenas cuando les da vergüenza..."

"Cuando llegó la María, ya estábamos todos en hilera, y la juimos saludando uno por uno, como Dios nos dió a entender. Ella se deshacía en halagos como las gatas regalonas... Era d'esas mujeres dominadoras de hombres, que en todos los tiempos han existio pá enloquecerlos y arrastrarlos a su antojo; a veces hacía grandes empresas y hechos humanos, y a veces, a crímenes o vicios sin nombre..."

"Dentramos a l'iglesia, que ya estaba casi llena de gente; pero una cosa m'extrañó mucho, y era qu' estaba completamente a oscuras y no había más que unas cuantas velas encendidas en el altar mayor. Ninguno de nosotros se asustó por eso, y más bien dábamos gracias a Dios, porque d'ese modo podíamos codear más fácilmente a las beatas y a nuestra María de todos los Dolores..."

"Yo me le arrimé cerquita del oído y le pregunté por qu'estaba todo a oscuras, al mismo tiempo que le apretaba una mano con disimulo, y ella — Dios me dé fuer-

zas pá recordarlo! — me contestó con un apretón más fuerte qu'el mío, y arrimándose al oído su boca de claveles que me quemaba como un tizón de fuego, me dijo:

"No se apure...; esta ceremonia es así, a oscuras... Si tiene miedo arrímese..."

"No sé lo qué sentí... Parecía como una corriente eléctrica, y me dió como un mareo... Aquella mujer emborracha con el aliento..."

"En eso un fraile grandote, qu'estaba en el púlpito y que casi tocaba el techo con la cabeza comenzó a decir:

"—Amantísimos feligreses: no se sorprendan si dentro de un momento oyen un ruido de truenos y relámpagos adentro 'e l'iglesia... Esta es la oración de las tinieblas... la que dijo Cristo en el Monte de los Olivos a esta misma hora y durante una violenta tempestad... Este año vamos a tratar de imitarla en lo posible y con ese fin hemos preparao un aparato que dará la ilusión de la tormenta... No se asusten, pues, cuando lleguen las tinieblas..."

"Quiterio Bárbaro, qu'estaba

hincado atrás de mí, me dijo, remeciéndome:

"—Che, ¿y por ande irán a venir las tinieblas?"

"—Nosé — le dije yo, encogiéndome de hombros y riéndome p'adentro, porque comprendí qu'este había tomao el asunto por otro lao.

"—¿Por qué no nos salimos p'ajuera?... — me dijo, después de un silencio y medio desconfío.

"—¿Tenis miedo? — le pregunté tratando de tocarle el amor propio.

"—¿Qué miedo! — dijo, haciéndome señal pal lao del facón. — ¿Pa qué tengo esto?..."

"—Gueno, entonces — le dije yo. — amujá las orejas y apretá la cola, y ya veremos por ande sale el trueno..."

"En ese momento comenzó a sentirse, acompañando la voz del cura, un ruido como de truenos lejanos, pal lao del altar mayor, y de vez en cuando se hacía como un rejucilo..."

"El cura rezaba cada vez más fuerte, y los truenos y los relámpagos menudeaban con más fuerza..."

"De pronto sentí un golpe seco atrás de mí, y ví a Quiterio Bárbaro que holicaba en las baldosas, pero no supimos quién le había pegao..."

"Luego se levantó de un salto, y, sacando el facón, dijo, remoli-neandoló pá todos laos:

"—Una tiniebla me ha pegao de atrás...; pero a la primera que guelva, la divido..."

"Ni pá qué decir que se armó un alboroto de ordago..."

"No había acabado de hablar Quiterio Bárbaro, y ya estaba de hocicos otra vez, encima de unas beatas. Yo m'enderecé pa ver lo que sucedía y me pasó lo mesmo..."

"Los demás compañeros también comenzaron a rodar por entre las beatas como bolas sin manija..."

"Era un enjambre d'individuos que nos habían rodeao pa bolsearnos con bolsitas de arena..."

"Algunos de nosotros alcanzamos a barajarles la bolsa a los tipos, y les comenzamos a retrucar con vale cuatro y falta envído; pero eran más los bolsazos que ligaban las beatas, porqu'en la confusión atropellaban como majada de ovejas pá la salida..."

"Al otro día, después de pasar la noche en un calabozo lleno e ratones y de pagar treinta pesos de multa cada uno, rumbeamos pal lao de la querencia, medio magullaos tuavía de los bolsazos, pero jurando pa nuestros adentros, no dejarnos emborrachar nunca más por unos ojos como los de la María Domínguez, ni meternos ande hubieran tinieblas..."

EL REJOL MAS ANTIGUO DE INGLATERRA

El reloj más antiguo de Inglaterra, es, al parecer, el que decora la fachada de la iglesia de Rye.

Tiene dicho reloj una esfera muy decorada y las ruedas de su mecanismo datan del año 1515.

Todas las ruedas son de hierro forjado; los ejes y cilindros de madera; el péndulo mide cerca de siete metros de longitud y sus pesas son balas de cañón fundidas.

Emilia BUHLER.

LA ROSA DE JERICÓ

Es la planta de la Resurrección de que habla Isaias en la "Biblia". Resiste el más alto calor y el más fuerte frío. Según la leyenda, la Virgen María, en su huida al Egipto, tocó esta planta y le dió vida eterna.

Los cruzados y los peregrinos que visitaron la Tierra Santa la trajeron a Europa, donde fué muy admirada por su rareza. Se le atribuyó entonces la virtud de curar enfermedades y hasta resucitar muertos.

Esta planta maravillosa se puede hacer reverdecer cuando y cuantas veces se quiera, tanto en invierno como en verano, en primavera como en otoño, una vez, diez veces, mil veces y otras tantas veces dejarla secar. Sin jardín, sin tierra, en casa o al aire libre. Nunca falta.

La rosa de Jericó, en su estado seco, que es como se presenta a la venta, es de aspecto piriforme, de color gris moreno, de tacto áspero y quien la ve por primera vez no puede creer que de ese objeto, al parecer sin vida alguna, en pocos segundos puede producirse una planta de un verde aterciopelado, de forma rosácea, diez veces mayor

Si la rosa de Jericó ya despierta la curiosidad y la admiración de todos, se hace aún más interesantes sabiendo que ella tiene las mismas propiedades que el alcanfor, ahuyentando los insectos de las habitaciones. En los cuartos de los enfermos obra como desinfectante y también como renovador del aire.

Constituye un presente de valor en cada casa, siendo un espectáculo sorprendente verla reverdecer y secar en pocos minutos.

Para hacerla florecer se la pone en una concha, fuente o plato. Se la vierte encima agua hirviendo y se verán extenderse las hojas, moviéndose continuamente en todos los sentidos.

Todo es vida y movimiento en esa planta, y sus movimientos y estremecimientos son tan fuertes que hacen creer que se está viendo una especie de pulpo y no una planta.

Cualquiera otra planta se quedaría muerta en agua hirviendo, pero la rosa de Jericó, después de estar fuera del agua, vuelve a su estado anterior seco, de la forma de una pera, y este procedimiento puede ser repetido veces indefinidas o dejarla muchos días en el agua, sin renovar ésta.

El empleo de agua hirviendo no es absolutamente necesario. La rosa de Jericó florece también en agua fría o tibia; solamente la floración tarda entonces unos minutos, según la temperatura, o con tiempo muy frío, algunas horas. También puede ser plantada en tierra, jardín, maceta, sobre sepultura, empleando entonces una tierra arenosa que no debe contener ninguna materia orgánica. Si se la hace revivir en vasos con agua, se debe sacarla cuando las hojas exteriores, después de algún tiempo, tomen un color moreno castaño, dejándola entonces secar y reposar algunas semanas.

Esta planta es interesante sólo por sus propiedades tan raras y únicas que le dieron el nombre de rosa de Jericó, por su aspecto rosáceo y por haberla encontrado en las cercanías de aquella región de la Tierra Santa.



Los Santos Lugares: Jerusalén. Al mágico conjuro de este nombre todo un mundo de ideas y recuerdos acude a nuestra imaginación evocando lo que fué la "Ciudad Santa, la Hija de Sión, la Reina de los Montes, la Ciudad de David y de Salomón".

Hace seis mil años que fué erigida la ciudad sobre una colina rodeada de barrancos, a unos cincuenta kilómetros del Mediterráneo y a veintitrés del Mar Muerto.

El panorama de la Ciudad Sagrada evoca las grandezas que encerró en su interior en aquellos tiempos en que, donde hoy se elevan las murallas medievales, se alzaban los baluartes salomónicos.

Es extraña y melancólica la belleza de la ciudad en su conjunto. Preséntase al ser divisada de lejos como una aglomeración de cúpulas, torres, campanarios y alminares de las más variadas formas y matices. La blancura del caserío destaca sobre el verde oscuro de los cipreses. Flota sobre la Ciudad Santa esa atmósfera melancólica que parece envolver siempre las ruinas milenarias.

Jerusalén es el relicario de la cristiandad, que, con mística unción, reverencia a través de los siglos los lugares venerables donde se desarrolló el drama del Calvario, el acontecimiento que más decisiva influencia ha ejercido en la Historia.

La ciudad fué removida muchas veces y reconstruida otras tantas durante los constantes asaltos, saqueos, incendios y destrucciones de que fué objeto a lo largo de su turbulenta historia.

Los encantos y las maravillas contenidas dentro del recinto de la Ciudad Sagrada son infinitos. El creyente exalta su fe ante el recuerdo de hechos y lugares cuya sola evocación conmueve su alma.

Fuó Santa Elena, madre de Constantino, el primer emperador cristiano, la que determinó el lugar del Calvario haciendo remover los escombros amontonados por cuatro siglos de abandono — durante los cuales la ciudad había sido destruida más de una vez. — Macario, el entonces obispo de la Ciudad Sagrada, sabía que el Gólgota se hallaba fuera del recinto de la ciudad, en la época en que Jesucristo fué crucificado, y después de largas indagaciones logró averiguar que Adriano había erigido allí un templo para ocultar este lugar venerable.

Ordenó la emperatriz Elena que se hicieran excavaciones y se obtuvo el hallazgo de tres cruces rotas, una corona de espinas, algunos clavos y otras reliquias veneradas. Cuenta la tradición que la Cruz de Jesucristo fué identificada por un milagro.

La piedad levantó en aquel lugar un templo de vastas dimensiones y como en él se cobija también la tumba construida por José de Arimatea, en la que estuvo encerrado el cadáver de Jesús se le ha denominado el Templo del Santo Sepulcro. A este templo, la más preciada reliquia de la cristiandad, acuden los fieles cristianos de todo el mundo que vienen a postrarse en oración en el sagrado lugar.

De la Puerta de Damasco al Santo Sepulcro se va por una calle derecha, la de Tarik Bab el Amoud. La topografía hierosolimitana no ofrece nada de particularmente intrincado. La ciudad dividida en tres o cuatro barrios

LA CIUDAD SANTA

Los tesoros del Santo Sepulcro

es a la vez cristiana, judía y mahometana.

Son calles estrechas, empinadas, tortuosas.

A cada paso se encuentran los modestos comerciantes de reliquias y de objetos místicos, cruces, cirios, incienso, rosarios. Estos vendedores ofrecen a porfía sus mercancías mientras los gulas y los pordioseros importunan al mismo tiempo al peregrino ávido de disfrutar de la santidad y de la paz del lugar.

Constituyen el edificio construcciones de estilos y de épocas distintos y forman su conjunto capillas diversas en que se veneran los diferentes lugares en que tuvo su acción el drama del Calvario.

Residen en su interior y se hallan encargados del culto, además de los católicos, los griegos, los armenios, los coptos y los abisinios.

Los abisinios que por su precaria posición no podían sufragar las tarifas de impuesto para entrar en el templo, han sido relegados al de Santa Elena.

En el vestíbulo se encuentra al

sarcófago excavado en la pared lateral forma una especie de arca. El Santo Cuerpo fué colocado allí con la cabeza hacia Oriente y los pies a Poniente.

Existe un bajo-relieve de mármol blanco que representa la resurrección del Señor. Cuarenta y tres lámparas arden diariamente; trece de ellas son de los católicos latinos y las restantes de los griegos cristianos, de los armenios y de los coptos.

En la capilla del Calvario puede verse una imagen de la Virgen, cubierta de joyas, protegida por una gruesa capa de vidrio. Se dice que es la Virgen más rica de la cristiandad.

Gómez Carrillo en su maravilloso libro "Jerusalén y la Tierra Santa" ha hecho un relato tan interesante de los tesoros de la Virgen que no podemos por menos de reproducir algunos fragmentos:

"No hay en el mundo entero — me dice con orgullo el fraile torvo que me acompaña (refiere Gómez Carrillo) —, no hay en el mundo entero una Virgen que tenga tantos tesoros como la nuestra.

"Yo evoco los tesoros de la Ma-

relieves asirios; mitras como diademas imperiales; mitras partidas en dos puntas como las de los obispos primitivos, ornadas unas de miniaturas, cubiertas otras de gemas raras. Y son sandalias de cueros antiquísimos. Y son piezas venidas de Persia o de Turquía en épocas muy lejanas y cuyos matices tienen la suavidad inimitable de sedas milenarias.

"Y son cruces y nimbos, coronas y pectorales, anillos y palios, todo de una riqueza fabulosa.

"De vez en cuando el Patriarca hace sacar, con objeto de mostrarlo a los príncipes o a los obispos que vienen a Jerusalén, algunas de las más bellas colecciones, y entonces este recinto parece iluminado por claridades sobrenaturales".

Este fragmento de una descripción detallada batas para darnos idea de los tesoros allí contenidos.

Sería interminable una descripción completa de los tesoros tanto materiales como espirituales encerrados en el Templo del Santo Sepulcro, verdadero relicario de la Cristiandad.

¿Es posible que una persona influya en la salud de otra por medio de la voluntad?

No cabe duda acerca de lo que significa esta pregunta a pesar de no estar formulada con toda claridad debida. Por supuesto que sí, mediante el ejercicio de nuestra voluntad, cuidamos a alguna persona, influiremos de este modo en su salud. Lo que se quiere decir es, sin duda, lo siguiente: ¿Es posible producir algún efecto en la salud de una persona, únicamente con la voluntad? Desde luego, podemos contestar que no, y la contestación tiene suma importancia, pues en el transcurso de los siglos ha sido causa de un sin fin de males la creencia, por parte de los hombres, en el poder de dañar a un enemigo valiéndose de la sola voluntad.

El ejemplo que suele citarse de los efectos que es capaz de producir el ejercicio de la voluntad, es el del hipnotismo. La persona hipnotizada se halla en un estado especial entre dormida y despierta, en el que es posible alterar profundamente su salud, suponiéndose que interviene en ello la voluntad del hipnotizador; esta suposición, sin embargo, es completamente errónea. Se ha demostrado con numerosos experimentos, que aunque el hipnotizador pretenda estar ejerciendo su voluntad y desarrollando gran potencia, puede pensar en otra cosa cualquiera sin que los resultados dejen de ser los mismos.

Lo cierto es que si una persona llega a creer que es posible tal fenómeno, se hipnotiza a sí misma y todo lo que se sa dicho sobre el poder de los hipnotizadores no son más que tonterías.



guardián encargado de cerrar el templo por las noches y abrirlo por las mañanas: es un musulmán.

En tiempo Pascual algunos creyentes permanecen durante toda la noche en el templo.

A la entrada de éste se ve la "Piedra de la Unción", donde fué ungido y perfumado con nardo y con mirra el cuerpo del Señor, antes de ser sepultado. Ocho lámparas arden constantemente ante esta piedra; tres pertenecen a la Iglesia cristiana latina, tres a la griega cismática, una a la cristiana armenia y la última a la cristiana copta.

Esta piedra sagrada ha cambiado muchas veces de propiedad y de lugar, antes de llegar a su presente situación.

Muy cerca están las capillas de Mequisedec y de Adán. Existe una tradición según la cual la Cruz de Cristo fué erigida sobre la tumba del padre del linaje humano.

El templete del Santo Sepulcro está construido sobre la roca misma en que estaba la sepultura construida por José de Arimatea; consta de dos capillas, la primera es la llamada del Ángel y en la segunda se halla el verdadero sepulcro en que estuvo enterrado el cuerpo de Jesús.

Esta estancia es muy reducida; las paredes son de mármol, y el

dona de Toledo, el manto de las veinte mil perlas, los collares admirables, las sederías soberbias y me digo que seguramente la señora de esta Iglesia baja, que ni siquiera tiene campanas, sino que sigue llamando a los fieles con el ruido de unas grandes tablas golpeadas a martillazos, no puede ser tan suntuosa como la de la Catedral castellana.

"Mas he aquí que un desfile maravilloso comienza. Una legión de frailes, todos torvos, todos enlutado, todos silenciosos, van trayendo cofres chapados de nácar y cilindros cubiertos de terciopelo. Lentamente, haciendo una genuflexión ante cada reliquia, acariciando cada dalmática, besando cada cruz, depositan sobre las alfombras los tesoros de su iglesia. Y son mantos recamados de pedrerías, mantos rígidos que brillan como esmaltes; mantos de iconos bizantinos, iguales a los que se admiran en los mosaicos de las antiguas basílicas de Ravena. Mantos azules con incrustaciones de diamantes, mantos verdes guarnecidos de esmeraldas, mantos rojos con flecos de perlas. Y son dalmáticas que de lejos lucen cual custodias, con sus labores de oro en fondos violetas o púrpuras. Y son mitras de todas las formas y de todas las épocas; mitras altísimas como las que se ven en los

Al despertarse Miguel de Quirós en esta mañana turbia, extiende soñoliento la mano para tocar el timbre y pedir el desayuno; trasueña todavía, creyéndose en su casa de Madrid, mimado por las costumbres regalonas de España.

Pero abre los ojos, requerido por una luz atrevida y gris que se filtra por el balcón. No hay contraventanas en este hueco grande, colgado de estores, por donde llegan, también, al dormitorio ruidos y anuncios de un pueblo extraño para el joven español.

—¡Ah! — murmura recordando, un poco triste.

Y contempla la elevación del techo, las proporciones vastas del gabinete, decorado con papel obscuro, muebles macizos y estufa monumental.

Está Miguel en Cassel, a la orilla del Fulda, en la vieja ciudad alemana del condado de Hesse, cimentada hace catorce siglos, famosa hoy por sus casas del 1500, construidas al puro estilo normando, allá en los tiempos gloriosos del emperador Carlos V. Quirós no despertarse o volver a dormirse al calor del saco de pluma que le abriga, sin sábanas ni cobertores, con el lecho desnudo de toda elegancia pulcra y fina a que el mozo está habituado. Pero no logra ya conciliar el sueño y mira su reloj que palpita monótono sobre la mesa de noche. Las nueve; es hora de levantarse.

Comienza a vestirse muy despacio, meditando y perezoso. con la íntima desazón de encontrarse allí tan lejos de su madre y de su novia, ausente de la holgada señoril donde culmina su existencia familiar.

Y no obstante ve en torno suyo intentos amistosos de retenerle y servirle; un letrado bordado le adorna la cama deseándole el buen reposo con ingenua solicitud; otro escrito de amable acogida le saluda desde un cuadro bajo un cristal a la entrada del camarín; el silencio interior de la casa tiene la solemnidad apacible de un cariño que vigila y espera; todo el aire tranquilo y serio de la habitación difunde un penetrante aroma de honradez.

El extranjero sabe que le aguardan alrededor de una mesa donde habrá café con achicoria, una cantidad mínima de leche, torta de frutas y pan moreno con mantequilla. Sabe que Erika estará junta a sus padres, ruborosa y gentil, con un sitio vacío a su lado.

Y se apresura sonriente, olvidando por un instante la involuntaria melancolía de su despertar.

—¡Erika, "flor del brezo..." eres tan dulce!...

NOBLEZA OBLIGA

Descendiente de Cantabria, Miguel de Quirós ha nacido en Sevilla y ha estudiado en Madrid, donde en la actualidad residen sus padres, complacientes y ricos, y donde trató a un joven alemán Otto Schendell, ocupado en asuntos mercantiles, a quien tuvo por amigo predilecto, obsequiándole en su casa con repetidas atenciones.

Ahora, terminada su carrera de leyes, Miguel quiere acomodarse a la Europa Central, conocer tierras y pueblos antes de repartir su vida entre la niña morena que le ha conquistado y el disfrute de una libertad económica que apenas ha de tener un osomo de justificación en el despacho elegante

FLOR DEL BREZO

Por Concha Espina

abierto por el letrado a sus clientes.

Y cumple el viajero su promesa de parar en Cassel, a recibir en el hogar de su amigo los agasajos que le debe Otto, la gratitud de esta familia carifosa donde hay una muchacha rubia y adorable que se llama en castellano "flor del brezo".

Enamorado de otra mujer, no puede sin embargo el español

substraerse al encanto de su romanticismo. La mira con suma curiosidad, la trata con galantería deleitable, como al ser nuevo y extraño, al juguete misterioso; hasta la dificultad de entenderse con ella le seduce y estimula dando misterio y atracción a sus palabras.

Se hablan en un mediano francés, con la mezcla de algunas frases alemanas que sabe Quirós

EL SANTO ENTIERRO

Las piadosas mujeres, en dos filas, por la angostura de la calle bajan...

La imagen de la Virgen Dolorosa, herido el corazón por siete espadas, juntas las manos en nervioso rictus y en las pupilas hervidoras lágrimas... Yo me descubro religiosamente, mientras solemne ante mi vista pasa. Siento un vago dolor indefinido, un dolor que me hiere a flor del alma... El negro manto recamado en oro, el óvalo perfecto de la cara, la brillante corona que refulge, herida por el sol, bruñida en plata, me alejan la visión de aquella madre, que, pobre, mal vestida y desgrefada, corrió Jerusalén tras de su Hijo, confundida en el mar de la canalla. Mas cuando cruza ante mi vista el cuerpo rígido y yerto, con la faz morada, del Hombre-Dios en la envoltura humilde de un lienzo crudo con sangrientas manchas, clavadas las espigas en la frente, que hilos de sangre de la sien arrancan, mal cerrados los párpados divinos que no dejaron escaparse lágrimas, y contraída la sedienta boca que pudo el mar sorber con su palabra, yo calgo de rodillas, abrumado, y siento desgarrarse mis entrañas, y siento herir mis sienes las espigas, y en sed de amores researse el alma, y hendirse el pecho, que manara mieles si entonces lo cruzase alguna lanza... ¡Señor, yo soy cristiano! ¡Yo soy cristiano y a lá vieja usanza!... Ni las purpúreas y flamantes flores, ni los adornos de bruñida plata, ni las telas vistosas, ni los oros, ni el fino ingenio de las ricas tallas, llevan amor a mi cristiano espíritu, ni fe le añaden a mi fe cristiana. Tú me infundes amor, ¡oh, Jesucristo!, tu sola Faz me hiere las entrañas, esa tu Santa Faz que labró tosca algún "santero" que el cincel guiaba temblando de emoción, porque creía, llorando de dolor, porque te amaba. Y cuando miro tus profundas brechas que sangre hirviente en abundancia manan, no me pesa mi cruz sobre los hombros, ni el látigo me duele en las espaldas, ni me ofenden palabras que me hieren donde Longinos te clavó su lanza, ni siento ya más sed que la de amarte, ni siento las espigas que me clavan, ni mi boca entreabierta encuentra voces con que alzar a tu Padre mi plegaria.

A través de mis lágrimas, ¡oh, Cristo! entró tu Faz a iluminar mi alma, la tosca Faz que modeló un "santero" en un rincón de la Castilla parda.

Alejo HERNANDEZ.

y de las palabras españolas que Erika aprendió de su hermano.

Cuando él les acompaña sirve de intérprete en las pequeñas confusiones de la conversación. Se ocupa como técnico director de una fábrica de locomotoras fuera de Cassel y marcha temprano de la ciudad para volver al anochecer.

Erika sola hace al huésped los honores verbales mientras los papás sonríen pronunciando en clásico alemán saludos y votos con una ceremonia rendida y solemne, aislados en su lenguaje único. Están orgullosos de acoger a un hidalgo de España, a un señor de tan rancio abolengo que tiene en su país un escudo y un mote grabados en piedra ilustre:

"Después de Dios"

"La casa de Quirós".

El verso absurdo vive y prospera en la fantasía de estos industriales prusianos, soñadores y crédulos, gustosos de las cosas eminentes y bizarras.

Y la niña de Schendell se engaña del amigo prócer a la vez que se apasiona del hombre guapo, altivo y exótico en la vida mediocre de la vieja ciudad.

La gallardía flexible de Quirós, sus vestidos elegantes, sus maneras distinguidas, el chambergos de felpa bien colocado, el pie fino y ágil, los ojos oscuros, la morena palidez, contrastan de un modo triunfal con la insipidez rubia de los jóvenes alemanes.

Erika, pues, luce a su huésped con envanecimiento radioso, le pasea por las calles uniformes de la población enseñándole los templos, las estatuas, el puente colgante, la gran avenida, que sube desde el centro de la capital hasta el monumento de Hércules en la colina Habichtswald, "el bosque del azor".

Y el extranjero complacido de aquella asiduidad fervorosa, ávido de la niña blanca, se deja acompañar y querer con intervalos de tristeza y de inquietud.

Ha perdido el interés por la ciudad, siente deseos de seguir el viaje y, sin embargo, espera al influjo de su amiga, cautivo de una atracción que se reprocha como una culpa; él quiere hacer tiempo a otra muchacha, una macarena preciosa con quien está comprometido para casarse.

Pilar Manrique, gala de Sevilla, encanto del novio que la idolatra, tiene los ojos negros como las moras en sazón; los dientes muy blancos entre el fulgor encendido de la sonrisa; la piel soleada; el cabello rizo y tenebroso; ¡andar grácil y menudo; la expresión vehemente; el porte de reina, el corazón de paloma...

Miguel, esclavo feliz de aquellas relaciones con una constancia ejemplar durante sus años veleidosos de estudiante, no comprende como es posible que una chica sin importancia le preocupe y retenga en Cassel cuando ya se nota un poco aburrido, impaciente por cambiar de impresiones y de rutas; es un temperamento meridional lleno de ímpetu y de codicias, aunque firme en el amor, a su parecer.

Y se alarma al hallarse retenido por la expresión delicadamente triste de una joven, por su acento dulce y angustioso.

—¡Quédese!... aguarde otro día... sólo uno...

Quirós se queda; arrepentido de su debilidad, descontento de amanecer otra mañana bajo el saco de pluma y la luz gris.

Aparte lo que le disgusta sentirse dominado y cohibido de una

manera tan inesperada, temo dañar a su amiga y hacerla sufrir. La ve ilusionarse, le sorprende en los ojos un desvariado rebrillar de ambiciones, una vaga locura de ansiedades.

Miguel de Quirós no puede olvidar que en aquella casa le reciben como al hidalgo representativo de Castilla, al caballero intachable descendiente de Don Quijote... Debe partir; cae sobre sus flaquezas y su apetito, igual que una losa el peso de un blasón.

—Nobleza obliga — se dice todas las noches al acostarse — mañana me voy.

Pero cuando saluda al día siguiente a Erika en el comedor, la devora con los ojos leonados y morenos, encontrándola infinitamente suave y desconocida...

EL PELIGRO OSCURO

La cabellera de lino peinada con isura, recogida en un moño bajo, presta a la niña de Schendell un aire virginal que se acorda en las pupilas candidas y azules, abiertas a las novedades del mundo como un placer nuevo; son el agua madre donde se funden los elementos del cristal, la nebulosa originaria que no se ha cuajado en estrella.

Erika es alta y ondulante sin la esbeltez latina; tiene el pie ancho y duro, las manos desarrolladas, el seno apenas modelado, toda la figura tímidamente envuelta en la iniciación de una gracia núbil y misteriosa que perturba a Miguel.

Hoy, resuelto a despedirse acude el mozo armado de firmeza al desayuno ritual y dice su propósito; saldrá de Cassel al anocheecer camino de Berlín.

Le oye su amiga con el corazón alborotado, inclinada la frente clara y tersa que parece vacía de pensamientos. Sin responder, traduce aquellas palabras a sus padres. Ellos se contristan, protestan, gesticulan en un alemán insinuante y plástico, muy armonioso, del cual Miguel solo advierte la intención.

Y replica, expresivo, en rotundo castellano.

Es imposible que me quede; sería una temeridad. Yo me estoy aficionando a la muchacha y ella a mí. ¿No lo ven?... ¿Están ustedes ciegos?... ¿Se han vuelto locos?... ¿Por qué la dejan horas seguidas en mi poder sin más encargo que el de contemplarme, divertirme y hacerme el amor?... ¿Han creído ustedes que me voy a casar con ella?... No, señores prusianos; yo tengo la novia más bonita de España, donde todas las mujeres son una preciosidad, y la quiero mucho. Además soy un caballero como ustedes saben muy bien; tengo escudo, mote y conciencia que no me permiten burlarme de la hermana de un amigo, ¡nunca, jamás!... Ustedes, excelentes personas, aunque algo incomprensibles y flemáticas, debieran entenderme y darse cuenta de que les hago un gran favor al marcharme; conquie, basta de discursos que me están ustedes comprometiendo...

Pero siguen las exclamaciones amables de los papás, mientras la niña que sin duda no ha entendido ni una sola frase de Miguel, arguye con naturalidad, recogiendo su pena en las pupilas anchas y dolientes:

—Entonces, por ser éste el último día le enseñaré a usted la casa donde escribió sus cuentos, Guillermo Grim.

—¿De veras?

—Sí señor, y también subiremos al bosque a despedirnos...

—¿A despedirnos, los dos?

—Yo sola no volveré a subir. Pero no se queda usted sola. —Me quedo sin usted. —Tiene a sus padres, a su hermano, a sus amigos...

—Es igual; me quedo sola.

—Hay que tomar los acontecimientos de otro modo; mi visita debe contarse como una casualidad sin trascendencia ninguna para usted — murmura el joven resistiéndose con valentía al homenaje demasiado elocuente de la muchacha.

adelantan su fachada en cada piso haciendo una atrevida inclinación, un perseverante saludo de centurias.

El forastero no se distrae con ninguna de estas cosas; atiende al tono bajo y caliente de la voz que le guía, percibe la respiración suave y fresca de la joven, y se abandona a pensamientos fantásticos en la encubridora intimidad del paraguas.

Hasta que Erika se detiene advirtiéndolo:

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémico, Clática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 18 HORAS

U. T. LIB. 0260

Ella le observa con los ojos enfriados, pálida y confusa, letándose para disimular su turbación.

—¿Vamos? — dice.

—Como usted disponga.

Erika se pone el sombrero y el abrigo: ya está lista. Los señores de la casa sonríen aún, hablan otra vez muy serviciales, y los dos amigos salen a lucirse bajo un solo paraguas.

El día es turbulento; cruje el aire, se oye un ruido lejano de tempestad; una lluvia fina y sutil moja las calles: la población, húmeda y silenciosa, se ofrece desolada.

Pero la niña de Schendell intenta divertir a Miguel con el espectáculo de las cigarrerías, suntuosas al estilo de Alemania; con la hilera de casas antiguas que

—Aquí es.

Levanta un dedo rígido, y traduce lentamente:

—“En esta casa vivieron Jacobo y Guillermo Grim y escribieron sus cuentos para los niños y el hogar. Se los relató una anciana cassalense”.

—Está bien — murmura Quiros algo distraído, contemplando no obstante con respeto la destar talada mansión donde los artistas urdieron las famosas consejas que han dado la vuelta al mundo como las árabes de Sheherezada.

—Este lugar — continúa Erika, tomando muy en serio el papel de cicerone — se llama el caliz del “hombre salvaje”.

La callecita estrecha confluye a una más espaciosa y sostiene en su ángulo el edificio vetusto que habitaron los hermanos Grim. Y

en aquel rincón de la ciudad queda remansando en el olvido la humilde lápida conmemorativa donde la célebre “mujer de los cuentos” se asoma cruzada de brazos como en un balcón, tocada al uso del país.

Muy juntos y abstraídos siguen andando los exploradores de curiosidades, pero ya la instigadora de esta salida matinal no encuentra ningún recurso nuevo para entretener a su amigo por las calles ruidosas veces paseadas.

El conoce, de sobra, la gran anchura presidida por la estatua del longrivo Federico II y cercada de construcciones monumentales; conoce los hermosos tilos de Ständeplatz, hoy desnudos, afligidos por el constante abrazo de las nubes; la plaza del Rey, llena de un eco medroso que repite la voz de una manera solemne; la ciudad alta y pulcra, vestida de jardines plantados por floricultores de Versalles, y la ciudad vieja, honda a orillas del Fulda, el Cassel de los puentes soberbios y las riberas dulces: alisos y sauces, espadañas, juncos, ácoros y helechos visten prodigiosamente el borde de estas aguas en las cuales se espeja el caserío como en puro cristal.

Miguel de Quirós siente la poesía remota de estas lindes donde alienta un exquisito perfume del Cassel del siglo VIII; ama estos vergeles sugeridores, tocados del misterio; pero hoy sabe únicamente incorporar el encanto de Erika a la hermosura entristecida de los paisajes, a la sustancia secreta de las cosas.

Tiene bajo la mirada el semblante atribulado de su amiga y padece una rara sugestión. Así avanza llevado por la voluntad de la joven; escucha su palabra viva y trémula; percibe el roce de un peligro obscuro que les empuja y circuye por todos los lugares visitados y somete las buenas intenciones dobladas al viento como las cañas junto al río.

Ya Erika parece resignada con la partida de Miguel. No exige una prórroga, no se lamenta ni alude a su íntimo pensar... El observa que tiene una dilatación ansiosa en los ojos, que no puede con el peso de la sonrisa; y ambos disimulan sus inquietudes con palabras triviales que se pierden en el sollozo lejano del huracán...

EL BOSQUE DEL AZOR

Dentro de la casa, sin el triste influjo de los horizontes, lejos de la orilla vagabunda del río y de la extraña constelación del ambiente, Miguel se encuentra más sereno.

Recibe un telegrama de Otto asegurándole que estará allí para la hora del tren, y arregla su equipaje muy deprisa, como si le faltara tiempo. Ya está avisado un coche; a las siete y media es la partida. Y una tranquilidad amarilla invade al ingutivo.

Erika trajina con su madre en el comedor preparando el almuerzo. Pronto se quedará sola, como ella dice con aquella expresión tan suya, inocente y desventurada a la vez. Pero el viajero ¿qué le importa?

Las cartas de Pilar que lee a hurtadillas con negligencia incomprendible, le duele como un recuerdo sagrado y angustioso. Hace días que no escribe a la novia adorada... Se disculpará con alguna mentira sin trascendencia; le devolverá aumentados los testimonios de cariño que hoy le hurta por una fatalidad aborrecida; y de nuevo serán muy felices.

Ha levantado la intención con un movimiento brioso de firmeza; sonríe contento y se acerca a la

CAMINO DE DAMASCO

Fué Saulo tan puro de costumbres que, cuando ya Santo, recomendaba en sus epístolas la virginidad, se presentaba así mismo como modelo de aquella magnífica perfección; y no se lee que estuviese manchado por codicia de riquezas, ni por ambición de honores y de fama. Su enfermedad moral consistió en el orgullo de raza, una de las formas más agudas de la soberbia; en el fanatismo anticristiano, el más violento de todos los fanatismos; en el odio, la más dolorosa de las úlceras del alma. A tal punto habían llegado estas pasiones en Saulo que, siendo fariseo, ciudadano romano y letrado insigne, es decir, perteneciendo a la nobleza, judaica, a la aristocracia romana, y a la del genio y a la de la ciencia, solicitó y obtuvo la plaza de criado de los verdugos que lapidaron al protomártir San Esteban.

Camino de Damasco, el Señor lo fulmina, lo postra, le paraliza todo movimiento, lo deja ciego. Nada menos se necesitaba para doblegar aquella voluntad. Dios mismo le habla, porque el mancebo no habría escuchado ninguna otra voz, ni aun la de un ángel. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” La réplica ya está impregnada de respeto: “Señor, ¿quién eres?” “Soy Jesús de Nazareth, a quien persigues”. Y, para hacerle sentir la impotencia humana ante la voluntad divina, agrega Cristo: “Duro es para tí cocear contra el aguijón”. En ese instante, el lobo convertido en cordero, el perseguidor en mártir, el fariseo en apóstol, pregunta: “Señor, ¿qué quieres que haga?”

Rafael M. CARRASQUILLA

ventana para cerciorarse de que también se levanta el día, escampado y benigno.

Quizá el sosiego de la tarde no es mas que una tregua del temporal, porque aún tienen las rafagas un alarido amenazador, cuando Miguel susurra poseído de involuntario gozo:

—¡Podremos subir al bosque!...

Una hora después, terminada apenas la comida, sin perder un minuto que hará falta en la excursión, la niña y el galán suben a la "altura de Guillermo", Wilhelmshöhe, el antiguo bosque imperial, extenso y frondoso, elevado en los alcores fuera de la población.

Un tranvía eléctrico, conduce a los visitantes hasta la selva histórica donde es costumbre ir a buscar el beneficio saludable de las plantas y las brisas.

Pero hoy están desiertos los caminos del gran parque: el tiempo inseguro, el silbido áspero del vendaval, desolan este inmenso arbolado, rígido y crugiente, sin túnica ni verdor.

Erika y Miguel afrontan con valentía los senderos resbaladizos, la tierra húmeda y blanda, la soledad llena de rumores adustos.

Se destacan en el cielo con una melancolía penetrante la horcadura de los troncos, la violencia de las quimas, los trazos severos de la casa real. Un semblante de abandono y pesadumbre entristece los caminos, y cuando el viento solmena los árboles toda la selva se agita con un sonido estridente y enorme; en el fondo del parque tiembla la verde pupila de un lago.

No se alarma "flor del brezo" ante el aspecto sombrío del lugar. Como su nombre agreste, ella está en armonía con la grandeza salvaje que la circunda; y se desenvuelve su gracia de un mundo fascinador al contacto enérgico de la naturaleza.

Miguel responde confuso a las palabras ardientes de su amiga; piensa en el trabajo purificador de los siglos desde las generaciones fuertes como el hierro, dominadas por la lujuria, hasta la niña que le trastorna, dorada y sensible, tan lejana a sus ascendientes los bárbaros rubios.

La contempla sitiado por el deseo y la curiosidad, compasivo de la pena excesiva que trascienden aquellos ojos claros y puros. Todo en Erika le parece más que nunca apetecible, las mejillas suaves como la pulpa sin monda; los labios temblorosos y expresivos; la perlería de los dientes igual que granos de maíz en las panojas nuevas, la voz atrayente y lánguida...

Los erguidos propósitos del caballero vuelven a doblegarse durante la solitaria despedida, frente a todo lo ignorado en aquella joven enamorada y triste, sumisa y perturbadora.

Quiere ella entrar en el invernadero, graciosamente llamado "la casa de las flores". Pasado el dintel se quita el abrigo y el sombrero; y luce su vestido rojo sus crenchas rubias como la aurora, el escote y los brazos teñidos con la blancura tibia del marfil.

Un poco despeinada y encendida, adquiere un aire travieso y juguetón que desconoce Miguel. No es bella y le seduce; no la comprende y por eso mismo la persigue en los estrechos ambajes de la estufa, opaco el fanal de la conciencia, inquieto el zumbido del corazón.

Aquí están conservados ejemplares bellísimos de la flora alpestre y de la herciniana; de la región de los arbustos; de las colinas y las llanuras. Entre los árboles extraordinarios florecen las

camelias y los rododendros, las rosas carnales, el heliotropo y el jazmín.

Erika se inclina sobre un ramo precioso de muguetes y recibe en la cara todo el bálsamo de la estimada flor. Aguarda a su amigo que llega y la retiene por la cintura. Y se deja acariciar dócil y feliz, doblada la cabeza en el hombro de él, que le toca los cabellos con los labios.

El guarda, reconocido a una propina, se hace el remolón entre la espesura de los planteles.

—¡Erika! —pronuncia Miguel arrebatado.

—¡Señor!...

La respuesta humilde enternece al caballero que se aparta de la joven y suplica:

Vámanos; es tarde...

Ella lo mira absorta sin acertar con los reparos que le contienen. Sale detrás de él poniéndose el abrigo, callada y tímida, dejándose aturdir por el viento, insensible al furor trágico del bosque.

cación de su hermosura. "Amuleto contra la embriaguez" dicen estas joyas moradas que pierden toda su virtud embriagando al mozo español.

—¡Erika! —repite en un nuevo delirio— ¡qué dulce eres!

La besa en la boca, en los párpados, en las mejillas, y la oye balbucir palabras musicales en el lenguaje maternal, abierta y ruidosa la voz como una fuente que ríe. Se ha transformado; toda ella vibra y reclama, audaz y desfallecida a un tiempo; en su carne de selección aparece de pronto la raza que ha tenido el rudo vigor de la selva y responde a una primitiva sensualidad.

Miguel la sorprende con una mirada íntima como un tacto, y mediante un esfuerzo soberbiamente viril, se aparta de ella otra vez, y pregunta ansioso.

—¿Nos abremos perdido? ...
¿No se va por aquí a la estación del tranvía?

LA NOCHE DE VIERNES SANTO

Noche de Viernes Santo. Hay olor de romero y oliva. Los altares, sin mantel y sin luz. En el altar mayor arden seis velas ante la imagen de María, sola, al pie de la cruz.

Suave bisbiseo de rezos; algún que otro suspiro. De la calle vienen sordos rumores: conversaciones, voces infantiles, chirrido de carracas, confuso pregón de vendedores.

Un sacerdote sube al púlpito: recita en latín un versículo. Acrece la piedad de los fieles: se aprestan a escuchar la palabra del ministro. Y empieza el sermón de Soledad.

Noche de Viernes Santo. Hay olor de romero y de oliva... En las calles y en los campos, henchida de todos los aromas, está la Primavera invitando a las gentes al Amor y a la Vida.

H. GONZALEZ-RIGABERT.

Se despiertan los frémitos del huracán y bajo la amenaza hosca de la tormenta los árboles oscurecen sus perfiles ennegrecidos como bronces.

Miguel toma del brazo a la muchacha con un movimiento afectuoso de protección y camina sin saber adonde, vacilante igual que si todas las raíces del parque le apresaran los pensamientos.

Distraídamente evoca al dios del paganismo alemán representante de la fuerza del universo, Wodan, que todo lo penetra y vivifica, señor de los temporales purificadores, a quien adoraban los germanos en las "malezas sagradas" como a la suprema divinidad del país; acaso vive todavía su espíritu procreador asido a las tradiciones de estos lugares eminentes, palpitando en la melenas de los vientos, en el galope de las nubes, en la penumbra de los confines.

Erika deja a su amigo andar sin conciencia ni rumbo y se le cife persuasiva, mimosa.

Entonces él vuelve a la realidad y clava su atención en las amatistas brillantes que le están mirando.

Nunca las niñas de unos ojos han desmentido tanto la signifi-

—No— dice la muchacha ronca y torpe.

—¿Estamos muy lejos?

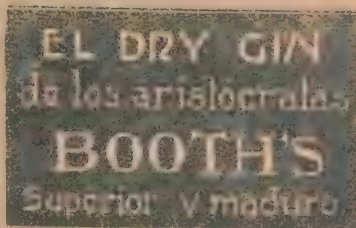
—Muy lejos; frente al castillo: mire usted.

—Es verdad— murmura Quirós levantando la vista a las cúpulas imperiales y midiendo sin interés ninguno el palacio magnífico y silencioso, poblado de memorias ilustres y de muchas tristezas.

Cuando este solar se llamó de la Piedra Blanca, mucho antes de que los reyes le buscasen para su delicia, tuvieron en él los agustinos, allá en el siglo XII, un monasterio y unos jardines. Desde entonces ¡cuántas vicisitudes y tragedias han pasado en esta vertiente del "bosque del azar"!

Pero ya la noche se columpia en los árboles; caído el viento al oscurecer, se queda la inmensidad del espacio lúgubremente silenciosa. En el horizonte se vislumbra apenas sobre la colina occidental la copia ingente del Hércules Farnesio a quien los rústicos de Cassel llaman Cristobalón.

Tranquila de improviso como el anochecer, Erika nota la impaciencia de su compañero y le



dice con la acostumbrada suavidad:

—No se apresure: ya no alcanza el tren.

El la mira desconcertado.

—¿Es posible?

—Es seguro—. Y le tiende la muñeca donde el relojito atestigua sus palabras. Miguel consulta el suyo: van a dar las siete.

—¿Por qué no me avisaste? —arguye rencoroso.

—¡Se me olvidó!

Y firme ahora en su actitud serena añade sistemática:

—¿Le dije a usted que este palacio le hicieron los longraves de Hesse?

—No recuerdo.

—Tiene sobre el pórtico una inscripción en latín que no he podido descifrar.

—¡Indescifrable lo eres tú! —musita el galán en medio de la desesperación asombrado de la calma repentina de aquel rostro, de la variación absoluta en el ademán y en el acento de la mujer.

—Y sabe— continúa impasible — que ahí estuvo Napoleón III después de la batalla de Sedán.

—Nada me importa.

—Y que el monumento a Hércules cuenta novecientos nueve escalones: no se le olvide...

—¡Chiquilla, por Dios!

—Siento que no vea usted el juego de las aguas, el más famoso del mundo...

—¡Indudablemente! ... Pero yo— pronuncia Miguel en violento castellano— siento mucho más haber perdido el viaje, y que la noche me sorprenda contigo en este endiablado "bosque del azar".

—¿Qué? —pregunta la niña complaciente, algo asustada.

—Que nos vamos ahora mismo a la estación —responde el mozo en francés. Y dominando su disgusto añade con bondad:

—Te ruego que me guíes.

Erika sonríe y obedece caminando por la ruta difícil, a pasos largos y seguros, callada igual que el bosque.

Y siguiéndola vuelve a sufrir Miguel como un castigo toda la singular atracción de la criatura sorprendente y misteriosa. Ve su tajante perfil erguido sobre la grupa del cerro, destacándose en las nubes rojas del crepúsculo, y percibe en el aroma bravío de los matorrales y la respiración áspera del monte, el perfume y el latido humano de aquella peregrina mujer.

Ella de pronto se detiene con mucha solemnidad como si recibiera algún severo mensaje, y vuelto el rostro hacia su amigo le señala un punto cardinal del horizonte.

Por allí sube la luna, grande y amarilla, muy desconsolada entre la lobreguez de los cielos.

Los ojos de la muchacha se han convertido sus amatistas en turquesas bajo la fantástica luz del día y de la noche. Son en este momento azules, cándidos y angelicales. Tiene Erika la mirada triste y subida, graves los pliegues de la boca, secreta la expresión.

Miguel conmovido, sugestionado, se descubre ante la virgen alemana, lleno de remordimientos y veneraciones.

—¿Seguimos? — consulta respetuoso, temiendo a la sangre primavera que le hierve en los pulpos, encendida como el ocaso.

La niña, tranquilizadora, apagado el acento con el último soplo de la tarde, responde:

—Sí, ya está cerca la estación. — Y mientras avanzan por el sendero uno tras del otro se oye el grito nocturno de los pájaros en la sombra movible de los árboles.

EL HIDALGO

Hay un automóvil parado junto a la puerta, con equipaje en la delantera.

Otto, muy correcto y servicial sale al encuentro de su amigo.

—Dispuse tu marcha puesto que era urgente — indica señalando al coche. — y te he esperado aquí minuto por minuto pero tardaste...

—¡Ya lo creo! — interrumpe Miguel, azarado y de mal humor.

—¡Y se ha ido el tren!

—¡Hace más de una hora...

—Exacto! —sonríe el alemán ingenuamente. Y sin hacer averiguaciones ni sorprenderse añade:

—Como ya hoy no te puedes ir subiremos tu maletas.

Carga con una y desaparece tras la mampara de cristales, mientras los dos excursionistas indecisos y preocupados se detienen en el portal.

De la calle silenciosa llega apenas la luz administrada al vecindario con mucha economía y en los cielos la luna caminante naufraga a menudo entre las nubes.

De pronto Erika se refugia en los brazos de Miguel con exaltado frenesí para decirle:

—No se disguste por haberse quedado. Esta noche cuando todos estén durmiendo iré a su gabinete a contarle muchas cosas.

—¿Irás?... ¿Tú?... — balbucea el muchacho atónito, recibiendo enloquecido.

—Iré: ¡se lo juro!

El oye todavía unas palabras ardientes que le sacuden como el son huracán de la selva.

Con un movimiento brusco se desprende de la muchacha, la empuja hacia su hogar y da una orden apremiante al mecánico.

El coche funciona en seguida y Miguel de Quirós salta dentro cuando Otto aparece en el umbral con una cara indefinible.

Ya va distante el fugitivo, poniendo en las sombras ciudadanas el rastro luminoso de la huida. Y ninguna otra luz resplandece en la marcha sin norte del viajero porque en la obscuridad insondable del espacio se apaga simbólica la luna como una lámpara ciega...

El temor a los espacios abiertos

El temor a los espacios abiertos se llama también agorafobia.

Aunque no tan corriente como su antítesis, el temor a los espacios cerrados es, como él, un estado mental enfermizo que el propio paciente reconoce como irracional, absurdo.

El origen de ambos instintos —

pues así pueden llamarse — no es otro, sin duda, que la reviviscencia de aquellos otros instintos que estuvieron en pleno vigor y tuvieron gran valor biológico en los orígenes de la especie, y que entre nosotros hace tiempo que casi han desaparecido.

carnívoros enemigos estaba, precisamente en su agilidad para escapar y altir de una rama a otra, de uno a otro árbol. Cuantas veces iban a tierra, otras tantas estaban en peligro.

En ella es en donde los grandes carnívoros persiguen su presa; y



FLOR DE SANTIDAD

¿Por qué serán más bellas las mujeres jóvenes envueltas en la trémula albuza de las tocas monjiles?

Es el largo brial que las ciñe con la gracia de pliegues de una veste clásica; es el manto que estiliza la figura y la alarga con una fineza tanagrina; es la toca que hace el rostro redondo y sintético como una hostia carnal; es el blancor del hábito que prestigia en contraste el fulgor venusto de los ojos y hace más vivo el gallardete rojo y blanco de la boca: púrpura, en los labios y nieve en los dientes...

Y es, sobre todo, la aureola del misterio y el acicate de lo imposible...

De todos los amores de aquel don Juan pirata y gallardo es el más seductor y sugerente el amor cándido y frustrado de doña Inés, novicia ardiente de clausura violada y alma cauterizada por las cantáridas de la pasión...

Es, tal vez, que en el afán de emulación en que el orgullo del hombre cifra todas sus ansias, con la virgen claustral es mayor que nunca el obstáculo y más elevada la rivalidad.

¿Cuántos hombres no serían capaces de iniciar empresa de tan acendrados incentivos?...

Ved esta bella monja, en cuyo rostro, redondo y terso como una patena, la expresión verecunda, la mirada fija, hablan del éxtasis inefable, del delirio místico...

Parece no tener nervios ni sangre de humanidad; la mujer está convertida en imagen; su alma, sin temblores cordiales, es como un lirio blanco, flor de santidad...

Y, sin embargo, a pesar del acierto del artista en interpretarla como místico arquetipo, hay algo que desentona en su extatismo contemplativo; que crepita con lumbres de vida en lo que quiso ser trasunto de extrahumana idealidad: es la boca, gruesa y fresca, llaga de pasión, rosa encendida, de los jardines de Afrodita.

Por ella, la imaginación se atreve a despojar a la bella monja de sus biales religiosos, de sus tocas santas, para verla convertida en mujer de jarifa plenitud, de cabellera bruna, de pupilas hialinas abiertas como ojivas del alma, lírica y sensual, sobre el magno panorama de la vida hecha armonía y pasión...

Cuando nuestros remotos antepasados eran trepadores, estos instintos, particularmente el que nos ocupa, los salvaba de la completa extinción.

Débiles de cuerpo, y desprovistos de armas defensivas y ofensivas, no sabiendo donde y como guarecerse su seguridad contra sus

adaptados como estaban ellos a la vida trepadora, sus progresos a campo raso eran, sin duda, menos rápidos también que los de sus árboles, y probablemente menos rápidos también que los de sus prepotentes enemigos.

Entre los árboles estaban seguros. Ninguno de sus enemigos com-

petía con ellos en ligereza ni podía, por tanto, esperar sorprenderlos; pero en tierra tenían grandes desventajas.

En campo raso no tenían defensa alguna contra el salto de la pantera o la ligereza del lobo; pero en el bosque, en el seguro de la altura, podían mostrar los dientes y chillar con mofa a sus enemigos de sobre tierra.

Cuanto más se retiraban de dicho seguro, a mayor peligro se exponían; cuanto más cercanos a su refugio mayor era su sensación de seguridad.

Y como los instintos se acomodan al género de vida, hemos de concluir que nuestros primitivos antepasados, cuando eran trepadores, sentían una invencible aversión a retirarse del lugar de su refugio. Cerca de los árboles se sentían seguros; lejos de ellos no podían estar tranquilos.

Este estado de ánimo se reproduce, a mi entender, con parecidas circunstancias en la agorafobia.

El ansia del paciente es permanecer cerca, no precisamente de árboles, sino de objetos altos verticalmente colocados. Apartándose de ellos, siente al momento un miedo como de peligros que amenazan, de desastres inminentes, de algo terrible que está para suceder, como quien atraviesa una selva poblada de tigres, o el que siente un niño a solas en la obscuridad. Y este era precisamente el de nuestros remotos antepasados cuando no tenían al alcance su natural habitación.

El doctor Mercier refiere una cura extraordinaria de esta enfermedad.

Cierto sujeto cuyos nervios estaban en pésimo estado acudió a él, el cual, después de varios tratamientos, lo curó de todo, excepto del temor a los espacios abiertos, por lo cual lo despidió diciéndole que no volviese a él, a menos de una recaída general.

Mas viéndolo volver unos meses más tarde, conoció luego que no era su venida por tal causa.

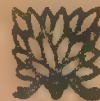
Manifestóle, con todo, que sentía que hubiera tenido que volver, a lo que el hombre, bajando la cabeza, respondió que había tenido que volver, a lo que el hombre, bajando la cabeza, respondió que había tenido una grave disgusto.

Su hija había dejado la casa paterna para unirse a un amante, lo que hubo de causar una triste sorpresa tanto a su esposa como a él.

El, con todo, refiriendo su desgracia, no parecía estar malhumorado. Al contrario, mostraba estar contento. El paciente prosiguió diciendo:

—A lo que vengo no es a consultar con usted sobre mi salud, sino a decirle que este disgusto me ha curado.

Ahora tengo agrado en salir adonde me parezca. Puedo, a través de las calles anchas, pasar los puentes, cruzar las plazas y parques más extensos. Puedo, en fin, ir a todas partes y hacer lo que se me antoja, como todo el mundo.



Por tierras legendarias

Del Bósforo a Palestina

Al acercarse la Semana Santa, nuestra imaginación se transporta a los Santos Lugares, y sin poderlos conocer, transportados en sus logosas alas, nos encontramos navegando por el Bósforo en dirección al mar de Mármara y pasamos por la isla de Oña, donde los miles de perros que inestables cañes de Constantinopla se devoran unos a otros después de haber sido llevados al inospito islote. Unas horas de navegación a lo largo de la costa asiática y damos con el pequeño y somnoliento puerto de Mudania, desde donde partimos con rumbo a los Dardanelos de fortificadas alturas, estrecho que ha sido constante teatro de la guerra. Cruzándolo por puentes de barcas, los persas invadieron Europa, y los griegos lo pasaron para penetrar en Asia. En el siglo XV, los turcos otomanos lo cruzan para implantar su bandera en Europa, y en 1915 los ingleses regaron con su sangre la tierra de Galipoli.

Al salir de los Dardanelos entramos en el mar Egeo y seguimos en busca de Esmirna, el gran puerto de Asia Menor.

Antes de la Gran Guerra contaba con 200.000 habitantes, de los cuales sólo 60.000 eran turcos.

Siguiendo con rumbo al Sur, después de pasar por el Dodecaneso o Doce Islas, aparece a nuestra vista como una fortaleza inmensa que surge del mar: es Rodas, a la entrada de cuyo puerto se vió en otros tiempos la estatua de Helios, el Coloso, una de las siete maravillas del mundo, destruida por un terremoto.

Al desembarcar llaman la atención sus murallas almenadas que circundan la ciudad.

Si las paredes oyen, las de Rodas hablan en ocho idiomas por cada una de las ocho lenguas que forman la cruz de Malta, pues de ocho naciones eran los caballeros que formaban la Orden. Por cada caballero una lengua, y por cada lengua un puesto en la muralla.

Dejando Malta a popa y siguiendo la costa Sur del Asia Menor casi sin separarse del paralelo 36, entramos en el golfo de Alejandría, y de allí nos transportamos a Antioquía.

La moderna Antioquía, a orillas del Orontes, apenas recuerda la rica y floreciente capital de los reyes griegos de Siria. Tiene de ésta el lugar, pues ocupa el mismo que ocupó "La corona de Oriente", como se llamó a la clásica Antioquía.

Hoy apenas puede llamársele modesta diadema con restos de un acueducto romano y una muralla en otros tiempos tan gruesa que por su parte superior podían correr en línea ocho cuadrigas juntas.

Sus templos, sus baños públicos, su teatro y su anfiteatro, el Senado, el palacio imperial, han pasado al olvido con sus reyes arquitectos: los seleucidas.

En Antioquía fué donde los miembros de la entonces nueva secta que empezaba a preocupar al mundo recibieron por primera vez el nombre de cristianos.

Allí fué donde formaron la primera comunidad fuera de la si-

nagoga, y allí es donde San Pablo empezó a predicar la nueva religión.

Enumerar algunos de sus conquistadores, reyes y predicadores da idea de su antiguo esplendor. En la lista figuran reyes de Persia y de Armenia: Pompeyo, Zenobia de Palmira, Constantino el Grande, Juliano el Apóstol y media docena de emperadores romanos que tenían allí su residencia.

Un buen camino conduce a Aleppo, en árabe Haleb-el Shabba, que

significa "la vaca rucia ha sido ordeñada", nombre que, según parece, data de los tiempos de Abraham.

Es y ha sido siempre una ciudad comercial.

El forastero que entra en su gran bazar se pierde con facilidad en la penumbra de sus túneles laberínticos. Es una ciudad de murallas interiores, una ciudad de sombras, en las que de trecho en trecho penetra por agujeros abiertos en el techo un haz de luz cegadora.

Sus calles, el mercado sobre todo, son sumamente pintorescos.

Allí viene un asno cargado con dos enormes tinajas, conducido por patriarcal figura, el espectro quizás de Abraham, repartiendo leche gratuitamente entre los suyos. Detrás, dos fantasmas negros, tapadas mujeres musulmanas que "van de tiendas".

LAS CRUCES DEL CAMINO

¡Qué misterio inquietante tienen en los senderos los dos brazos en cruz de los humilladeros!

¡Cruces de los caminos que evocan las siniestras y antañonas consejas; cuentos patibularios de ahorcados y asesinos que junto al fogaril bisbisean las viejas.

Negra cruz del medroso sendero solitario, en sus gradas de piedra, bajo la luna llena, al dar las doce el viejo campanario llora un ánima en pena.

Aquellos pintorescos bandoleros de trabuco y patillas, bravos, y liberales con los pobres, rezaban en los humilladeros después de sus hazañas de los caminos reales.

¡Horror de los caminos, donde los caminantes, veían tiempos de crueldades y de supersticiones veían negras cruces, picotas infamantes con racimos de brujas y manos de ladrones!

Y los cristos terribles, lívidos, macerados, todo una ilaga el cuerpo amoroso y tragal. ¡Cristos ensangrentados cual los cristos macabros del Santo Tribunal!

¡Oh cruz de los caminos que levanta el espíritu y consuela a los descalzos peregrinos de barbas apostólicas que van a Compostela!

Peregrinos de báculo y de parda esclavina, mendigos y saludadores que saben una extraña medicina que conjura el hechizo de los malos amores.

Cruces de los caminos, tristes humilladeros ante los que inclinaban sus altivos airones los nobles caballeros que iban a las cruzadas con sus fieras legiones.

¡Oh cruz de esas consejas que bisbisea una vieja, en torno del llar, en las noches heladas; lugar de desafíos, a la luz de la luna ante los cristos lívidos de las encrucijadas.

¡Qué inquietante poesía tienen en los senderos los dos brazos en cruz de los humilladeros!

Emilio CARRERE

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

Un muchachito, con café para su amo, cruza una de las galerías. Sale de la sombra corriendo, cruza la columna de luminosa luz solar y desaparece de nuevo en la obscuridad. Un mendigo envuelto to en harapos alarga la mano pidiendo una limosna, y un individuo enturbantado examina con atención una alfombra de Persia de abigarrados colores. Un grupo de elegantes alepinos, con blancos alborcones y túnicas rayadas de negro y amarillo pasean silenciosos acariciando la empuñadura de sus yagatanes damasquinados, y un venerable anciano de verde turbante, blanca barba y bondadosa mirada pasa lentamente arrastrando sus babuchas y dejando ver la cuentas ambarinas de su rosario. Una vieja coja, de nariz de buho, saluda ceremoniosamente a un oficial que pasa por su lado, y todos esos grupos, sus diferentes tipos y variados atavíos nos recuerdan los cuentos de las "Mil y una noches".

En pocas horas de tren llegamos a Carchemish, a orillas del Éufrates, en el país de los hititas, donde las excavaciones han puesto al descubierto ruinas de un templo greco-romano. La calle principal está pavimentada con losas altemas blancas y negras. Las paredes están formadas con grandes bloques de piedra con relieves figurando soldados de la antigua infantería hitita, leones rampantes con cabezas de aves y de leopardos y una esfinge bicéfala y en la plaza otra variedad de escultura, toros y carros de guerra.

El período hitita abarca unos mil años. En el siglo XIV conquistaron el Norte de Mesopotamia y de Siria, en donde construyeron numerosos palacios. Abraham encontró a los hititas establecidos en Canaán, y Eran casó con dos mujeres hititas.

Algunas figuras talladas en las rocas han hecho suponer que las mujeres de aquel pueblo eran las temibles Amazonas de la leyenda griega.

Hay quien racialmente une a los hititas con los turcomanos; pero su origen seguirá en el misterio mientras no se desafien las difíciles inscripciones de Carche-

mish, de Boghay Keni y otros lugares cercanos.

El ferrocarril corre hacia el Sur pasando por Hama y Homs, cuyos negros alminares de basalto llaman la atención del viajero. El tren continúa su marcha por estériles llanuras abrasadas por el sol, limita a ambos lados por los montes del Líbano y Antilibano, que se destacan sobre fondo turquesha del cielo.

Bealbek aparece en un verde bosquecillo rodeado de ruinas. Sus pocos cientos de edificios están echos con piedras que en otro tiempo formaron parte de templos, palacios y teatros. No hay viajero que no vaya a ver la Piedra de la Mujer en cinta, como la llaman los árabes, enorme paralelepípedo de 1500 toneladas, tallado en cinco de sus lados, y unido aún a la cantera por el texto, bloque tallado para el templo de Salomón y allí dejado sin terminar por no hacer falta para completar la obra del sabio rey de Israel.

Ya estamos en Beirut, ciudad de 120.000 habitantes, con tranvías eléctricos, hoteles a la europea, periódicos y un puerto importante. Las antigüedades están recogidas y catalogadas, todo a la moderna.

Un paseo por la coshta nos lleva por el Norte a Hrípoli, por el Sur a Haifa. En seis horas de auto se ve la antigua Fenicia, y es curioso descubrir la primera nación comercial del mundo en la antigüedad era una cinta de terreno de 220 kilómetros de largo y de 16 de ancho.

De Sidón pasamos a Tiro y Jafa, entrando ya en Palestina.

Más allá de Haifa se ve una pequeña comunidad de casitas de cemento, rodeada de árboles.

Es el principio de las nuevas colonias agrícolas judías.

De éstas, la más interesante es la de Jezrili, con fuentes y pozos que aseguran el riego al cultivo mixto allí establecido.

De los 760.000 habitantes de Palestina, las tres cuartas partes son mahometanos; el resto lo componen por igual, cristianos y judíos, de estos últimos unos 18.000 colonos de los nuevos plantíos, que se encuentran en su mayoría hacia el lago Tiberíades y a lo largo de la costa entre Haifa y Jafa.

El trayecto de Jafa a Jerusalén es muy corto. Ya nos encontramos en la bíblica ciudad.

¿Habrá ciudad de la que más se haya escrito? ¿Habrá ciudad que más merezca ocuparse de ella?

La capital del País de las Tres Religiones es única.

Conserva su categoría, no por sus rascacielos, ni por su arte bizantino ni por su arquitectura romana, sino por su propia personalidad. Siglos de fervor religioso, de peregrinaciones, de acontecimientos históricos, le han dado un sello de distinción único y marcadísimo.

La cafena

La popularidad del café se debe, principalmente, a su acción estimulante, que proviene de la cafena, principio activo del café. Este alcaloide está contenido en el grano de café en una proporción o porcentaje de 0,9 hasta 1,4 por 100. Muy pobre es el café que contenga menos de dos milésimas partes

de aquélla, y libre de la cafena se encontrará el que contenga solamente ocho diez milésimas partes.

Una taza de café de 125 centímetros cúbicos (1/8 de litro), con 33 gramos de café, preparado en un litro de agua, contiene, según el análisis del doctor M. Breslauer, cafena.

La cafena, es soluble al agua y al alcohol.

LA SAETA DE LA CIGARRERA

Cielos claros. Sol. Y por las calles la gentil arrogancia de las mujeres bajo el palio de no del festejo y espíritu que blonda de las mantillas. Semana Santa sevillana, mezcla de fe y de sensualismo; carne que se quema en el regocijo pagasube hecho estrella, como la misma "saeta" temblorosa, a clavarse en el cielo azul. Semana Santa sevillana, emoción pueril. Y gracia, porque toda Sevilla es gracia.

Riñen unas con otras las parroquias y las cofradías, en pugna por sus imágenes. La Esperanza de Triana no quiere ceder en rango ni en riqueza a la esperanza de los macoreños. La Virgen de Hiniesta —sus cofrades—, discuten a la de los Reyes el patronato de Sevilla. Algún hogar carecerá en San Gil del boyo y del cucurucho de peasito, que sirve para entretener un poco el estómago. Pero todos se sienten ricos con los tesoros de su Virgen, como si de riquezas propias se tratase. De percal puede ser el vestido de la más fúncal de las trianeras; pero ella se envanecerá del oro y del terciopelo que brilla en la espalda de la Esperanza de su barrio.

Y como toda Sevilla, como cada barrio, como cada Congregación, como los carreteros de su "Soledad", como los estudiantes de su Cristo, como los gitanos de su "Cachorro", como las cigarreras se enorgullecen de los pasos de la fábrica de Tabacos. Uno, el de Nuestra Señora de la Victoria, magnífica escultura de Martínez de proporciones, tan pequeño, tan "chavar" junto a las imantadas; otro, el de Nuestro Padre Jesús atado a la columna. Pero era éste tan reducido, genes de las restantes cofradías, que pasaba casi siempre desapercibido para el público espectador de los santuosos desfiles procesionales.

Y al fin, hace algunos años, el director de la fábrica, queriendo mejorar la imagen del Jesús de las cigarreras, encargó una nueva escultura al ilustre don Joaquín Bilbao, quien dió a la obra una corpulencia de atleta. Aquel Jesús era un hermoso ejemplar de gladiador romano, más que el Redentor en el principio de su tormento. Pero quiso el director de la

fábrica que la imagen no fuese vista por nadie hasta su salida del Jueves Santo. Entre las cigarreras todo eran comentarios con respecto al "paso" nuevo. Pero ¿será mu grande, no? —No será tan chiquito como er viejo. Y preguntaban al alto personal de la fábrica y a cuantos podían facilitar algunos detalles.

En aquella época era pagador de la fábrica un señor alto, robusto, con cuello de navarro y biceps de boxeador, que hacía retemblar a su paso las galerías del viejo edificio de la Tabacalera. Y ni él mismo, a quien temían todas las cigarreras, se libró de la preguñita:

—Y diga osté, señó... ¿E bien plantao Nuestro Señor er nuevo?

Al fin llegó el instante solemne. En la calle se apretujaban las mujeres con impaciente nerviosidad, bien colocado en sus cabezas el fulgor rojo de los claveles, anhelantes y ansiosas, con la vista fija en la capilla. ¡El Jesús de las cigarreras tenía que despertar la envidia entre las cofradías sevillanas!

Y apareció, bien iluminado, lento y solemnemente. Pero... en las cigarreras hubo un movimiento de estupor. Aquel Jesús no era Jesús... Ellas no lo querían tan "pequeñito" como el otro, tan mijita; pero tampoco así, tan gordó...

Y el "paso" seguía avanzando entre murmullos, cuando se oyó el ¡ay, ay! de una voz que cantaba una "saeta"

—¡Chist... Chits... Cayarse!

¡Mare mía e la Victoria, qué lástima y qué doló... que t'han quitado a tu hijo y t'han puesto al pagaó!... Redoblaron los tambores, se hizo humo el incienso y vibraron las cornetas de la banda de la Guardia Civil, que escoltaban al "paso". Pero sobre ellas sonaron a coro las risas de toda Sevilla y la "saeta" se hizo célebre...

Tanto como la escultura del insigne Bilbao, que hoy es muy estimado en el cortejo del Jueves Santo en la ciudad de la luz y de la gracia.

JOSE ROMERO CUESTA

ya esterilizada y en condiciones de ser transportada sin que sufra alteraciones.

El mal sabor de la leche se puede corregir calentándola a una temperatura de 50 grados y agregando una substancia que puede ser el catolita, procedente de la leche de vacas. Entonces el agua oxigenada se descompone en agua

y oxígeno; éste se desprende y queda un solo gramo en cada litro.

De todos los experimentos realizados se ha llegado a la conclusión de que la leche así tratada no altera en nada sus condiciones, y su sabor es tan perfecto como si se hubiese acabado de ordeñar.

VIRTUDES Y HERMOSURA DEL ZAFIRO

Cuando es de grandes dimensiones y de color uniforme, de limpieza perfecta, el zafiro adquiere un gran valor, igual al del diamante; pero, frecuentemente, la piedra es slechosa y de matiz algo indeciso. Los más bellos zafiros conocidos forman parte de los guardajoyas nacionales de los diferentes países. ¡El famoso zafiro del collar de la reina estaba estimado en ciento setenta mil francos en el siglo XVIII!

Estas piedras preciosas provienen de Persia, de la Arabia y del Brasil.

Se distinguen varias suertes de zafiros: el zafiro macho, azul indigo; el zafiro hembra, azul celeste; el zafiro de agua que es azulado, claro o verdoso. También los hay parduscos y grises. Estos provienen de Baviera. En Finlandia, en el Brasil y en Ceylán, hay, asimismo, zafiros de agua.

El zafiro blanco es un corindón incoloro que la talla hermosea mucho.

Se ha extendido el nombre de zafiro a una porción de piedras que no lo son, tales como el zafiro del Puy y el del Brasil. Son, sencillamente, piedras azules, que no tienen la composición química natural del zafiro. El zafiro "reconstituido" les es muy superior, puesto que tiende a representar en las más aproximadas proporciones las del verdadero zafiro. Sólo difiere, y en ello se distingue de la verdadera piedra preciosa en la dureza real de ésta.

EN LA CASA DE PENSION

La patrona. — ¿Qué le parece a usted el café?

El nuevo huésped. — Tiene algo bueno y algo malo.

La patrona. — ¿Y qué es?

—El nuevo huésped. — Tiene de bueno que no es achicoria, y de malo que no es café.

TODOS TENEMOS QUE VIVIR

—Cuando no estoy bien voy al médico, porque también los médicos tienen que vivir; compro la medicina en la farmacia, porque también los farmacéuticos tienen que vivir, y cuando llego a casa la tiro.

—¿Por qué?

—Porque también yo tengo que vivir.

CONYUGAL

—No te marches, Amparo... te lo ruego...; no te marches...

—¡Ah! Comprendes que no puedes vivir sin mí.

—...no te marches sin decirme dónde tienes la llave de la bodega.

NO MENTIA

El dependiente. — Necesito que me dé usted permiso para no venir esta tarde. Mi abuela se ha muerto.

El patrón. — ¿Pero no le dí a usted permiso una tarde, hace un mes, por que su abuela había muerto?

El dependiente. — Sí, señoría; pero todavía sigue muerta.

Esterilización de la leche en frío

El doctor Being, deseoso de corregir deficiencias observadas en los métodos empleados para puri-

ficar la leche, ha ideado un procedimiento para esterilizarla en crudo, dejando intactos todos sus valores nutritivos. Este procedimiento está basado en la acción bactericida del perhidrol o agua oxigenada y la operación se practica del modo siguiente: agréguese un gramo de agua oxigenada por litro en las vasijas destinadas a la leche, después del ordeño, y por este procedimiento la leche quedará

Un viaje involuntario por Luciano Biart

CAPITULO X

EL DAVIS

A pesar de sus maneras sencillas, familiares y de sus rasgos de originalidad, el señor Pinson era un hombre muy entendido en diversas materias y muy afable en su trato. Desvanecida la pesadilla de su viaje forzoso a la América del Norte, recobró su buen humor y sus facultades intelectuales, siendo para todos un buen compañero. De consiguiente, a las veinte y cuatro horas de haberse embarcado a bordo del "Fulton" podía llamarse amigo del comodoro y de los demás oficiales, que, sin excepción, hablaban bastante bien el francés. El comodoro era un lobo marino que peinaba canas y que había aprendido su oficio más bien práctica que teóricamente, al par que le aburría cuanto no se relacionaba con su carrera. Bueno y humano, sólo era implacable cuando se trataba de ejecutar alguna maniobra en su buque. Tenía formada la mejor opinión de su país, no admitiendo que pudiese haber otro superior, y hasta se le hacía cuesta arriba como suele decirse, convenir en que pudiesen estar al mismo nivel las naciones más adelantadas de la vieja Europa. Poco le costaba sostener enérgicamente, si a ello se le empujaba, que Inglaterra fué antiguamente colonia americana, y que Cristóbal Colón, hijo de Nueva York y no de Génova, había sido el descubridor del viejo continente. Esta admiración ciega y paradójica por cuanto atañe a la nacionalidad, peculiar de la raza norteamericanas, es, sin que lo parezca, una de las palancas motoras de aquel pueblo vigoroso. En los Estados Unidos, como acontecía antes en Atenas y en Esparta, todos los ciudadanos están prontos a sacrificar su fortuna y su vida para justificar la supremacía que atribuyen a su país.

La historia de Azogue, que detalladamente contó el señor Pinson, contribuyera a que el huérfano se captase las simpatías de todos los de a bordo si ya no las hubiese merecido por su buen porte, su urbanidad, su inteligencia y viveza. Esto permitió al muchacho ejercitar su actividad de ardilla; e iba sin cesar, más contento que unas pascuas, de la cala a la toldilla, de babor a estribor, de la proa a la popa del "Fulton", siempre dispuesto a ayudar a los que trabajaban, sea cual fuese su ocupación.

El comodoro americano se portó muy bien, pues no sólo el señor Pinson y su pupilo fueron inscriptos en el registro de la oficialidad, sino que se les permitió participar de su mesa. Azogue (indicio indudable de que en sus primeros años había recibido una buena educación) ocupaba dignamente su puesto en medio de aquella grave tertulia. A pesar de su existencia semi-vagabunda, el chico había conservado su natural distinción; y poco a poco, gracias a la educación, no hay duda que

se convertiría en hombre de provecho.

El señor Pinson creyó que de ningún modo podía emplear mejor el tiempo que forzosamente había de pasar a bordo del "Fulton", que estudiando el inglés; así pues, tomó a Azogue por profesor: en cambio, por medio de hábiles preguntas se informó del estado de instrucción del muchacho. De esta suerte le fué dado responder de un modo adecuado a las incesantes averiguaciones de su pequeño compañero, instruyéndole convenientemente sobre los puntos en que éste estaba a oscuras. No era bocado

contrado a mi amigo y a mí? Gracias al viaje de Boisjoli, volverás al seno de tu familia, pues ha quedado que le prometiese que no te abandonaré, y toda promesa que yo hago a Boisjoli, para mí es sagrada. Mi amigo, querido, es persona muy entendida en su carrera, cosa que sabrás más adelante, ya que probablemente oírás hablar de él. Además, posee un corazón noble como aquellos que, según decía ayer con harta injusticia nuestro comodoro, sólo se encuentran en los Estados Unidos.

—Usted también, caballero, pertenece al número de esos corazos-

dijo cierto día Azogue al señor Pinson, que la embarcación en que estamos navegando lleva el nombre de un ingeniero americano, inventor de los buques a vapor. ¿No es verdad que esto es una de las preocupaciones del comodoro?

—De ninguna manera, muchacho. Roberto Fulton es verdaderamente norteamericano, pues nació en Pensilvania el año 1785. Primero fué pintor, y creo que pintor bastante malo: arrastrado por su natural afición a las ciencias mecánicas, empezó a estudiar, inventando en primer término una máquina para aserrar mármol, luego un barco submarino destinado a destruir las otras embarcaciones, barco que, modificado y perfeccionado por sus compatriotas, se ha convertido, bajo el nombre de torpedo, en una de las más formidables máquinas de guerra de nuestros días. Empero el invento que ha inmortalizado el nombre de Fulton, es la aplicación del vapor a la navegación, cuya prueba llevó a cabo en Francia de 1802 a 1803. A la sazón nadie vió en la pesada e imperfecta máquina que presentó al público, el porvenir que tendría una vez perfeccionada. De regreso a la América del Norte, Fulton construyó otra embarcación que, con gran admiración de los habitantes de Nueva York, no tardó en recorrer el río Hudson, entre aquel puerto y Albany.

—Yo creía, dijo Azogue un tanto mortificado, que lo que me había contado el maquinista respecto a ese Fulton, era preocupación suya.

—¿Y por qué suponías esto, querido?

—Mas me gustara que tan magnífico invento fuese debido a un francés.

—Siendo así, puedes consolarte, contestó el señor Pinson, ya que, a pesar de lo que afirmaba ayer el comodoro, cuando tocamos este asunto, los franceses no son del todo ajenos al invento de los vapores, "steamers" o "piróscafos", pues se les conoce con estos tres nombres. En 1695 el francés (Papin diseñaba el plano de un buque provisto de remos movidos por vapor; en 1699 otro compatriota nuestro, Duquet, trataba de reemplazar los remos de las galeras con ruedas provistas de paletas; en 1753 el abate Gautier, de Luneville, leía ante la Academia de Nancy una Memoria sobre el mismo asunto. Además, en 1775 Pèrier construía en París, un buque a vapor que recorrió el Sena, experimento repetido en 1780 en el río Doubs por el marqués de Jouffroy. Háse dicho hasta la saciedad que Fulton presencié estos dos últimos experimentos, lo cual es un error mayúsculo, pues por aquel tiempo aun no había nacido el ingeniero norteamericano. Sin embargo, no cabe duda que éste tuvo conocimiento del invento del marqués de Jouffroy, y sin querer rebajar el mérito de Fulton es permitido hacer justicia a nuestro compatriota, a quien, por otra parte, la Academia de ciencias de París acaba de conceder los honores de la prioridad



A unos cuatro kilómetros de distancia apareció otro buque incendiado.

sin hueso el empleo de profesor de Azogue, y el señor Pinson pronto lo notó. El chico quería profundizar todas las cuestiones, de suerte que las benévolas explicaciones de su maestro excitaban en alto grado su curiosidad, pero no llegaban a satisfacerla del todo.

Empezó nuevamente a refrescar la atmósfera y a llover; por lo tanto, el señor Pinson y su discípulo solían pasar el tiempo en el salón, entretenidos en la lectura de los libros que los oficiales les habían prestado.

—No sabes, picaruelo, dijo una noche el ingeniero a Azogue, que has tenido suerte en habernos en-

nes, contestó sin titubear Azogue, y poco me faltó para interrumpir al comodoro y demostrárselo, citándole como prueba de mi afirmación su desprendimiento en comprar el calentador a la tía Pitch.

—Boisjoli fué quien lo compró, muchacho; te lo he dicho varias veces y debieras estar convencido de ello.

Terminada la lección, Azogue estrechaba la mano al señor Pinson en señal de reconocimiento, y luego, para distraerse, se dirigía a ver funcionar la máquina, o presenciaba alguna maniobra.

—Me acaban de informar, señor,

sobre el invento que nos ocupa? (1)

—Referiré todo esto al maquinista, dijo Azogue, para probarle que los franceses no se muerden el dedo. Y dígame usted, caballero: ¿por qué la máquina del "Canadá" se movía por medio de ruedas y el "Fulton" anda con el auxilio de la hélice?

—La hélice sí que es invención francesa, replicó el señor Pinson: Duquet o Dr. Quet, que acabo de citarte, fué el primero que la concibió. En 1803 Carlos Dallery publicó una Memoria en la que se describe con gran copia de datos la hélice propulsora. Con todo, la primera que empezó a funcionar convenientemente, había sido construida en 1836 por el capitán sueco Ericsson.

—¿De modo que la hélice es preferible a las ruedas? — preguntó Azogue.

—La hélice, amigo mío, es muy conveniente para los buques de guerra, ya que las ruedas son destruidas fácilmente por las balas del contrario. Otra ventaja tiene a saber: el poder las embarcaciones que de ella están provistas, navegar a fuerza de velas, pues son más ligeras y veloces que las dotadas de ruedas. La hélice de un buque (conviene que lo sepas) se sumerge en el agua a la profundidad de sesenta centímetros, poco más o menos, y puede dar doscientas revoluciones cada minuto: su mecanismo, que azota el agua de la misma suerte que el aire las aspas de los molinos de viento, es decir, oblicuamente, hace que la embarcación recorra los mares con una velocidad de ocho a diez millas por hora.

A los cinco días de haber sido recogidos por el Fulton y a eso de las tres de la tarde, el señor Pinson se encontraba en la proa de la nave: como de un momento a otro debían aparecer en lontananza las costas de Inglaterra, el corazón del ingeniero latía violentamente. El "Fulton" iba a cruzar el paso de Calais, visitando de pasada los puertos inmediatos, en busca del atrevido corsario que meses hacía estaba causando graves perjuicios al comercio norteamericano, incendiando cuantas embarcaciones encontraba.

—¡Tierra! ¡Tierra! — gritó al poco rato un marinero.

Embargada la mente por mil ideas, costó trabajo al señor Pinson distinguir la tierra en medio de la blanquecina nube que asomaba a lo lejos y por encima de las ondas. Al ver que la nube no se movía y que sus contornos se hacían a cada instante más visibles, el contento hizo asomar algunas lágrimas a los ojos del ingeniero, quien se apoyó con más fuerza en el hombro de Azogue. Este, recordando a Robinson y a su compañero, la América, los tigres, etc., murmuró:

—¡Qué lástima! Mucho me alegra la idea de que voy a ver a la tía Pitch; sin embargo, ¡cuánto me hubiera gustado divisar alguna isla!

La costa que estaba a la vista era la del cabo Lizard; una vez reconocido, el "Fulton" se hizo mar adentro y se encontró a la embocadura del canal de la Mancha, no tardando en aparecer los mástiles de algunas embarcaciones. El comodoro y sus oficiales, provistos de anteojos, examinaron cuidadosamente dichas embarcaciones, comunicándose sus impresiones.

Cambiando bruscamente de dirección el "Fulton", encaminóse hacia un bergantín bastante grande, al que alcanzó antes de una hora de marcha. Al ver la nave de guerra, el bergantín izó el pabellón sueco. El "Fulton" dió una vuelta a su alrededor, contestó a su saludo y luego hizo rumbo hacia otra embarcación que se veía a la izquierda. El señor Pinson se sintió muy conmovido cuando vió flotar a popa de ese buque el pabellón tricolor de Francia, el cual fué izado y arriado por tres veces consecutivas, a guisa de saludo a la estrellada bandera de los Estados Unidos.

Este buque venía del Havre, y participó al comodoro que el corsario que buscaba estaba en Cherburgo, donde había tenido que arribar por avería. Como se comprenderá, este dato era muy precioso para el marino norteamericano; así pues, inmediatamente ordenó hacer rumbo hacia el gran puerto francés.

—Va usted a ver como danzamos, mi buen ingeniero, dijo el comodoro al señor Pinson, si, como estoy persuadido, logro aferrar al "Davis", cazador de pececillos que no se atreve a hacer frente a los tiburones. No ignero que sus compatriotas son entendidos en

patriota, y siempre que a su presencia se atacaba a su nación, aunque fuese indirectamente, salía a su defensa. Empero en el caso presente le tenía tan contento la idea de que dentro de algunas horas saltaría en tierra y podría dirigirse a donde más le acomodara, que de buena gana convino con el comodoro en que, la manera como los norteamericanos lanzan una bala o la reciben, es la más perfecta y noble de todas.

—¿Acaso Cherburgo se parece a Liverpool? — preguntó Azogue al ingeniero.

—No, amiguito; Liverpool es un puerto mercantil, y Cherburgo ante todo es puerto de guerra, el único que posee Francia en el canal de la Mancha, y el cual ha tenido que crearse. Allí verás un dique que mide tres mil ochocientos sesenta y seis metros, detrás del que puede abrigarse una escuadra. Antes de volver a Londres visitaremos las conchas abiertas en la peña viva, obras todas que, a despecho de las aseveraciones del comodoro, los Estados Unidos no han logrado sobrepujar.

Las sombras de la noche empezaron a envolverlo todo; el "Fulton" seguía la dirección que toman las embarcaciones de Hamburgo, Fiesinga, Amberes, Portsmouth, Dunkerque, Havre, etc., para desparramarse después por el Océano y llevar hasta los confines del universo las producciones de la industria europea. Dos marineros fueron colocados de cuarto para evitar cualquier choque. A eso de las nueve de la noche pasaron a la vista del "Fulton" dos goletas, y una hora más tarde un bergantín norteamericano. Como el barco corsario que buscaba la nave de guerra tenía las mismas dimensiones que el que se veía a sotavento el comodoro pensó por un momento que había encontrado al enemigo. Interrogado con la bocina, el bergantín declaró que había salido del Havre, confirmando la noticia suministrada por la fragata encontrada durante la mañana, a saber: que el "Davis", armado con veinte cañones y tripulado por trescientos hombres, estaba anclado tranquilamente en la rada de Cherburgo.

A bordo del "Fulton" habíase verificado zafarrancho de combate, es decir, las baterías estaban prontas a hacer fuego, las hamacas y cuantos objetos pueden entorpecer las maniobras habían sido trasladados al puente inferior. Oficiales, artilleros, timoneles, todo el mundo estaba en su puesto: el comodoro se instaló sobre la toldilla.

—¿Van a batirse de veras, caballero? — preguntó Azogue al señor Pinson, a quien seguía a todas partes.

(1) Mucho antes que Papin y que todos los inventores franceses, nuestro célebre navegante Blasco de Garay había ideado hacer navegar las galeras sin velas y sin remos, pudiendo considerarse esto como el primer ensayo de la aplicación del vapor a la marina, ensayo que se verificó en el puerto de Barcelona el 17 de junio de 1543 en un buque de doscientas toneladas llamado "La Trinidad", interviniendo en este negocio muchos sujetos de categoría. El ensayo, según el informe de los testigos, salió bastante bien; pero empujado Carlos I en expediciones y guerras que absorbían toda su atención, no prestó al proyecto de Garay la que merecía, limitándose a darle 200.000 maravedís y algunas mercedes. Este célebre español murió antes de 1552, transmitiendo la invención a su hijo. — (N. del T.)

(Continuará.)

PENSAMIENTOS

La abyecta adulación y la ciega condescendencia a todo, degradan al hombre, así como la sistemática contradicción y el agrio disputar, disgustan. Pero conserva su dignidad aquel que sostiene modestamente su opinión y, por complacer, sabe adaptarse a la ajena. — CHESTERS FIELD.

El verdadero goce es el que nace de la virtud, después del sufrimiento. — GUARINI.

La ambición de ampliar el dominio del hombre sobre la naturaleza, el de la moralidad sobre los instintos, el de la ciencia sobre la ignorancia, el de la justicia sobre la iniquidad; esa es la sola ambición verdaderamente laudable y saludable. — C. CANTU.

Un río parece caudaloso a quien no ha visto nunca otro más grande; lo propio acontece con un árbol, con un hombre y con todas las cosas, cuando nada mayor se vió de la misma especie. — LUCRECIO.

No hay nada tan propenso a reclamar la tiranía de los poderes fuertes como el espanto y la cobardía cuando se apodera del alma de los pueblos débiles. — MELQUIADES ALVAREZ.

Prefiere el hábito de hablar tan pausadamente como se escribe, al de escribir tan veloz como se habla. — PITA GORAS.

De la propia muerte que saber, también el dudar es meritorio. — DANTE.

—Nada hay inútil para las personas de buen criterio. — LA FONTAINE.

Cuando lo útil llega a ser la medida de todo, lo es también de la constitución política. Ahora bien; no hay regla más variable, criterio de las verdades menos seguro que ese, pues lo que hoy pasa por útil, ya mañana no lo será. Por otra parte, cuando no importa el cómo el principio de lo útil ha llegado a ser exclusivamente dominante en una nación, sofoca en su seno todo germen de grandeza, toda energía moral. — SCHELLING.

En el resto de la noche el "Fulton" examinó ocho embarcaciones más, ya que las cercanías del canal de la Mancha véanse frecuentadas continuamente por buques procedentes de Ultramar o que se dirigen a aquellos países. Dos o tres veces interrogó el comodoro a los capitanes de aquellas embarcaciones, inquiriendo de donde procedían y a donde iban. El último interrogado fué un barco norteamericano, habiendo durado la plática por espacio de quince minu-

achas de guerra, pero usted se convencerá de que tocante a este punto los norteamericanos saben donde les aprieta el zapato.

—Supongo que a lo más que pueden aspirar, observó el señor Pinson, es a buscar la muerte en la refriega.

—Ha dicho usted la verdad, amigo mío; pero hay varios modos de buscar la muerte, y me comprometo a probarle que nuestro método es el mejor de todos.

El señor Pinson era un buen

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para impedir la formación de mohos en los rótulos de las botellas y evitar que se caigan péguense con engrudo añadiendo al agua que se emplea para hacerlo un poco de borax, en frío. La goma no puede prepararse con agua de borax, porque estas dos sustancias juntas forman una combinación insoluble. Si los cuellos de las botellas, una vez encochadas y antes de poner la cápsula, se empapan en agua de borax, no se formará nunca moho entre la cápsula y el corcho.

Fotocolotipia. — Se cogen placas dobles (por lo menos de 1 cm. de espesor finamente esmeriladas, se calientan, y se pasa por encima una pluma con un poco de alcohol para quitar todo rastro de humedad. Sobre ella, se extiende una solución de

Cerveza, 180 cm.3.

Silicato de potasa líquido, 35 cms.3.

Se dejan secar en un sitio templado y resguardado del polvo, durante veinticuatro horas; después se lavan con muchas aguas y se dejan secar de nuevo.

Al propio tiempo se tiene en 150 cm.3 de agua durante una hora por lo menos, 13 gr. de gelatina de Wintgerthur; después se la disuelve al baño de maría añadiendo la siguiente solución y filtrando después la mezcla.

Agua, 48 cm.3.

Bicarbonato de potasa, 1 gr.

Bicromato de amoníaco, 1 gr.

Las placas que se quiere preparar habrán sido colocadas en la estufa, a 40.º. Se extiende sobre ellas la mezcla, dejándola secar. Manteniendo durante dos horas una temperatura constante de 40.º, las placas quedarán secas y prontas para usarlas.

Después de la exposición se hace que la placa quede libre del bicromato. Se pone por dos veces un poco de alcohol sobre la imagen y se deja secar.

Cuando quiera empezarse el tiraje se pone la placa horizontal y se sumerge durante una hora en la preparación siguiente:

Agua, 500 gr.

Glicerina, 500 gr.

Nitrato de potasa, 50 gr.

El éter y la bencina, que tantos servicios prestan a las industrias ofrecen la dificultad de que su manejo requiere muchas precauciones por efecto de su gran inflamabilidad.

El "Journal de Petrole" dice que para hacerlos incombustibles, basta mezclarlos con tetracloruro de carbono en proporción conveniente.

Este producto es un cuerpo volátil que se disuelve perfectamente en frío, en la bencina, en el éter y en el alcohol. Lo que hace falta, tomar las proporciones exactas, que son variables, pero fáciles de determinar por medio de ensayos sencillísimos.

Por lo que se refiere a la bencina, se obtiene la incombustibilidad absoluta, disolviéndola en ella de 25 a 30 por ciento de tetracloruro de carbono.

Los objetos de bronce sucios y polvorientos se limpian frotándolos con un trapo ligeramente mojado en aceite común.

Lo primero que hay que hacer es quitarles cuidadosamente el polvo y aplicar luego el aceite de modo que cubra bien todo. Después se quita el aceite que quede con un trapo limpio, y, por último, se pu-

limenta con una gamuza.

Para que entre bien el aceite en las rendijas del objeto conviene usar una brochita.

El vino de grosellas es una bebida agradable y sana, que se conserva muchos años.

Para hacerlo se cogen las grosellas cuando estén perfectamente maduras, procurando hacer la recolección en tiempo cálido y seco. Se echan después en una cuba o tina, seca y limpia, dejándolas dos días en seco, pasados los cuales se desgranán y se machacan, añadiendo azúcar y agua en esta propor-

ción: diez litros de agua, en la que se hayan disuelto cuatro o cinco kilos de azúcar blanco, por cada cinco de fruta.

El líquido obtenido se deja en una cuba, sin llenarla más que hasta los dos tercios de su altura, para que fermente unos cuantos días, cuidando de moverlo, por lo menos, dos o tres veces al día.

Acabada la primera fermentación, cosa fácil de reconocer por la disminución de burbujas gaseosas, se prensa y se echa el líquido en una bombona o en otro tonel para que se efectúe la segunda fermentación, que dura poco más tiempo que la primera, y sólo resta que el vino se aclare para embotellarlo. Las botellas deben guardarse en la bodega echadas.

El vino de grosellas tiene un color encarnado, rosáceo muy bonito; es muy transparente, muy agradable al paladar y se pone algo gaseoso cuando lleva algún tiempo embotellado. La proporción de alcohol es de 10 a 12 por 100 y de 9 o 10 por 100 la de los ácidos libres.

La receta precedente se puede recomendar a los que tratan de fabricar vinos de poca fuerza alcohólica, disminuyendo la proporción de azúcar.

Los baños de fijado fotográfico tienen un límite, más allá del cual su acción es lenta e incompleta. Un litro de solución de hiposulfito, al 15 por 100, puede fijar 100 placas 9 x 12. En cambio no fijará sino 50 placas de las mismas dimensiones, si la solución contiene un 15 por 100 de bisulfato, y 75 placas si se ha añadido al hiposulfito un 5 por 100 de alumbre o cromo. Se averigua de un modo fácil y práctico si el baño está para ser tirado por la ventana, echando una gota de líquido en un trozo de papel. Si la mancha se ennegrece a la luz del día, el baño está cansado y no sirve; si por el contrario, permanece blanca, el hiposulfito es utilizable aún.

Barniz blanco para la madera. — En medio litro de alcohol se disuelven batiéndolo a cada momento, 235 gramos de laca blanca y unos 10 gramos de borax finamente pulverizado.

Crando la mezcla se pone homogénea, se filtra por una muselina y queda el barniz en disposición de usarse.

Pasta para pulimentar metales. — Resulta muy buena, la que se hace con estos ingredientes: media libra de tripoli pulverizado, una libra de jabón blanco y dos cuartillos de agua filtrada.

Se hierva todo durante media hora, y se guarda en botes.

Para usarla, se aplica a los objetos con una franela y se pulimentan con trapos suaves.

El apmela:

LA COMEDIA NUEVA

—Aquí la Banca Tollemard.
—Al habla, Usted dirá.

—Soy yo, querido amigo Tollemard. Ante todo mi enhorabuena. Por los periódicos he sabido que ha tenido usted anteanoche un gran éxito.

—Han sido muy amables conmigo.

—¡Cállese usted, hombre modesto! He oído que la comedia se representará quinientas noches.

Eso me ha dicho el empresario. Cree que hay obra para dos temporadas.

—Pues voy a molestarle a usted. Mi mujer está loca por ir esta noche a ver su comedia. Estoy seguro de que en las agencias ya no habrá billetes a la venta pero usted me diera una tarjeta con unas palabras suyas es más fácil que encontrara dos butacas en el teatro, o en alguna agencia. Desde luego pagando lo que sea. ¿Cuanto con la tarjeta?

—Usted se merece algo más que eso, querido Tollemard. Voy a ocuparme yo mismo de sus billetes.

—¡Cuánta amabilidad! ¿Y cómo sabré que tengo los billetes?

—Se los enviaré a su despacho a las 5. ¡Le parece bien!...

A las cuatro, el autor entra en el despacho del empresario.

—Necesito dos butacas para esta noche. Se las he ofrecido a Tollemard.

—¡Pero estás loco! Todo está vendido.

—Pues necesito esas dos butacas, sea como sea.

—Ya sé que debes dinero a Tollemard; pero aún así...

—No me convences. Mira, voy a hacer una cosa. Iré al despacho a ver si por casualidad no han recogido alguno de los encargos para esta noche, y si así fuera pagaré el importe de los billetes.

—Haz lo que quieras. Respeto todas las generosidades, aun las más estúpidas.

El autor encuentra en el despacho las butacas números 56 y 58, que ha devuelto un abonado, por causa de enfermedad. El autor paga sus 120 francos,

se guarda los billetes y envía al banquero Tollemard su tarjeta con los números de las butacas, como si se tratara de dos localidades de favor. "No quiero—quiero—escribe en la tarjeta—que pague usted por ver una obra mía. Adjunto dos butacas que he podido arrancar a la rapacidad de mi empresario."

Por la noche, el autor, antes del primer acto, mira la sala por el agujero del telón. Las butacas 56 y 58 están ocupadas por un señor grueso y vulgar y una señora endomingada que no tiene el menor parecido con la elegante pareja que forma el matrimonio Tollemard.

¿Qué ha ocurrido? El autor se precipita a la entrada, donde le enseñan su tarjeta, que han presentado los ocupantes de las butacas.

Es un misterio que hay que aclarar. Al día siguiente, a una hora en que el autor sabe que Tollemard está en su despacho, llama al teléfono. Y he aquí que escucha una conversación que sostiene una voz muy conocida, la de Tollemard, con otro abonado. Oye hablar de teatro y se dispone a escuchar atentamente.

—No—dice la voz de Tollemard—. Debíamos ir al teatro a ver la obra de nuestro amigo. Los periódicos le han hecho un reclamo formidable; pero debe de haber mucha exageración en lo que han dicho. Figúrese usted que ayer, para la tercera representación, ya daban billetes de favor.

—¡No es posible!

—Pues es verdad.

—Me sorprende usted.

—Pues es como se lo digo.

Me mandaron dos butacas. Comprenderá usted que en cuanto vimos que los billetes eran de favor, a mi mujer y a mí se nos quitaron las ganas de ir al teatro, y nós fuimos al "cine". Le di las localidades a mi cajero. Por cierto que tengo que escribir al autor, por si hubiera notado que no estábamos en el teatro. Le diré que me puse repentinamente enfermo. Es un recurso muy socorrido.

TRISTAN BERNARD.

¿Qué le ha ocurrido a Charles Chaplin? — Para los que creen que la tarea de filmar constituye un grato entretenimiento, un trabajo libre de todo peligro y que lleva a la gloria y a la fortuna por carriles de felicidad, conviene decir que no es tanta la belleza ni tanta la dicha que propende a la labor de producir una película.

La historia de la cinematografía está llena de sucesos impresionantes, dolorosos y fatales. La ficción del cine es en la mayoría de los casos la realidad de un sufrimiento cuyo hecho no llega a su verdadera percepción por parte del público, porque este siempre piensa en que las cosas representadas carecen de toda vinculación íntima con lo que se observa en la tela.

Se ha preguntado alguna vez el espectador si cada vez que él experimenta una emoción es porque ha tenido que sentirla, el artista que la trasmite durante el desempeño del papel que representa? Indudablemente que algunos así lo habrán creído, pero, y esto es lo que debe observarse, la mayoría no ha entrado a especular mentalmente sobre tan interesante cuestión. Pero dejemos de lado este tema que corresponde a otro orden de cosas más profundas y que no encuadra en el motivo de la presente nota. Entre las incontables inconveniencias del mentado oficio, se incluye la de la alimentación de los artistas en los días de trabajo. Ciertamente en los estudios hay restaurantes en los que se ofrecen comidas sanas que nunca ponen en peligro la salud de los concurrentes. Pero, y ello puede ocurrir en cualquier parte, no siempre se ha de estar a salvo de la probabilidad de algún percance. En numerosas ocasiones la indigestión de alimentos en conserva ha producido serios trastornos intestinales, peligro el que acecha constantemente a los artistas cinematográficos, quienes por razones de trabajo deben recurrir a su consumo sobre todo cuando se hallan filmando en parajes alejados de toda población. Ultimamente, el cable, nos ha dado la poca grata noticia del desvanecimiento que el admirado Charles Chaplin sufrió mientras actuaba en una de las escenas de la película que prepara para regocijo y entretenimiento de su público adicto. Fué el desvanecimiento un accidente al que los médicos que atienden al gran bufo consideraron de gravedad porque provenía de una intoxicación de orden alimenticio, provocado por la acción alcaloidea re-

Notas cinematográficas

sultante de la descomposición de sustancias animales ingeridas. A ese veneno se le llama ptomaina y se forma de los microscópicos cadáveres que se descubren en las materias alteradas de origen animal, como hemos dicho. Y porque Chaplin ha sufrido tan lamentable percance? Es, el indicado, un mal que puede sufrirlo cualquiera en cualquier parte. Chaplin se hallaba en su estudio produciendo para Artistas Unidos una película. Necesidades propias del trabajo lo obligaban a una alimentación sim-

plática de vagabundo que vé la vida por el cristal de su grotesca tragedia; ese Carlitos, ese Charles Spencer Chaplin, héroe en su trabajo, entusiasta en su creación, guarda cama a estas horas por no cuidarse a sí mismo porque todo él está entregado a su público a quien, para regocijarlo dándole nuevas obras, descuida su propia salud deseoso de terminar cuanto antes lo que tiene en ejecución. (Para él su mayor placer es saber que sus admiradores se sienten felices cada vez que le llevan a sus

GRATIA PLENA

Todo como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como margarita sin par,
al influjo de su alma celeste, amanecía...
Era llena de gracia, como el Avemaría.
¡Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad, la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular...
Más que muchas princesas, princesa parecía.
¡Era llena de gracia, como el Avemaría.
¡Quien la vió no lo pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar
y cadencias arcanas halló mi poesía...
Era llena de gracia, como el Avemaría.
¡Quien la vió no lo pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto! ¡Cuánto! la quise. Por diez años fué mía;
... pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Avemaría.
y a la Fuente de Gracia de donde procedía,
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Amado NERVO

ple, compuesta en su mayor parte de carnes y pescados en conserva. De aquí sobrevino la intoxicación que hoy sufre, pero que al decir de los facultativos que lo asisten mejorará en breve tiempo, aun cuando el mal deja casi siempre mellas cuya desaparición impone un prolongado tratamiento de meses, sin que esto signifique al paciente el abandono de su trabajo.

Nuestro gran Carlitos, regocijo de chicos y grandes, el Carlitos de la sonrisa que es hábito de una fi-

liza y a su corazón la risa de una hora, que será siempre para todos una hora de olvido bajo la alegre sensación de una tonificante humorada, que siempre obliga a pensar en lo que somos y en lo que es el mundo...

Douglas Fairbanks acaba de registrar un gran éxito con "El hombre de la máscara de hierro". — En el teatro Rivoli, de New York, se estrenó hace algunos días la extraordinaria película de Artistas

Unidos titula "El hombre de la máscara de hierro", cuyo protagonista, como se sabe, lo fué el popular Douglas Fairbanks, que goza también de grande admiración en la Argentina. Douglas, a juzgar por lo que informa un telegrama recibido recientemente, debe estar a estas horas bajo la más regocijante impresión de su éxito artístico, por cuanto todo el público neoyorquino comenta con avidez el entusiasmo que produce el nombrado film. Los datos al respecto no pueden ser más precisos ni más fehacientes en lo que ha resultado de taquilla se refiere. A tanto llega el público dispensa a "El hombre de la máscara de hierro", que el Rivoli ha visto con dicha obra superado su último record de entradas. Hasta, antes del estreno del film de Fairbanks, detentaba el orgullo de haber dado mayor rendimiento, la cinta "Squaddy", de Harold Lloyd, obra ésta que en la primer semana había llevado a la boletería la suma de 49.000 dólares, siendo el término medio de la entrada normal del Rivoli de 37000 dólares. "El hombre de la máscara de hierro" ha llegado a batir todos los grandes registros de entradas de dicho teatro, puesto que en su primer semana de exhibición permitió contar en taquilla la respetable cantidad de 299.999 dólares. con su elocuencia, deja entrever que entre nosotros habrán de resultar pequeños todos los cines cuando tengan en cartel la última obra de Douglas Fairbanks.

"La mujer que fué vendida". — La Corporación Argentina Americana de Films ha comenzado a exhibir "La mujer que fué vendida", producción alemana del director E. A. Dupont, en la cual aparecen como principales intérpretes Lil Dagover, Eberhard Leithoff, Hans Alendorff, Margarita Kupfer, Luis Ralph y Arnoldo Korff, todos ellos ventajosamente conocidos en los escenarios europeos.

"La mujer que fué vendida" condensa el romance de una joven huérfana a quien una mujer falta de escrúpulos precipita por la pendiente de la vida, pero que luego resulta esposa del seductor. Muere éste después de dramáticas peripecias y la joven se convierte en una célebre cantante de ópera, con la ayuda de su antiguo novio, quien, hallándola redimida del pasado, se casa por fin con ella.

"Mise en scena", fotografía inmejorable, adaptación inteligente e interpretación ajustada, son las principales características de este fotodrama.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábado, de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.—	Semestre \$ 6.—	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.—	Año \$ 11.—	Año \$ oro 8.00
No suelto \$ 0.20	No suelto \$ 0.25	
No atrasado \$ 0.40	No atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, coladores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

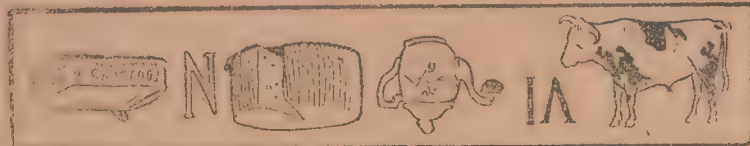
Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.—	\$ 7.70
Tapas sueltas	" " " 8.—	3.—
" " " chico	" " " 6.—	2.—
" " " grande	" " " 6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 30 — FRASE CRIOLLA



N.º 31 — CHARADA

Dos dos al prima segunda
la tos le ha vuelto a em-
pezar,
pues tomando pastillas de
tres dos
seguramente el todo ha de
cesar.

N.º 33 — JEROGLIFICO

Q Una dos tenemos todos
dos primera está en el mar,
y en el monte está mi todo,
que es codiciado animal.

N.º 35 — CHARADA

Segunda primera, no
hagas el prima primera,
porque seas ya dos dos.
Tómate esa todo entera.

N.º 36 — COMPRIMIDO

NOTA $\frac{1}{2} \frac{1}{2} \frac{1}{2}$
K 000

N.º 38 — JEROGLIFICO COMPRIMIDO



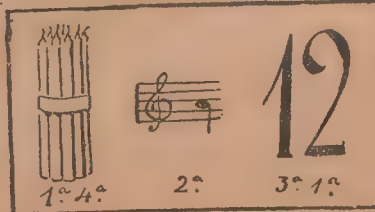
N.º 32 — JEROGLIFICO



N.º 34 — FRASE EN ACCION



N.º 37 — CHARADA

SOLUCIONES DEL
NUMERO ANTERIOR

- N.º 20 — Limadura.
" 21 — Camisa.
" 22 — Ladina.
" 23 — Andar paquete.
" 34 — Escena.
" 25 — Desolado.
" 26 — Reglamento.
" 27 — Remata.
" 28 — Mirador.
" 29 — Calderón entró de guardia.

—Tiene usted mucha razón, señora mía, en decirme que la casualidad es muy extraña. Yo no había vuelto a esta playa desde hace doce años. Me traía a la memoria un recuerdo demasiado triste. ¿Por qué ha querido mi mujer pasar este año el verano aquí? ¿Por qué usted se acordó, por su parte, de este sitio, donde no había vuelto desde niña? ¿Cómo ha decidido usted a su marido? Estas son otras tantas preguntas a las cuales nadie sabría contestar.

La vida es así. Millares de pequeñas cosas, ninguna de las cuales parece tener la menor importancia, se unen entre sí como los anillos de una cadena, y esta cadena que no vemos, que ni siquiera sospechamos, liga, nos arrastra, decide nuestra suerte...

En fin, es la fatalidad quien lo ha querido. No me quejo. Y, a pesar de todo lo que su traición me hizo sufrir, soy feliz volviendo a verla, Margarita y me alegro mucho de que nos hayamos encontrado esta mañana, a una hora en que la playa está casi solitaria y podemos charlar como dos buenos amigos. Y después de todo, ¿no somos buenos y antiguos amigos? ¿No me dice usted nada? ¡Palabra! Cualquiera diría que me guarda usted rencor, y, sin embargo, soy yo, yo sólo quien pudiera tener razones para quererla mal. ¿Se calla usted? ¿Qué verdad es que las mujeres no quieren nunca reconocer sus faltas!

¿Sabe usted que yo la quise con locura, Margarita? Me dice usted que se ha casado, hace diez años. Yo haré pronto otra vez. Tiene usted dos hijos. Yo también. Nuestra vi-

EN LA PLAYA

da está resuelta; nuestro destino es claro, y creo que sin sufrir podemos ya recordar nuestro pasado. ¿Se acuerda? Era usted una muchacha de diez y nueve años, divertida, apasionada por la libertad y los deportes.

Todos los veranos la encontraba a usted en esta playa, y cada vez,

no lo podía dudar, me encontraba más prendido de usted.

Al principio debí parecer un muchacho demasiado tímido; pero ya el último verano me atreví a declararme un día en el tenis, y usted me dijo: "También yo te quiero, Jorge", ¡Vamos!, no escriba usted en la arena, Todas las

MOTIVOS DE PERFECCION

Todo cuanto ves, todo lo que te acaece, está para darte motivos de perfección.

Así, una mañana clara, la ingratitude de los hombres, la hoja que cae, una pena sin alivio. Así, la ternura de tu Amada, el verso que no puedes escribir, cualquier desfallecimiento, el engaño de alguna mujer, tu pequeña dicha cotidiana, el aplauso que te otorgan, la bella página leída, una injusticia cometida contigo, el ensueño que no se cumple...

Todo, enteramente todo, ha de ser para tí venero de elevación y heroísmo. Todo te servirá para tu propia perfección.

Celso TINDARO.

negativas serán inútiles. Usted me quería como yo a usted...

Dos días más tarde debía usted volver a París con su familia. Yo poco tiempo después debía marchar a Lila, donde mi reciente título de ingeniero me había proporcionado una colocación interesante en una fábrica. Me quedaba poco tiempo para terminar la conquista de su corazón. Antes de pedir su mano a sus padres quise hablar con usted por última vez, los dos solos, tranquilamente, largamente. Le dije a usted: "Margarita, mañana, a las nueve, espérame en el final de la avenida. Allí estaré yo". Una hora antes, estaba yo en el lugar de la cita. La esperé a usted..., pero usted no llegó.

Cuando al día siguiente fui a adquirir noticias, supe que había salido para París; ¡ah!, le juro a usted que durante los primeros años mi rencor fué más fuerte que mi dolor..., y ahora he nos aquí reunidos; ¡qué cosa tan rara es la casualidad!

Ahora puede usted responderme: ¿por qué no cumplió usted su promesa?

No diga usted eso. ¡No es verdad! Usted no acudió. Yo estaba allí, se lo repito, con una hora de anticipación, y desde las nueve ta media noche recorrí la avenida de punta a punta, como un loco...; hacia un magnífico claro de luna...

—¿De nueve a doce de la noche claro de luna? ¡Ah, Jorge! ¿Por qué no explicó usted mejor? ¡Fué a las nueve de la mañana cuando yo lo estuve esperando!

Roger REGIS

La moda de Occidente muestra ahora una gran predilección por el gusto oriental en los interiores.

Los armarios, sillones, divanes, etc., de los siglos XV y XVI — la edad de oro china en esta fabricación — son ejemplares espléndidos, pero de una gran sobriedad en los detalles; son modelos de gran valor, verdaderos "chippendale" chinos, a los que deben su inspiración grandes decoradores, como Sheraton, Adams y el mismo Chippendale, que dió su nombre en el siglo XVIII a este estilo gracioso y elegante de decoración y de mueble.

Una de las razones a las cuales debe el chino su gran superioridad como tallista, tiene su fundamento en que, desde hace siglos, sus construcciones han sido hechas con madera.

Hoy en día se decoran también en China las habitaciones con trabajos de talla. Cada piso es una obra de arte; las puertas que separan entre sí, las habitaciones ostentan bellísimas labras; los marcos de las ventanas están también adornados con complicados dibujos geométricos. Todo este laborioso trabajo concuerda con el paciente temperamento oriental.

Ha existido siempre en China una gran armonía entre su arquitectura y la construcción de sus muebles, y es natural que las mismas tendencias aparezcan en ambas. Así las líneas rígidas, un poco duras, de la primera se reflejan en el estilo del mobiliario.

Aun los motivos decorativos que adornan los socarrenes de los templos y palacios se ven repetidos en los altares y en los tronos. Muchos de estos motivos son muy anteriores a la era cristiana; algunos de ellos, copias de bronce milenarios.

Los estilos más antiguos son el de los "ocho triángulos", el "esvástica" y el llamado "griego"; a éstos dieron las diversas combinaciones una infinita variedad.

Más tarde, los tallistas chinos se inspiraron en la Naturaleza para sus obras. La forma de la ola, de la nube, de la llama, que son características del arte chino, pronto se hicieron familiares. Para motivos predilectos del arte se reservaron las flores y los árboles, especialmente la peonía y la clásica flor del loto, tan relacionada con las leyendas de Buda. El bambú y el pino, adornados con brillantes gotas de rocío o cubiertos de nieve, fueron también decoraciones muy usadas.

Vinieron después, las formas de animales, esculpidas con una fuerza expresiva, tan intensa que quedan para siempre grabadas en la memoria de quien los contempla.

Los dragones tutelares y las quimeras, las blancas quimeras de alas de fénix, fueron reservadas para decorar los palacios imperiales.

El murciélago, la ardilla, el ciervo, la mariposa y el pez, se usaron para toda clase de decoraciones.

Aparecieron, por último, como motivos en la escultura china, el paisaje y la figura humana, reproducción, en general esta última, de héroes románticos populares. Al considerar estas épocas del arte chino es interesante conocer cuándo se usaron ciertos modelos.

Los chinos han sido siempre fertilísimos en la concepción de

EL ENCANTO DE LOS INTERIORES CHINOS

sus motivos ornamental. Existen templos en China, en los cuales las maderas preciosas que forman la arquitectura propiamente dicha están labradas aún en sus más ocultas superficies. Ilustres escultores trabajaron años y años en tallar estas maderas con paciencia y realismo.

A pesar de la suntuosidad de sus construcciones y de sus maravillosas decoraciones de talla, tiene el mobiliario chino las características de una gran sencillez en la forma. Comprendieron siempre los decoradores chinos el valor de las superficies lisas que muestran la hermosa calidad de sus maderas.

variedades de madera de gran belleza, tales como la "Hunglu", o palo rojo, de un vivo tinte rojizo que se oscurece con el tiempo y al ser expuesto a la luz. Entre los chinos es también muy apreciado para la construcción de sus muebles el "Nau-mu", una especie de laurel que crece en el Oeste de China; esta madera es muy sólida, fragante y de un intenso tono marrón que suele adquirir con el tiempo el delicado colorido de las hojas secas. Se encuentran hoy día en los mercados chinos ciertas variedades de madera muy adecuadas para la construcción de muebles de su estilo; entre ellas una especie de nogal que, como la

el visitar las tiendas de antigüedades de una ciudad china. En estas tiendas, especialmente en las que están más allá de las murallas grises de la ciudad de Pekín, se encuentran verdaderas obras de arte.

Existen talleres muy curiosos en los que a ciertos muebles de reciente construcción se les da apariencia de antiguos, de positivo mérito al parecer. La imitación es tan perfecta, está hecha con tanto arte, que estos muebles pueden ser vendidos como auténticos al perito más inteligente que va a la caza de buenos negocios y cree haber adquirido un tesoro insospechado. Los chinos son habilísimos en esta clase de trabajos y conocen todos los trucos de su oficio.

La transformación de muebles nuevos en antiguos resulta sumamente interesante. Las formas son realmente antiguas, pero toscamente sacadas en madera de pino. El diseño para la escultura se hace, primeramente, en papel, y luego se labra en la madera.

El aficionado acostumbrado a las más sutiles mixtificaciones puede descubrir en los bordes, aun después de muchos pulidos, las señales de los instrumentos recién empleados.

Hay en la China dos escuelas de escultura muy distintas entre sí. Una es la llamada "Escuela del Norte", que tiende a la mayor sencillez y elegancia en la forma, dejando libres algunas superficies de la madera, que por su bella calidad contribuye por sí sola al mayor lucimiento decorativo.

La "Escuela del Sur", por el contrario se preocupa principalmente de labrar la madera que forma la arquitectura, aun en sus más ocultas superficies. Uno de los más conocidos trabajos de esta escuela consiste en intercalar en las ricas maderas incrustaciones de nácar y mármol, lo que da a este estilo una apariencia extraña de un efecto rococo.

En los antiguos muebles chinos de laca se hace aún más difícil el distinguir los auténticos de las imitaciones: tan hábilmente están éstas realizadas.

Sólo el olor, el peso y el suave colorido de los tonos apagados pueden servir de guía en ciertos casos.

Los muebles laqueados, negros o verde oscuro, son altamente apreciados por el extranjero; el chino, por el contrario, muestra su predilección por otros géneros, que, junto con los laqueados incrustados en piedras preciosas, fueron los preferidos por el Emperador Ch'ien, que murió en 1796.

Los muebles chinos antiguos se caracterizan, además, por su gran solidez, lo que no ocurre con los modernos, que, contruidos por distintos procedimientos, no tardan en deteriorarse.

El estilo de mobiliario y decorado chino se perfeccionó al destinarse a los palacios imperiales.

Es curioso observar cómo los más antiguos estilos chinos no desdichan de los nuestros occidentales.

El único defecto del estilo antiguo de mobiliario chino es la falta de comodidad. Los sofás, sillones y bancos pueden, sin embargo, hacerse cómodos, empleando almohadones antiguos, que forman con el colorido de sus sedas maravillosas una deliciosa sinfonía de tonos pálidos que armoniza con el estilo del conjunto.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de Clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1816

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavió

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 10 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Orlano

De 14 a 18 SAENZ PENA 316

U. T. 88 Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillan (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 8854 Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matrón, ginecología y cirugía de señoras
Bulapacha 27 U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Pirómano

Jefe del Servicio del Hospital

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda

La elegancia en la forma y la delicadeza en la escultura fueron el ideal de los mejores artifices.

La mejor y más conocida de las maderas empleadas en China es la denominada "Tzut'an", especie de palo de rosa (Dalbergia Latifolia), importado de la India. Es de color rojo de púrpura, y tan oscuro que a veces se confunde con el ébano.

Esta madera, muy apreciada en la China, se distingue de otras variedades de la misma especie por su mucho peso, por su delicado perfume de rosa y por su vetado.

Si encontrara actualmente un antiguo mueble chino, construido con madera de "Tzut'an", se pagaría su peso en oro. Hace cien años ni aun a peso de oro podía obtenerse, porque esta madera se reservaba para uso exclusivamente imperial y había leyes que prohibían su venta a particulares.

Además de ésta existen otras

llamada caoba china, tiene un tono castaño y se trabaja muy fácilmente.

Es muy estimada también la madera de "guinko", especie de árboles que ha substituido en China, aunque en escaso número; desciende de la familia de los helechos gigantes, un día tan numerosos en China. Hay, además, otras variedades semejantes al palo de rosa de Portugal y al ébano, que se conoce con el nombre de "madera de hierro".

Algunas maderas, como las del peral y el sauce, son empleadas por los chinos para la construcción de objetos pequeños, tales como taburetes, marcos de espejo, etcétera. Para la construcción de arcos y armarios, emplean maderas olorosas, como el sándalo y el alcanfor.

Hay pocas cosas que ofrezcan tantos atractivos al aficionado a los buenos muebles antiguos como

TEATROS

'DON ISAAC SOLER, MAISTRO' Y 'EL ALMACEN DE LA ALEGRIA' EN EL NUEVO

Siempre constituye un acontecimiento teatral la inauguración de la temporada de Casaux por lo mucho que de él se espera siempre. Es, acaso, el actor más completo, el que consigue encarnar mayor diversidad de tipos, el que ha logrado dar vida, y vida larga y famosa, a tipos de más diversa catadura material y moral. Con Casaux, el público ríe, pero también a veces llora. Tal vez no ría tan fuertemente como con otros actores de mayor comicidad, ni lloré con la agitada angustia que provocan los grandes trágicos. Las emociones que suscita Casaux son para el público que lo comprende a fondo, serenas, íntimas, entrañables. Y es que en Casaux hay un verdadero artista de la comedia.

Muchas veces, hemos visto a un auditorio numeroso, descostillarse de risa durante la casi totalidad de la representación de una pieza y salir luego a la calle descontento del espectáculo, haciendo comentarios desfavorables del autor y de los intérpretes. Ese público, se rió, pero no se ha divertido. Queda, después de sus carcajadas, sin la más mínima satisfacción espiritual, como si su hilaridad no hubiese sido más que un fenómeno físico, un cosquilleo superficial. Y algo parecido ocurre con las lágrimas.

En cambio, el espectador de Casaux, el buen espectador de una buena obra interpretada por Casaux, ríe despacio y a gusto, regocijado íntimamente por la contemplación de un labor integral que llena por completo nuestra atención y satisface todas sus curiosidades. La visión del personaje es perfecta. Se le está observando y en la misma medida se le va comprendiendo. Es, al final de la obra, un amigo nuestro que por su expresividad nos parece el más antiguo y el más claro de todos nuestros amigos.

Así, se hace para los autores más fácil escribir piezas destinadas a Casaux y se torna más difícil para éste la interpretación de aquellas. Una obra mediocre, es realizada por Casaux y gana mucho al pasar del libro a la escena, en tanto que la creación de un tipo de carne y hueso donde solo hay un muñeco insignificante y vulgar, es obra de romanos y no siempre posible.

Frente al debut de Casaux tenemos que declarar paladinamente, a fuer de sinceros, que no se le han dado tampoco este año los materiales adecuados para una labor de altura. Conviene a Casaux el teatro de tres actos, de modo que a nuestro entender falla en lo primordial el repertorio. Sin embargo, es también de justicia consignar que dentro de la norma adoptada, se ha puesto cuidado en la selección de las piezas del debut.

"Don Isaac Soler, Maistro" de Pedro El Pico es una pieza amena y honesta, que se acerca a la buena senda que preconizamos para las actividades teatrales de Casaux. En ella se nos presenta un tipo de pueblo, maestro de escuela, que se dedica con recreativa preferencia, a la difamación de los vecinos de la localidad, especialmente de las personas que por su condición social más se aproximan al comentario afortunado y más blanco

ofrecen para la crítica. El hombre se divierte y sus contertulios también, hasta que aquél se entera de que en el grupo de damas a quien ha vituperado la concurrencia a cierto lugar "non sancto", figura su propia hija, el único gran afecto de su vida. Y entonces comprende, aunque tarde, los efectos de la maledicencia.

Como pintura de ambiente más que como estudio psicológico, la producción del señor Pico, satisface y entretiene. Se han incluido en ellas algunas concesiones a la pre-ocupación renovadora en que tan atareados andan nuestros autores, pero nosotros no damos importancia, y creemos que el público tampoco, a estas reformas de procedimiento en detalle y sin significado transcendente. En cuanto a "El almacén de la alegría" de A. y M. Malfatti, no pasa de ser una pieza frívola para hacer reír. Está escrita con cierto ingenio y soltura, ofreciendo a Casaux oportunidad para reeditar uno de tantos tipos creados por él en otras piezas de análogos propósitos y valor. Cabe decir, no obstante que el éxito de aplausos de esta última superó al de la anteriormente comentada.

Casaux se lució como de costumbre, aunque no se podía sacar mucho jugo a los papeles que tuvo a su cargo. La enorme concurrencia del Nuevo, que llenaba la sala, le hizo objeto de significativas muestras de admiración y simpatía. A su lado trabajaron con acierto en ambas piezas Esperanza Palomero, Josefina Muñoz, María Armand, Carmen Jiménez, Elías Alpi, Enrique Serrano, Graciliano Batista, Eloy Alvarez y otros.

"EL Y ELLOS", EN EL COMICO

Seguimos pirandeando. A "La rebelión de los muñecos" del Marconi, ha seguido esta pieza de Adolfo Botazzi en el Smart. Un puñado de muñecos que son concebidos por el autor en una forma y en ella actúan durante cierto tiempo, hasta que se rebelan y deciden obrar por su cuenta, frustrando los propósitos del autor.

Si esto se hubiese utilizado en uno u otro caso, o en cualquiera que se nos volviese a presentar, como recurso novedoso para ofrecer al público teorías o ideas originales, transigiríamos de buena gana con el comodín. Pero resulta que el comodín no sirve para nada. Es comodín y nada más que comodín. Se olvidan los autores de que una novedad repetida, pierde su efecto como novedad y si no tiene otros valores, resulta no tener ninguno.

Es una lástima que se pierdan generosos esfuerzos en estas malas aventuras. Seguir un camino nuevo en arte no es para todos. El drama, la comedia y el sainete

tradicionales, son excelente campo de experimentación paría todo autor que quiera hacer arte de veras. Y el que pueda innovar, que innovar en buena hora, mas no debe olvidarse que una cosa es inventar, por ejemplo, el sombrero de paja y otra muy distinta, pintar de rojo o verde un sombrero de paja. Ahora se ha dado en todas partes, por pintar de los más variados colores el sombrero de paja del señor Pirandello.

Nuestros actores afrontan con valentía y acierto todas estas cosas. La compañía de Arata dió a "El y ellos" una interpretación muy correcta. En un papel lleno de dificultades, la primera figura del conjunto logró un lucimiento que le valió muchos aplausos y dentro de sus respectivos papeles, trabajaron encomiablemente las actrices Rosa Catá, Carlota Rossi, Dina Di Lorenzo y los actores Herminio Giacussi, Nicolás Fregues, Jorge Glangoff y E. Discépolo.

"ADAN Y EVA SE DIVIERTEN", EN EL ATENEO

Federico Mertens, Arnaldo Malfatti y Nicolás de las Llanderas han escrito para el debut de Farravicini una pieza disparatada, pero graciosa, que sirve a maravilla al gran bufo para utilizar, en provecho y solaz del público, sus extraordinarias cualidades cómicas, tan celebradas siempre.

El argumento, novelesco y de truculencias de todo género, está matizado por episodios cuya multiplicidad a veces oscurece la comprensión de la trama básica de la pieza, aunque estos detalles el público los perdona en gracia a la parte festiva que es la más abundante y feliz de la producción.

El éxito de Farravicini es uno de los tantos a que nos tiene acostumbrados y se definió más netamente aún, con la cooperación de Paulina Singerman, la interesante actriz de siempre, Teresa Costa, segura y eficaz, Peregrina Dudán, Alcira Ghio, Humberto Zurlo, Eduardo Zuchi y Alberto Bello.

CARTERA TEATRAL

En el Nacional sigue acentuándose el éxito de "Prepotencia", de Vicente Martínez Cuitiño, que interesa vivamente a los maridos y a las esposas, para solucionar el siempre difícil problema de la hegemonía conyugal. Mitad seria, mitad bufa, pero siempre humana, ofrece material de reflexión en forma amena y divertida, que la labor de los actores del Nacional realiza notablemente.

—En el número próximo nos ocuparemos del estreno en el teatro Smart, por la compañía de

Ruggero, de "La noche de mi casorio" pieza de Alberto Ballesteros y Arnaldo Malfatti, que subió a escena en la semana anterior.

—Evita Franco está preparando la novedad que seguirá en el cartel a "Tú, yo y el mundo después". Se trata de una producción de Roberto Gache y Agustín Remón titulada "La señorita Gata", de la que se tienen óptimas referencias.

—"Un pobre infeliz" es el título de la segunda novedad ofrecida por Muño en su actual temporada. Es una "cosa" parecida a la anterior, en la que se pinta un portenismo convencional y anodino. Estamos esperando todavía que el actor Muño se dé cuenta de que no es posible interesar al público con floreces y ranadas de tan viejo cuño.

—El melodrama de Shor "La mujer caída" que está representando la compañía israelita del Argentino, está gustando al público.

—El triunfo de Amalia Molina en el Avenida demuestra que la gente sabe buscar lo bueno. La compañía de zarzuela que actúa en esa sala, está dando término a su actual temporada, muy brillante, por cierto.

—Para cuando deje de interesar "La rebelión de los muñecos" de Jorge Dowton en el Marconi, la compañía de José Gómez está preparando una versión de "Oteló" del genial dramaturgo inglés.

—Puede anotarse definitivamente como un éxito "Las descendidas" de Salvadora Medina Onrubia, que se estrenó en el Ideal, para debut de la compañía de Angelina Pagano.

GRAND SPLENDID

Las tradicionales reuniones de esta aristocrática sala de la calle Santa Fe se vieron muy concurridas durante la semana anterior, siendo muy celebradas las interesantes películas exhibidas. Las orquestas que amenizan los espectáculos son otro atractivo ofrecido por el importante coliseo a que nos referimos, el que mantiene día a día a sus viejos prestigios.

CAPITOL

Serán pasadas durante la semana entrante, por la pantalla de este cine, muchas novedades que han de llamar poderosamente la atención de sus habitués.

GLORIA

Para estar al tanto de la producción cinematográfica universal, es necesario concurrir al cine Gloria, que siempre inserta en sus programas las mejores cintas nacionales y extranjeras, sin omitir sacrificio alguno para anticipar a los aficionados las superproducciones de más legítimo renombre.

CINE PARK

Las familias de Palermo tienen en esta sala todo lo necesario para pasar una velada cómoda e interesante. Es el cine preferido por la cuidadosa selección que se hace de las cintas a fin de darles la mayor variedad.

PENSAMIENTOS

La paciencia es la clave del éxito; la precipitación es hermana del arrepentimiento.

Abandona el pueblo donde se burlen de ti, aunque sus calles estén empedradas con diamantes.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Patsy Ruth Miller, la notable estrella de la Warner Bros, que realiza cada día mayores progresos y gana en simpatía.



Dolores Costello, protagonista con George O'Brien de "El arca de Noé", la gran película extraordinaria que presentará, en abril, la General.



El famoso John Gilbert, tan admirado por las damas reaparecerá el 5 de abril en "Demonio y carne", su más notable interpretación para Metro - Goldwyn - Mayer



Escena de "Amor de estudiantes", de la Mundial Film, que ésta empresa se dispone a programar.



Escena de "El caballero sin miedo", con Richard Talmadge como protagonista que la New York Film estrenará el 4 de abril.



Jean Hersholt, Phyllis Naver y don Alvarado, protagonistas de la película de D. W. Griffith "La batalla de los sexos", que Artistas Unidos estrenará próximamente.



Escena de "Saddie, la de Chicago", que interpretan Mirna Loy, Conrad Nagel y William Russell, que la General estrenará el viernes próximo.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



- TRAJES APROPIADOS PARA LAS CARRERAS. — 1. Traje sastre, muy elegante, cuya chaqueta está ejecutada con "gros grain", de seda color crema orlada con "gros grain" negro. Falda de raso negro. Cuello y puños de ragodín.
- 2. Correcto sastre confeccionado con "duvetine" color rosa viejo botonado con la misma tela y con ligaduras pequeñas a un costado.
- 3. Sastre de aspecto muy depoprtivo, ejecutado con kasha escocés, en los tonos apagados. Cinturón de satén encerado color rojo cereza.